



Edurne Portela
Formas de estar lejos



Galaxia Gutenberg

D.J.57

FORMAS DE ESTAR LEJOS

EDURNE PORTELA

EDURNE PORTELA

Formas de estar lejos

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo de 2019

© Edurne Portela, 2019

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Imagen de portada: *Mujer oscura en la nieve*

© Aurelija Pakeltyte/Millennium Images, Reino Unido

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-17747-42-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRÓLOGO

POCO ANTES DEL FINAL

NO PODRÍA DECIR CUÁNDO EMPEZÓ TODO

He cerrado la puerta de la calle con llave y echado los dos cerrojos. He comprobado la puerta corredera de la cocina y colocado el listón de madera en el raíl para trancarla. También he cerrado por dentro la habitación. No he dejado de repetir este ritual ni una noche. Me encierro como lo hacía entonces, cuando él vivía aquí, cuando dormía en la habitación al otro lado de la escalera de caracol y creía oír sus pasos por la noche acercándose a mi puerta. Cuelgo el plumífero en la barra de la ducha para que se seque, me quito el gorro, la bufanda, los pantalones de pana y el jersey. Me dejo puesta la camiseta térmica, a pesar de que ya huele un poco a sudor. Se me erizan los pelos de las piernas sin depilar, me duele cada poro que se endurece y reacciona ante este frío insoportable. Me pongo unos leotardos de lana, el pijama de franela, la bata gruesa y, sobre los hombros, la toquilla de lana morada de la abuela que todavía luce su imperdible de la ikurriña con el viejo anagrama de EAJ/PNV. Me tienta encender la calefacción, pero no lo haré. Primero, porque para ello tendría que bajar al primer piso y ya he echado el cerrojo, ya he cerrado la puerta, ya no pienso salir de aquí. Segundo, porque debo más de mil dólares a la compañía de electricidad, mil dólares que no tengo. Tercero, porque si la prendo, los ruidos de la caldera me despertarán por la noche y pensaré que son otra cosa. Cada sobresalto —y siempre me sobresalto— lo pago con varias horas de insomnio durante las cuales todo se magnifica: mi miedo, mi soledad, mi incertidumbre.

Abro la botella de Pinot Noir —el vino es más barato que la calefacción y también calienta— y una bolsa de patatas fritas: mi cena. Un lorazepam, o dos: mi postre. Enciendo el flexo que descansa sobre una caja de cartón llena

de libros, apago la luz principal y me siento en el colchón, que yace a ras del suelo sobre una manta india. Me sirvo una copa de vino. No puedo evitar cierta reverencia al coger el viejo ejemplar de *La consagración de la primavera* que me traje el otro día de la oficina. Es voluminoso pero ligero, la cubierta de color naranja tostado con una bailarina y un bailarín cuyos torsos se rozan en pleno vuelo, el papel grueso, amarillento, raído. Huele a humedad, a manos un poco sudadas, a muchas lecturas. De entre las primeras páginas sobresale el pico arrugado de una fotografía. Otro hallazgo. Trasladar los libros de estanterías a cajas significa toparse con antiguas cartas, postales, tarjetas de embarque de mis primeros vuelos transatlánticos, fotografías de mi vida anterior a él que me han ido acompañando, casi a escondidas. Emergen ahora los vestigios de la vida previa que estaban desperdigados entre mis libros, en cuadernos de apuntes, abandonados dentro de viejos sobres de manila, escondidos inconscientemente en cajones y estanterías de mis despachos de aquí y de allá, desplazándose inadvertidos conmigo de mudanza en mudanza. No sé si estoy dispuesta a encontrarme con tanta memoria escondida, a contrastarla con ese otro registro meticuloso y exhaustivo que hice de cada viaje y celebración con él y que ordené escrupulosamente en todos los álbumes que no hace tanto he acabado de destruir.

Estoy a punto de tirar de la esquina arrugada de la fotografía cuando un ruido al otro lado de la puerta, cerca de la puerta, rozando la puerta, me paraliza. Es el mismo ruido de casi todas las noches y hoy tampoco me voy a levantar a comprobar de dónde proviene, qué lo provoca. He echado el pestillo, no saldré hasta que vuelva a ser de día. Sé que si me muevo y decido investigar no podré superar la distancia entre este colchón y la puerta, imposible acercar esta mano que ya tiembla al pestillo, imposible acallar el zumbido en los oídos, parar el bombeo del corazón, acompasar la respiración, controlar el pánico. Si realmente hay algo o alguien ahí detrás, si ese ruido no es fruto de mi imaginación, prefiero que, sea lo que sea, me sorprenda cualquier noche durante mi sueño de lorazepam. Prefiero no enterarme. Cuando las gatas estaban aquí podía achacar los ruidos a sus correteos, sus quejas, sus juegos y peleas. Estaban acostumbradas a andar libres por la casa, a dormir conmigo si les apetecía, y no entendían que yo de repente les negara la entrada a la habitación. Maullaban, gruñían y arañaban la puerta hasta que se cansaban y se iban a dormir con él cuando todavía vivía aquí, o al nido de

edredones y mantas que les había proporcionado para su comodidad y sobre todo para sentirme yo menos culpable, cuando él se fue. Pero hoy las gatas ya no están, tampoco ayer, ni la semana anterior, ni hace un mes. Las echo de menos y su ausencia se hace más grande cada noche cuando no sé cómo explicar el ruido al otro lado de la puerta. Es un ruido minúsculo, casi inaudible, un ruido de sombra que escucho en mi duermevela. Pero ahora estoy despierta y no debería estar oyéndolo. Me sirvo otra copa de vino y me la bebo de un trago con la pastilla. Ahora a esperar esa deseada somnolencia suave que amortigua mis aristas, que me ayuda a olvidar el ruido, los ruidos, las gatas. Esperaré mientras leo, mientras me pierdo en el lenguaje minucioso y barroco de Carpentier, mientras. Otra vez el borde dañado de la foto me llama la atención. Ahora sí, tiro de él y me encuentro con mi rostro de cuatro, tal vez cinco años. Foto de familia. Poso en primera fila junto a mis primos más pequeños, yo en la esquina izquierda. Llevo un conjunto que reconozco inmediatamente: el vestido de cuadros escoceses en tonos rojos, la rebeca granate y los calcetines de ganchillo del mismo color. Los zapatos de charol negro. El pelo, también negro azabache, cortado a lo chico que rebela ese remolino en el flequillo que aún hoy me cuesta domar. En la segunda fila están los primos mayores, todavía suficientemente niños como para llevar pantalones cortos. Detrás de ellos, tíos y tías, la madre de ama, y uno de los tantos maridos de la tía Magdalena, creo que éste era el segundo. Aita y ama no están. Al lado de la abuela, la prima que morirá poco después de tomarse esta foto, con apenas siete años. También el padre de la niña morirá, dos o tres meses más tarde. Durante mucho tiempo pensé, absurdamente y sin que ningún miembro de la familia me lo desmintiera, que mi prima Asun había muerto en un accidente de carro. No de coche, de carro. Por un tiempo pensé que atropellada, más tarde cambié la versión y me imaginé que se había caído de la parte posterior del carro y que se había abierto la cabeza. El motivo de esa asociación anacrónica se debía posiblemente a que sólo coincidía con mi prima en el pueblo de mi madre, tan remoto y suspendido en el tiempo que todavía había carros tirados por burros. En realidad, mi prima murió, como su padre, de un tumor cerebral. Me llama la atención la tristeza que destila la fotografía, una tristeza que no tiene nada que ver con la muerte de mi prima ni de mi tío porque entonces nadie sabía que iban a morir. Estamos todos serios o despistados o con una mueca indefinible, salvo mi tía Ana que sí sonrío, sonrío todavía ya que ignora la tragedia que está a punto de caerle

encima. El fotógrafo —posiblemente su marido porque era él quien hacía las fotografías en todos los encuentros familiares— nos ha pillado desprevenidos. Todavía no hemos tenido tiempo de posar para pretender la felicidad exigida en una foto de familia. Debió tomarla, tal vez por error, justo en el segundo anterior a decir «patata» porque mi prima, su hija, la que morirá pronto, ya mira a la cámara con una expresión seria y concentrada. Tengo la cabeza gacha, la barbilla casi pegada a la pechera, pero mis ojos también miran al fotógrafo, entre la tristeza y el despecho, o tal vez pidiendo explicaciones por algún agravio que ahora no recuerdo. Observo mi postura inestable, la cabeza inclinada, la mirada oscura y me reconozco en el aire solitario y desvalido de esa niña. Ningún gesto me une al grupo. Mis brazos cuelgan, inermes. No toco a nadie, nadie me toca a mí. Mi tía Ana, que se quedaría sin hija —¿por qué no hay en español una palabra que designe a los padres que pierden a un hijo?— y viuda tan poco tiempo después, sí sonrío y me mira de lejos, con cariño.

Me reconforta analizar minuciosamente las fotografías de la infancia que he ido encontrando durante este último traslado. Casi siempre reconozco la misma expresión, entre el desvalimiento y el reproche, el aislamiento y una soledad buscada. Es una expresión que ni me inquieta ni me incomoda, más bien me reafirma, tal vez porque cuando ahora me miro en el espejo está ahí, en el fondo del ojo. Mi madre siempre me ha dicho que fui una niña feliz. Todas las madres quieren recordar a sus hijos felices. Como yo no soy madre y nunca lo seré, no podré autoanalizarme para corroborar esta idea o desmentirla. Es cierto que sonrío en algunas fotos: disfrazada de caperucita, de jardinera y de reina mora, o vestida de bailarina para alguna función de la academia. También sonrío en otra fotografía en la que me acompañan dos niños que no consigo recordar. La niña es muy alta y mucho mayor que yo, tendrá ocho o nueve años; yo posiblemente tengo cuatro, como en la otra foto. La niña alta tiene un aire extraño, como de hija de Frankenstein —gafas cuadradas enormes, sonrisa desdentada, vestido demasiado corto que deja ver sus piernas larguísimas y flacuchas, unas botas embarradas y deformes— y reposa su mano sobre el hombro del amigo más joven, cabezón, bajito y de sonrisa dulce. Yo estoy un poco separada de ellos y miro feliz al niño. Se nota que me gusta. Llevo un libro bajo el brazo —lo que daría por saber qué libro es—, visto un pichi muy gracioso de pantalón que me marca la

barriguita y un mendigozal de lana que todavía recuerdo, con sus escudos vascos característicos y sus dos pompones colgando. Creo que lo tricotó la abuela Begoña. Reconozco mis rodillas torcidas, tan torcidas como ahora, y unos zapatitos Kickers viejos y llenos de barro. Estamos en medio de una carretera sin asfaltar posiblemente durante uno de esos veranos en el pueblo de mi madre. Nuestras rodillas machacadas de caernos jugando como salvajes por el campo, nuestros zapatos viejos y raídos, nuestras ropas demasiado pequeñas que no llegan a tiempo de cubrir los estirones podrían hacer pensar en la infancia como esa etapa idílica en la que la felicidad plena es posible a pesar de las circunstancias. Sonríe con mi libro bajo el brazo como sonríe con mis disfraces favoritos. Y esto me hace pensar que era feliz cuando me evadía con mis lecturas o cuando me convertía en otra, cuando a través del libro, el disfraz o el baile vivía diferentes personajes que me permitían mirar a la cámara y entonces sí, sonreír tan ampliamente que esos ojos negros y redondos se convertían en pequeñas rendijas por las que se filtraba una oscuridad luminosa. Ahora también sé buscarme en personajes, disfrazarme, convertirme en otra, ser la Alicia que sonríe a la cámara, pero no sé si queda algo de luz aquí dentro, si todo está tan muerto y apagado que esa sonrisa no es más que una mueca.

Es posible que me quede pronto dormida, pero hasta que no lo haga seguiré atenta a los ruidos. El ruido que me inquieta ha desaparecido, pero hay otros: los ratones corretean, oigo sus patitas escarbar en las paredes. Seguro que son legión, que tienen ya sus rutas de subida y de bajada, del sótano al ático, sus caminos transversales que les llevan de esta habitación al fondo abandonado de la casa. Comerán todo lo que encuentran a su paso: el material aislante, las viejas maderas, las crías que parirán ahí dentro. Son anchas estas paredes. Seguro que permiten que se asiente una colonia nutrida por cientos de ratones, igual miles. Voy perdiendo terreno frente a su creciente presencia, su toma vertiginosa de más y más territorio. Antes encontraba sus minúsculas heces en lugares ignotos del sótano, tal vez alguna —del aventurero de la camada— en el armario del fregadero de la cocina. Pero ahora me las encuentro en lugares visibles y centrales de la casa, como si los roedores fueran conscientes de que he dado por perdida la batalla. Me las encuentro en las escaleras, en el pasillo, en la habitación de invitados, en la biblioteca. Al entrar en casa noto el olor a ratón: una mezcla inconfundible

de orina y amoníaco que tiene al mismo tiempo un ramalazo dulzón. Poner las trampas era una de las cosas de las que se encargaba él. Decía que era el mejor método y el más barato, que no podíamos usar veneno porque existía el peligro de que se lo comieran las gatas. Así que sembraba el sótano y la cocina de trampas a las que, curiosamente, ninguna de las dos se acercaba. Tampoco se acercaban a los ratones ni los perseguían como en las fábulas o los cuentos infantiles. Por la noche, a veces incluso durante el día, se oía el «clap» siniestro de una trampa acompañado de los chillidos del animal. Yo me imaginaba ratones mutilados, sus pequeños cuerpos partidos en dos, sangre saliendo a borbotones, ojos rojos desencajados, y me tapaba los oídos, sentía una náusea intensa, el estómago dado vuelta. Las gatas reaccionaban de manera similar, en versión animal: cuando sonaba el «clap» su cuerpo adquiría una curva como de gato de dibujos animados, se les erizaba el pelo y se subían a la cama o al sillón donde yo estuviera leyendo o trabajando, buscando mi protección. Si el ratón chillaba, Vargas se acercaba lentamente a la escena de muerte y se mantenía a una distancia prudencial. Gruñía o maullaba hasta que se acababa el chillido y después venía a buscar mi calor. Mientras que Llosa jamás se acercaba al pobre ratón moribundo. Se escondía en mi regazo y cuando Vargas venía a meter la nariz, le lanzaba un bufido disuasorio, como si le reprochaba su sadismo, haber estado tan cerca de la agonía del animal. Ahora sin gatas ni trampas podría usar el veneno, pero sería incapaz de recoger después sus cadáveres. Prefiero que se ganen la casa, que disfruten su conquista hasta que decida llamar al exterminador que me ha recomendado Sylvia. Mañana. Igual mañana.

Las cañerías chirrían casi a punto de congelarse; las maderas del suelo se encogen y crujen; el fresno del jardín roza y bate con su rama, cargada de hielo, las tejas de pizarra. Todos esos ruidos los identifico, no me asustan, de hecho me tranquilizan, incluso el correteo y el arañar incesante de los ratones. El otro, sin embargo, es una variación que me pone alerta y que espanta al sueño. Hace dos noches tuve que trasladarme al armario. Sé que es inútil porque la puerta del armario no va a protegerme de nada, pero ahí me siento más segura. Entrar en el armario me calma. Es un refugio. Tomé esa costumbre de cobijarme en los armarios en la primera casa, la del sur. Comenzó como algo un poco tonto: sólo quería huir del polvo. La casa estuvo en obras desde el día que la compramos. El baño a medio hacer, los

suelos desnudos esperando a que él colocara la tarima y aplicara el barniz, un andamio en el salón, cajas de azulejos apiladas contra las paredes, en cada rincón una herramienta voluminosa (la sierra de mano para la madera, la de los azulejos, la lijadora). Podíamos usar la bañera, pero la ducha no estaba instalada. Aclararse el pelo se convirtió en tal problema que me corté la melena al rape. Lo único que parecía ordenado y limpio era mi armario, uno de esos grandes vestidores americanos que tan bien denominan ellos «*walk-in closet*». Ahí mantenía lejos del polvo mi ropa, mis zapatos, incluso a mí misma. Pasaba muchas horas dentro del armario. Me sentaba en una banquetita de la cocina o echaba una manta en el suelo y leía allí, o me metía con el portátil y trabajaba. A veces me encerraba para estar sola. Con el tiempo, también empecé a encerrarme para llorar sin testigos. Cuando lloraba en cualquier otro lugar de la casa, Llosa se rozaba contra mí, lo cual me irritaba, y toda la rabia que sentía dentro la volcaba sobre el pobre animal: le daba un manotazo, la empujaba con fuerza. Un día que estaba sola en casa me senté a llorar en el suelo de la cocina. Llosa se me acercó y se restregó contra mi pierna. La cogí del pescuezo y la lancé por los aires con tanta fuerza que no le dio tiempo a reaccionar. Se pegó un golpe contra la puerta ¡pah!, soltó un maullido desgarrado, me bufó y se metió debajo de la cama hasta que llegó él y empezó a llamarla. Salió de debajo de la cama, temerosa, se acercó a él para recibir una caricia, me miró con desprecio, ese desprecio que sólo un gato puede hacer visible, y durante muchos días no se volvió a acercarse a mí. Desde entonces, aunque estuviera sola, cuando quería llorar me metía en el armario. Recuerdo un día que habíamos discutido. Otra vez. Él quería limpiar las canaletas de la casa. Yo quería pasar el día escribiendo. Él, que le aguantara la escalera, que me subiera con él al tejado, *porque imagínate que me caigo y me abro la cabeza*, y que le ayudara a sacar todas las hojas acumuladas, podridas y apestosas porque llegaba el invierno e igual helaba y *si hiela, entonces, se romperán las canaletas y tendré que arreglarlas y la casa es de los dos y parece que a ti no te importa nada, que sólo te preocupas de tus libros y de ti y de tu tesis, tú y tu tesis, tu tesis y tú*. Y es verdad, a mí me importaba una mierda la casa. La odiaba. La casa me ataba, me engullía, me asfixiaba con su polvo, me secaba por dentro con su aire acondicionado en verano, su calefacción en invierno, me sofocaba con sus ventanas siempre cerradas porque hacía demasiado calor o demasiada humedad o las rejillas protectoras estaban rotas y entonces entraban

mosquitos que me acribillaban y encima había una epidemia del virus del Nilo Occidental, y las arañas gigantescas, y eso que parecían cucarachas voladoras y no lo eran, pero se le asemejan demasiado y a mí me daban un asco horrible y me provocaban ataques de histeria, *histérica*, me decía él. Era el sur. Y el sur era como el trópico, pero sin playa ni palmeras. El sur me provocaba asma y me quitaba las ganas de salir de casa porque también había banderas confederadas por todos sitios y gente que me miraba con desprecio porque parecía mexicana y mi inglés era catastrófico y tenía acento hispano y no me atendían cuando me tocaba en la charcutería del supermercado y no me daban las vueltas en la mano como a otros, sino que me las dejaban de mala manera al lado de las bolsas de plástico, donde yo misma, y no la cajera, tenía que meter los productos que había comprado.

Él todavía estaba fuera. Se había salido con la suya y habíamos acabado limpiando las canaletas. Por no aguantarle, por no soportar esa retahíla eterna de reproches, de insultos encubiertos, de comentarios despectivos. Entré en la casa, me lavé las manos y me metí en el armario. Me senté en la oscuridad, me acurruqué como siempre contra una de las paredes. Lloré tranquila, como estoy llorando ahora, sin estridencias, un llanto templado que me acariciaba las mejillas. Oí a Llosa maullar y arañar la puerta, como estaría haciendo ahora si aún estuviera conmigo. Él entraría pronto. Salí del armario, acaricié a la gata y me lavé la cara.

No podría decir cuándo empezó todo. Cuándo mi vida comenzó a torcerse y esa que fui dejó de existir y se convirtió en una mujer que se encerraba a llorar en un armario. Y todo lo que vino después.

YO NO SOY PADRE

Padre era un hombre difícil. Alicia lo notó en nuestra primera visita, pocos meses después de que nos conociéramos y empezáramos a salir. Sólo llevábamos juntos cuatro meses pero ella acababa de llegar a este país y no tenía planeado ir a casa de sus padres por Navidad. Yo no estaba muy seguro de querer llevarla a conocer a mi familia, era demasiado pronto, pero ella insistió. Ahora lo negaría, pero entonces no quería separarse de mí ni cinco minutos y Alicia, cuando quiere algo, no para hasta conseguirlo. En eso no ha cambiado, ha insistido en quedarse sola y lo ha logrado, pero entonces lo que quería era estar conmigo a todas horas, conocer a mi familia, mudarse a vivir conmigo. Yo sabía que no estaba preparada para encontrarse con lo que se encontró, pero tampoco sabía negarme a satisfacer sus deseos.

Padre no hablaba con madre, le daba órdenes. Pasaba la mayoría del día sentado en su sillón reclinable bebiendo cervezas y viendo la tele mientras ella tenía que hacer todo en casa —recados, limpieza, comidas, incluso chapuzas como cambiar un grifo o pintar las paredes—. A nosotros no nos trataba mucho mejor: nunca tenía una palabra amable con ninguno de los tres y mucho menos con Adam que, aunque salió del armario de adolescente, padre nunca lo supo de su boca, pero lo sabía porque Adam a veces perdía el control y no podía disimular algún ademán afeminado y padre lo miraba con desprecio o simplemente le soltaba una hostia. Pete hacía tiempo que se había ido de casa, así que sólo madre podía protegerle, que ella sí sabía y lo había asumido, aunque eso no significa que lo hubiera aceptado.

Abusivo es el adjetivo que mejor calificaría a padre. Era abusivo, sí, pero tenía sus motivos. No es que tuviera razón en actuar así, pero sí motivos. Se crió en una familia pobre con siete hermanos, con quince años ya estaba trabajando en un matadero de vacas, con dieciocho le obligaron a casarse con

madre porque la había dejado embarazada de Pete. Madre era hija de un amigo del abuelo Klaus. Padre y ella se habían criado casi juntos, él ejerciendo de hermano mayor, pero con la adolescencia, ya se sabe. Madre tenía quince años cuando se quedó embarazada. Adam llegó dos años después y yo once meses más tarde. Con diecinueve ya nos había tenido a los tres. Cuando cumplí los dos años madre empezó a regentar la tienda de ultramarinos del abuelo Mathias, que como conocía bien a padre igual intuía que su hija necesitaba un poco de aire fuera del hogar. Al principio vendía sobre todo productos de primera necesidad, pero el barrio estaba cambiando y había muchos mexicanos que le pedían productos suyos, así que también empezó a venderlos. Yo aprendí a hablar español en su tienda con las señoras mexicanas del barrio y jugando con sus hijos en la calle. Padre se quejaba, decía que no podíamos crecer en la calle, que madre estaba descuidando la casa, abandonándole a él, que con su sueldo podíamos vivir dignamente. Ya por entonces habían cerrado los mataderos grandes, pero quedaba alguno más pequeño. Tuvo suerte y le contrataron de jefe de planta en uno, con lo que no traía un mal sueldo a casa. Ésa fue la justificación para obligarla a cerrar la tienda pero en realidad le costaba aceptar que madre ganara su propio dinero, que conociera a gente continuamente, que la saludaran por la calle, que la mayoría de nuestros amigos fueran mexicanos. Era un hombre muy racista y orgulloso de sus orígenes polacos, de vivir en un barrio que hasta hacía poco había sido casi exclusivamente blanco, pobre pero blanco. Padre cada vez estaba más aislado, en un mundo que veía derrumbarse —los grandes mataderos, el barrio, lo que él pensaba que debía ser un matrimonio— sin él entenderlo y su forma de rebelarse, de controlar esa realidad que se desmoronaba era ejerciendo su poder sobre madre, sobre nosotros: cerrar la tienda, recluirnos en casa. El cierre de la tienda nos afectó mucho. Para entonces el abuelo Mathias había muerto. La tienda era lo último que le quedaba a madre de él, pero padre no tardó más de unos meses en vender el local. Para madre fue un golpe bajo y para mí el final de mi pequeño universo. Entre los dos y los ocho años había crecido ahí, era mi mundo. Todavía recuerdo sentarme en el mostrador y charlar con la clientela. Era un niño muy abierto y todos decían que iba a ser un tendero fabuloso, pero madre siempre contestaba que no, que yo iba a ir a la universidad, como Pete y como Adam. A ella le gustaba el negocio, creo que se sentía orgullosa de mantener el legado de su padre y, además, era una forma legítima de estar

fuera de casa, no tener que pedirle dinero ni rendirle cuentas, no soportar la obligación de esperarle cada noche con la cena puesta. Pero acabó obedeciendo, después de muchas peleas y una última golpiza de la que yo fui testigo —también me llevé alguna— y que la dejó marcada, por dentro y por fuera.

Madre obedece, pero no olvida. Se ha pasado los últimos veinte años echándole en cara que no la dejara continuar con la tienda y que vendiera el local, sobre todo desde que él se jubiló y les ha quedado una pensión que apenas les llega para cubrir las necesidades básicas. Ahora que padre está senil y cagándose encima ella le va devolviendo todas las cachetadas y agravios. Por eso no lo mete en la residencia, a pesar de que los tres insistimos en ayudarla a pagar una que está cerca de su casa y en la que él estaría bien cuidado. Pero madre todavía no ha acabado de vengar los sesenta años de matrimonio y necesita recriminarle porque no se acuerda de esto o lo otro o insultarle cuando se mea encima o recordarle constantemente todo lo que la ha hecho sufrir y el sacrificio que está haciendo ella por él, porque ella no le abandona, le dice, a pesar de que sus hijos insisten en que lo haga. Me pregunto cuánto entenderá padre de todo lo que le dice.

Cuando Alicia le conoció, hace diez años, todavía no estaba así, todavía tenía el habla y la fuerza de antaño, su voz cargaba el desprecio y la violencia de siempre. La primera vez que fuimos a verles Alicia vio todo esto rápidamente. Adam nos fue a buscar al aeropuerto y ya en el coche nos avisó: «Papá está un poco raro». Ella no dijo nada y yo no quise preguntar más, pero él insistió, como si asumiera que yo no le había explicado a Alicia en qué consistía que padre podía estar «raro» y es cierto, no le había dado muchos detalles. «Es que le afectan las Navidades, ¿sabes?, se pone melancólico y si de normal tiene cambios de humor bruscos, pues su melancolía es así, cómo decirte, un poco violenta.» Yo intenté quitarle importancia, para que no fuera demasiado prejuiciada, pero Adam continuó: «Y, bueno, hace tiempo que no tenemos invitados. Pete y Marian nunca vienen ya y...». Para cuando llegamos a casa, Alicia estaba nerviosa. En aquella época todavía le daba vergüenza hablar inglés con gente que no conocía y cuando se ponía nerviosa se encerraba en un mutismo que podía pasar por arrogancia. Yo sabía que la visita no iba a ir nada bien. Padre se pasó los tres días que estuvimos en casa diciéndole a Alicia que los

mexicanos habían arruinado el barrio, que menos mal que ella era española porque si no, no la hubiera dejado entrar en casa y le puso el ejemplo de Lola, con la que estuve saliendo dos años y ni siquiera se dignó saludarla una sola vez. Se lo contaba como si fuera un triunfo. Alicia me miraba como esperando a que dijera algo, pero a esas alturas ¿qué le iba a decir yo a padre? Me contentaba con que fuera más o menos amable con ella. Madre estuvo un poco fría durante la visita. No le sentó bien que Alicia quisiera salir a pasear, a ver la ciudad. «Las Navidades son para estar en familia», decía cada vez que le anunciaba que nos íbamos a dar un paseo. No se entendieron bien. Alicia decía que madre era la típica víctima que no hace nada para cambiar su situación, que se regodea en ella para dar pena, pero que no era ninguna santa y que siempre andaba metiendo cizaña. Me preguntaba cómo madre no se divorció de padre, cómo le ha soportado todos estos años, cómo lo hemos soportado nosotros. Yo qué sé. A un padre así de pequeño se le teme, se le respeta y de mayor simplemente se huye de él. Ahora es fácil, ahora que es ese despojo babeante. Qué más da.

Lo peor es cuando me dijo que llevo toda la vida huyendo de mi padre y he acabado siendo igual que él. Me lo dijo porque sabía que me iba a doler, porque sabía que eso era lo peor que me podía decir, pero sabe que no es verdad. Yo soy un hombre sensible, respeto a las mujeres, no soy racista, si lo fuera no hubiera estado con ella, que para todos los efectos es hispana, y yo nunca, jamás, por mucho que ella diga, la he tratado como padre trataba a madre, nunca.

Vale, alguna vez he podido señalar algunas de sus debilidades o defectos pero ¿no puede uno criticar a su pareja? ¿Ahora todo es maltrato psicológico? Y sí, reconozco que me he puesto un poco violento pero no puede decir que le he pegado, mucho menos como padre pegaba a madre, pero si de verdad lo hubiera hecho habría tenido todos los motivos.

PRIMERA PARTE

SOUTHVILLE

DEL DIARIO DE ALICIA

11 de agosto de 1997

He llegado a los Estados Unidos de América.
Me voy a dormir.

16 de agosto de 1997

Hasta ahora no he podido sentarme a escribir. Han sido cinco días extenuantes y complicados. Podían haber sido mucho peores, menos mal por Mary Ann. Qué chica tan extraña. Es simpática y está deseando complacer, pero tiene un aspecto tan raro, esa melena negra y lisa que le llega por debajo del culo, las piernas delgadas y torcidas, los ojos chiquitos como de topo y la boca carnosa e inmensa. Me recuerda un poco a la actriz de *Carrie*, pero con los rasgos exagerados y el cuerpo contrahecho. Tiene hasta un poco de chepa. Pero si no fuera por ella no sé qué habría hecho estos días. No me hubieran entendido en la residencia y tampoco hubiera podido hacer los trámites para entrar en este apartamento. La residencia era una mierda, sucia, destartada y encima teniendo que compartir habitación. Pues no, con veintitrés años no voy a empezar a compartir habitación con nadie. ¡Y menos un baño con doce chicas más! Y los ruidos, y los malos olores en la cocina. Mary Ann me ha ayudado a salir de ahí y, quién sabe, igual consigue que me devuelvan el depósito. Se ha recorrido conmigo cinco o seis apartamentos hasta que hemos encontrado este estudio individual. Es muy pequeño: una habitación, una salita, un baño minúsculo y una cocina. Pago cuatrocientos dólares al mes, pero creo que me llega con el estipendio y la beca. Y puedo ir caminando a la

universidad, por lo que me ahorro el transporte. Aquí estaré tranquila. Lo único malo es que ya he visto varias cucarachas y me temo que hay muchas más. Con el asco que me dan. Pero no sé cómo explicarle a la portera que hay cucarachas. Se lo intenté decir ayer, pero no me entendía o se hacía la loca. Igual le pido a Mary Ann que baje un día conmigo, lo invito a un café o un refresco —es tan rara que no bebe nunca alcohol, igual es de una secta de esas protestantes— y que hable con la portera, que debe pesar más de cien kilos. Se pasa el día ahí sentada, resoplando, y eso que está siempre pegada al aire acondicionado. He visto mucha gente obesa estos días. Mary Ann también me ha llevado a hacer la compra a un sitio que se llama Walmart que es superbarato y ahí puedes comprar de todo: cacharros de cocina, comida, cosas de farmacia, ropa... hasta armas. Había una sección de escopetas, pistolas, munición. Y mucha gente gorda, muchísima. Me quedé mirando a un señor que debía pesar más de doscientos kilos y Mary Ann se dio cuenta. Ella estuvo el año pasado de intercambio en Sevilla y sabe que en España no es normal ver a gente de estas proporciones. Me explicó que es un problema grave de salud en el país y que en buena medida se debe a que la comida procesada es mucho más barata que la comida sana: verduras, frutas, etc. Y que sobre todo la población afroamericana —no les llamó negros— y la hispana tienen muchos problemas de obesidad, aunque también en esta región hay mucho blanco pobre. El hombre ese era blanco.

En la universidad hemos empezado la orientación. Estoy un poco nerviosa. Es un departamento enorme y la gente que he conocido la verdad es que no me ha caído muy bien, con alguna excepción. Hay un chico muy majo, Alfredo. Creo que es gay. Es muy poquita cosa, muy delgado, pálido, rubio, de ojos azules tristes, aunque él es muy alegre, divertido pero sin ser cargante. Hemos estado los tres días de orientación juntos, hablando sobre todo de libros. Ha leído muchísimo y coincidimos en nuestros gustos, aunque él sabe más que yo de literatura española y de poesía. Yo sé más de latinoamericana y de ensayo político, que él no ha leído nada. Dice que no le interesa. Es sevillano, la mayoría de los españoles aquí lo son porque las dos universidades —ésta y la de Sevilla— tienen un convenio. Yo soy la única vasca. Luego hay dos chicas que también me han caído muy bien, una madrileña, Eva, bueno, de Getafe, y otra de Alicante, Elena. A veces me confundo y les cambio el nombre. Son muy agradables, aunque un poco

distantes. Llevan ya cuatro años en el programa, no son nuevas, así que igual no les interesa mucho alguien como yo, que acaba de llegar y obviamente no se entera del carajo. Las clases empiezan la semana que viene. A ver. No me veo yo dando clase a chavales que sólo tienen cuatro años menos que yo, como mucho.

También me pasó una cosa curiosa. Fui a rellenar unos documentos a la oficina central —para eso también me acompañó Mary Ann— y me atendió una mujer negra o, mejor dicho, afroamericana, que fue muy amable conmigo. Aquí no se puede decir la palabra «negro» porque suena a «*nigger*» y es como llamaban a los esclavos, por lo que es un término muy racista. Estamos en el sur, al fin y al cabo. La mujer esta se llama Pam y es la que lleva todo el papeleo del departamento relacionado con estudiantes de posgrado. Tuvo mucha paciencia y me explicó mil cosas de las que no entendí ni la mitad, incluso cuando me las tradujo Mary Ann. El caso es que tenía que rellenar un formulario con unas preguntas sobre mi identidad, algo que aquí parece importantísimo. Y había varias casillas: afroamericano, hispano, blanco, nativo americano, otros... y yo no sabía qué poner. Pam me miró muy seria y con un gesto que parecía un reproche, me señaló la casilla de hispano. Pues tendrá razón y seré hispana. Yo qué sé.

31 de agosto

Tengo una resaca horrible. Anoche me pasé con la cerveza. Es que aquí está buenísima y hace tanto calor... y es la única manera de pasármelo un poco bien, no morirme del aburrimiento. Qué gente tan poco interesante, excepto Alfredo. Me río muchísimo con él. A la pедorra de Milagros le ha puesto de mote La Cantante Calva. Me da pena porque es cierto que le falta mucho pelo y como tiene ese afán de protagonismo y lo único que tiene bonito es la voz, se pasa el día cantando. Anoche hasta se puso a cantar un fandango o no sé qué coño era en el bar y, claro, todos los gringos mirando flipados y ella que se crecía y se crecía, hasta su amiga del alma —seguro que acaban fatal porque son igual de mezquinas— le dijo al camarero que quitaran la música. No les hicieron ni puto caso, claro, pero ahí estaban, todos los españolitos alrededor dando palmas y la nota. Qué vergüenza. Alfredo y yo nos fuimos a la otra esquina del bar a beber tranquilos. Y nos siguió El

Macizo. Con ese mote Alfredo no se ha esforzado mucho, es obvio. Está muy bien el chico: rubio, alto, cachotas, los ojos claros, no sé si verdes o azules. Pero mira muy serio siempre y no sé, me da un poco de mal rollo. Desde que empezamos a ir al bar está siempre ahí, con sus amigos. El resto de la noche se la pasó mirando. Alfredo me dice que como no me espabile, me lo quita él. Qué bobo.

EN EL BAR SIN NOMBRE

La observaba en el bar al que iba todos los viernes y sábados. Mientras que su grupo de amigos hablaba a gritos, reía, incluso cantaba en corrillo, ella tenía un aire ausente, desconfiado, vagamente perdido. La mayoría del tiempo lo pasaba bebiendo cervezas —las bajaba con una velocidad que a Matty le asombraba— y observando, ella también, a la gente a su alrededor. Ocasionalmente intercambiaba algún comentario con un chico rubio y menudo que la acompañaba y que tampoco solía participar de la algarabía del grupo. Matty supuso que era latina, tal vez caribeña por su piel oscura, la cola de caballo alta, aunque no vestía como las mujeres latinas que él había conocido, con ropas ajustadas y provocativas, sino que tenía un aspecto algo descuidado, siempre con camisetas ajadas, pantalones negros, botas con tachuelas, a pesar del calor.

El bar en el que coincidían cada fin de semana era muy popular entre los estudiantes de posgrado de la universidad. Tenía un patio amplio con mesas corridas de madera donde los jóvenes se amontonaban para beber cerveza —la única bebida que servían— y comer perritos calientes o hamburguesas —la única comida, con la excepción de algún pollo frito ocasional—; alumbraban el patio unas festivas bombillas de colores y una luz estroboscópica sobre la pequeña pista de baile que sólo encendían cuando ponían música disco, jamás con bluegrass o rock. Matty frecuentaba el bar con sus compañeros del máster en finanzas, unos chicos ruidosos y bravucones que no le caían particularmente bien, excepto un par con los que solía jugar a baloncesto. Llegaba al local, ocupaba un lugar en uno de los bancos corridos y sólo se movía para ir a la barra a pedir o para cambiar de sitio si desde el elegido no la podía ver bien. Cuántas horas pasaría ahí contemplándola, estudiando sus gestos. Si alguna noche se le acercaba un chico y se dirigía a ella, ni

contestaba. Es más, cambiaba de sitio en la mesa, le daba la espalda, jamás una sonrisa, un gesto amable. Su amigo intentaba entablar conversación con alguno de los chicos, pero ninguno le hacía demasiado caso. Una noche, después de tantas observándola, ella le mantuvo la mirada unos segundos y le sonrió. Una sonrisa breve pero suficientemente clara como para que Matty diera el paso. Tomó aire, se acercó sonriente a ella, extendió la mano, se presentó.

Lo primero que le dijo Alicia —le sorprendió cómo pronunció su nombre, con una aridez que él no había escuchado nunca— fue que la disculpara, que no sabía hablar inglés bien. Matty había dado por hecho que Alicia no era estudiante, que posiblemente trabajaba en una tienda, un supermercado, o tal vez como profesora de baile porque a pesar de que nunca se soltaba a bailar, no podía evitar dejarse llevar por la música, aunque fuera moviendo sólo un poco las caderas, sin despegar los pies del suelo, con gracia y ritmo, y además su cuerpo, delgado y atlético, le hacía pensar en alguien acostumbrado al ejercicio físico. Cuando Alicia le dijo que estaba haciendo un doctorado en literatura le costó mucho entenderla porque no sabía pronunciar bien ninguna de las dos palabras. Su amigo —Alfredo, que hablaba perfectamente inglés— intentó meterse en la conversación haciendo las veces de intérprete, pero Matty lo ignoraba, ni siquiera lo miraba a la cara para así darle a entender que sobraba. Le alegró que Alicia no pareciera incómoda cuando su amigo se fue, a pesar de que éste le dedicó un gesto ofendido. Matty y Alicia se quedaron juntos el resto de la noche, hasta que cerraron el bar, intentando comunicarse entre risas y malentendidos, bebiendo cervezas.

Matty acompañó a Alicia hasta la puerta de su apartamento. Él fue a abrazarla, ella a darle dos besos y al final quedaron a mitad de camino entre las dos cosas, en un abrazo tonto y confuso, sin encontrar palabras para bromear sobre su torpeza. Matty le pidió el teléfono, pero ninguno de los dos tenía dónde escribirlo, así que hizo que Alicia lo repitiera varias veces, hasta que lo memorizó. Nada más llegar a casa, lo apuntó en un papel dudando si sería el número correcto, no tanto porque no lo recordara bien sino porque temió que Alicia se lo hubiera dado mal a propósito.

Todavía no sabía por qué no le había dicho que hablaba español.

DEL DIARIO DE ALICIA

4 de septiembre

La intuición que tuve la primera semana de clase y que escribí aquí en algún momento es más que cierta. Lo he hablado hoy con Eva y con Ester y me han dado la razón. El campus está segregado. Los estudiantes se agrupan en la universidad —en la cafetería, en el césped, en la clase— según su raza: negros con negros, latinos con latinos, blancos con blancos, chinos con chinos... salvo alguna excepción que siempre es una pareja, los grupos son monocromáticos. En la clase de gramática avanzada tengo veinticinco estudiantes. Si no recuerdo mal hay catorce blancos, siete latinos y cuatro afroamericanos. Pues así está dividida la clase. Cuando tienen que hacer actividades en grupo (de cuatro o en parejas) y alguno se queda descolocado y no puede estar con los suyos, ponen malas caras y a veces incluso les tengo que obligar a dar ese paso. Hoy Rebecca ha llegado tarde y la he obligado a sentarse con los latinos y no le ha dado la gana. Se ha sentado ella sola. Le he vuelto a decir que tenía que trabajar con ellos, se ha negado y entonces ya me he puesto seria y le he dicho que si no quería trabajar que se fuera de clase. ¡Y se ha ido! ¡Y dando un portazo! Y por si fuera poco, ha ido a hablar con Stephanie para poner una queja contra mí, diciendo que la trato diferente que a los otros estudiantes, o sea, que la estoy discriminando. Me lo ha dicho Stephanie, que me estaba esperando a la salida para, con mucho tacto, recomendarme que tenga más cuidado tratando a los estudiantes afroamericanos, que son más sensibles al trato discriminatorio. Yo le he contado lo que ha pasado y me ha dicho que no me preocupe, pero que tenga más paciencia.

Luego lo he hablado con Ester y Eva y me han dicho que aquí no se

puede echar a un estudiante así por así, y menos si es de una minoría. Joder, como si yo fuera de una etnia opresora.

30 de septiembre

Alfredo me ha dicho que el profesor Narváez me invita a una de sus tertulias porque quiere que hable de «la ETA», así, con artículo y todo. Todos los martes hace tertulia en su casa e invita a unos diez estudiantes. Cuatro son fijos —sus chupaculos oficiales— y a los otros cinco o seis los va turnando. Los nuevos se mueren por ir, sobre todo ellas, La Pottoka y La Cantante Calva. Sólo iría para que esas dos se murieran de rabia. Pero no, no voy a ir. Es un facha de mierda, un opusino. Me invita como si fuera un mono de feria y ni siquiera lo hace directamente sino a través de Alfredo a quien, ya le he dicho que ande con cuidado, ha invitado a dos seguidas. Me ha dicho que Narváez es más maricón que él pero que no saldrá del armario jamás. Yo no lo soporto. Es un viejo asqueroso que huele a ajo, o a tortuga, y encima no tiene ni idea de nada. ¿Cómo puede dar literatura española contemporánea? Lo último que leyó sería *Descargo de conciencia* de Laín Entralgo. Le he hecho prometer a Alfredo que no mencionará lo de Gorka. No se lo tenía que haber contado, soy una bocazas. Si esta gente se entera voy a acabar siendo la etarra del departamento.

He quedado de nuevo con Matty para mañana. Me gusta, es un chico muy atractivo, pero me da tanto corte. No le entiendo la mitad de lo que me dice y sé que él a mí tampoco. Me siento imbécil, como si hubiera involucionado hasta los cinco años. ¿Qué tipo de relación vamos a tener así? ¿Qué pasa si cuando por fin consigo comunicarme con él me parece el tío más inculto o aburrido o miserable del planeta? ¿O si a él no le intereso nada?

5 de octubre

Hoy he hablado con ama. La he notado un poco triste. Me dice que me echa de menos, que qué lejos estoy. Obvio, ¿no?, estoy en Estados Unidos. Debería estar acostumbrada, llevo ya seis años fuera de casa. ¿Qué esperaba, que volviera a vivir con ellos al salir de Salamanca, que hiciera un doctorado por ahí cerca? Ya sabe que todo aquello me asfixia, que no quiero volver,

sobre todo después de lo de Gorka.

Aita no estaba en casa, como siempre. Desde que me fui en agosto he hablado con él dos veces. Le he dicho a ama que podemos quedar para hablar un día que él no haga guardia o tenga que estar en el hospital, que llamen de todas formas y, si no estoy en casa, pues mala suerte, pero que por lo menos lo intenten. Aita me está castigando, nunca me va a perdonar que me haya ido. No por él, a él le da igual si me quedo aquí de por vida, es por no aguantar él solo a ama. Dicen que los hijos únicos somos egoístas, que no aprendemos como los demás niños a compartir, a ceder, que nos sentimos incomparables en el universo hasta que salimos al mundo y nos empezamos a dar trompadas. Todo eso será cierto, pero oculta la otra cara de la realidad: somos egoístas porque estamos solos, no compartimos porque no tenemos con quién, no cedemos porque no hay nadie a quien ceder, nos sentimos únicos porque no tenemos con quién compararnos. La hija única es en quien el padre y la madre ponen todos sus miedos y sus esperanzas, la hija única es en quien sus progenitores atesoran todo el deseo de futuro. Para mi padre soy una egoísta porque me he ido, soy su fracaso porque no quise seguir sus pasos, porque por más que él intentó moldearme a su medida, le salí rana.

Estoy hasta los ovarios de mi padre.

7 de octubre

Estoy tan enfadada, me siento tan imbécil que ni siquiera puedo escribir con claridad. No puedo creer que todo este tiempo, sufriendo en cada cita, sintiéndome idiota por no poder entenderle y ahora resulta que habla perfectamente español. Bueno, perfectamente no porque tiene un acento muy raro, parecido al de mis estudiantes pero con un deje mexicano. No sé si puedo estar con un tío que me miente así durante tantos días, sobre todo porque era obvio que yo lo estaba pasando fatal, que me moría de vergüenza. Y él me dice que le da ternura, que le encanta mi acento y que me ponga roja, que es mejor para mí hablar con él inglés, que será mi profesor particular. Alfredo me dice que es un psicópata, que le deje, que obviamente le divierte hacer sentirse inferior a la gente. Tampoco es para tanto. Creo que Alfredo está celoso, que ve que paso mucho tiempo con Matty y cada vez menos con él.

30 de octubre

Matty está casi instalado ya en el apartamento. Le resulta más fácil quedarse aquí a dormir. Ayer se trajo una bolsa con alguna ropa y sus cosas de aseo. Me da un poco de miedo la facilidad con la que se ha establecido en mi vida y la naturalidad con la que habla de nuestro futuro. Me asusta que él lo tenga tan claro. Hoy me ha dicho que a finales de enero o en febrero podríamos irnos a vivir juntos oficialmente. Mi contrato aquí es renovable cada tres meses y él está harto de sus compañeros de piso, que se pasan el día haciendo fiestas en casa. Como en enero empieza sus prácticas del máster y tiene que escribir el proyecto final, va a necesitar vivir en un sitio tranquilo. Bueno, todavía queda tiempo para eso.

Mañana tengo que matricularme en los cursos para la primavera. Voy a pedir que en vez de tres me dejen tomar cuatro y me apunto al de feminismo. Me costará, como me está costando el de historia del movimiento obrero, pero es la mejor forma de aprender a leer y escribir en inglés. A hablarlo ya me enseña Matty.

Alfredo se va a casa por Navidad. Yo no sé qué hacer. Ama me lo ha preguntado mil veces, que no me preocupe por el dinero, que me lo pagan ellos. Le he recordado lo que dijo aita, que si me iba era con todas las consecuencias, que no esperara que me ayudaran económicamente. Pero me dice que no meta a aita, que esto es cosa nuestra. La verdad es que no me apetece ir. Acabo de llegar aquí, todavía me estoy acostumbrando y me atrae la idea de tener tres semanas para encerrarme en esa biblioteca maravillosa, entre volúmenes y volúmenes de libros, y avanzar mis lecturas. Y también, tengo que reconocerlo, me angustia un poco separarme de Matty. Él irá a Chicago con su familia cuatro días, el resto lo podremos pasar juntos. No ha hecho ningún comentario sobre la posibilidad de que yo le acompañe. No me apetece conocer a su familia todavía, pero por otra parte estaría bien visitar Chicago. Alfredo me dice que vaya a casa, que no me vendría mal ver las cosas con cierta distancia. No sé bien a qué se refiere y cuando le he preguntado se ha encogido de hombros y me ha dejado plantada con la comida en la bandeja. Está muy raro, da unos bandazos emocionales de la leche, porque a la tarde después de clase con Narvéez hemos ido juntos a la

biblioteca, como si nada hubiera pasado a mediodía. Nos hemos cogido del brazo y hemos caminado un rato en silencio. Al llegar a la biblioteca me ha abrazado fuerte, me ha mirado a los ojos con mucha ternura, me ha dicho «qué guapa eres» y me ha dado un beso en la mejilla. Yo quiero que esté siempre así, que siga siendo cariñoso conmigo, que confíe en mí y me hable de sus cosas.

UN PARTIDO DE BALONCESTO

La cancha amplia, al aire libre, no llega a las dimensiones de una profesional. El suelo es de un asfalto blando que acoge bien los rebotes del balón, aunque en algunos lugares ya se está empezando a levantar. Está rodeada por una valla de metal que le da aspecto de jaula. Se accede a ella por una puerta también enrejada y metálica que nunca se cierra del todo. Los chavalillos del barrio trepan y se cuelgan de la valla cada vez que los adultos juegan un partido. Desde ahí les gritan, imitan sus ruidos guturales causados por el esfuerzo, escogen a sus jugadores favoritos, los abuchean cuando fallan una canasta, los aplauden cuando hacen un buen pase, un tapón inesperado o meten una canasta de tres puntos. A Matty le gusta oírles de fondo. Sabe que es uno de los favoritos. A pesar de ser el más bajo de todos —mide justo metro ochenta— tiene una agilidad y una picardía que a sus amigos les falta. Siempre que roba una pelota, engaña a un adversario o hace un tapón, los chavales aplauden, mientras que si alguien comete una falta contra él la señalan a gritos y silbidos. La cancha está muy cerca de la universidad, a la entrada del barrio más pobre de Southville, habitado mayoritariamente por negros e hispanos en coexistencia poco pacífica. No se ven blancos —los blancos pobres de Southville tienen su propio gueto— por lo que Matty y sus amigos nunca se atreverían a adentrarse en el barrio, a pesar de que Paul es afroamericano y Ernesto chicano. Se les nota demasiado la clase media. Jamás se quedan merodeando después de los partidos y evitan que se alarguen más allá de las siete y media u ocho de la tarde. A partir de esa hora se empiezan a ver coches de cristales tintados patrullando despacio las calles, jóvenes trapicheando en las esquinas y no es infrecuente que el barrio sea primera página del periódico o abra las noticias del telediario local por una reyerta o una confrontación con la policía. Así que Matty y sus amigos llegan

a la cancha, echan sus canastas y nada más acabar se duchan en el gimnasio de la universidad y de ahí van directamente a cenar y tomar unas cervezas a alguno de los bares del pueblo, frecuentados casi exclusivamente por estudiantes. Escogieron esa cancha porque es pública, al aire libre y siempre está vacía. Al contrario de las de la universidad, para las que siempre hay lista de espera y huecos de sólo cuarenta y cinco minutos. El año anterior tomaron la costumbre de jugar todos los jueves a las seis de la tarde y nunca se encontraron con otro grupo que quisiera usarla, ninguno de los habitantes del barrio, salvo los niños, mostró mayor interés por ellos, ninguna animadversión. De vez en cuando algún joven les observa jugar desde la valla, riendo las gracias de los más pequeños, pero hasta el momento ninguno se ha animado a hablarles o a entrar a la cancha. Un día Paul invitó a un chico de unos quince o dieciséis años que había ido a verlos jugar tres semanas seguidas. Era alto y desgarbado, serio, no se reía de las bromas de los niños ni hacía ningún gesto durante los partidos. Simplemente observaba. El tercer día Paul se acercó a él y le ofreció el balón, haciendo un gesto con la cabeza para que entrara a jugar, pero el adolescente se dio la vuelta y, sin decir nada, se fue. No volvió a aparecer por ahí. Otro día se acercaron dos tipos al final del partido pero no se dirigieron a ellos, sino a uno de los chavalillos detrás de la reja. Ernesto oyó que le preguntaron por su hermano y el niño, de unos diez años, respondió con miedo que no sabía nada de él. A Ernesto le recordó a alguna situación vivida en su barrio de Los Ángeles y, por eso mismo, no se quiso meter.

Los fundadores del grupo —Matty, Ed y Paul— habían jugado en los equipos de sus respectivos colegios. A Paul incluso le reclutaron de una universidad de Alabama para jugar en el equipo oficial. Se pasó la mayor parte de los cuatro años sentado en el banquillo de suplentes, pero a cambio recibió una cuantiosa beca y pudo entrenar con algunos jugadores que acabarían en la NBA. Eso es lo que le hubiera gustado a Matty, que algún entrenador famoso como Mike Krzyzewski o Roy Williams le hubiera reclutado, pero su sueño de adolescente quedó en eso, un sueño. No pudo competir con los grandes fichajes de otros colegios, pero comparado con sus compañeros de clase, Matty era un gran jugador, un base inteligente que sabía dirigir el equipo, ágil, que usaba bien su cuerpo para provocar faltas, cruzar la cancha a gran velocidad y pivotar con una ligereza que confundía a

sus contrincantes. Su entrenador le dijo que había despertado algún interés en el reclutador de una pequeña universidad del oeste, pero jamás lo llamaron. Matty pensó que mejor así, que para estar en un mal equipo, mejor no estar en ninguno. Se quedaría en Chicago, iría a la universidad pública de Illinois, estudiaría empresariales y trabajaría los veranos para ahorrar un poco de dinero y después, quién sabe, igual hacer un máster lejos de la ciudad y de la casa de sus padres. Durante los cuatro años de universidad siguió jugando con los amigos del colegio que se quedaron en el barrio y, después de un tiempo, con otros chicos de la universidad. Al comenzar el programa de máster en Southville conoció a Paul y Ed, a los que pronto identificó como baloncestistas. Enseguida decidieron montar el grupo y establecer la rutina de partidos. Los integrantes han ido rotando, pero ellos tres se encargan de alistar a los nuevos cuando algún veterano se da de baja. No siempre hay suficientes para jugar en equipos completos, pero eso no importa. Lo importante es jugar.

Hoy es jueves. Matty y Paul esperan a Ed y Ernesto, que tienen clase hasta las seis. Ha llegado el «verano indio» y, a pesar de que es mediados de octubre, hace una tarde muy calurosa. Después de un agosto y septiembre infernales, llevan un par de semanas de temperaturas más moderadas, sin apenas humedad. Es la época del año que más gusta a Matty: los colores de los árboles cambiando al amarillo, naranja, rojo, morado; sentir el aire fresco de las mañanas; aprovechar el sol cálido y dulce que ha perdido la ferocidad del verano. Pero estos días vuelven a ser asfixiantes. No han empezado a jugar, sólo se están pasando la bola uno al otro mientras esperan, y ya están completamente sudados.

—Hermano, ¿no jugáis hoy?

Un niño de unos ocho años, negro, con una ropa por lo menos tres tallas más grandes, grita a Paul desde la valla.

—Sí, estamos esperando a nuestros amigos.

—Un día voy a meterme ahí y os voy a machacar.

—¿Por qué no entras y nos lo demuestras?, le dice Matty riendo.

El niño también se ríe, su amigo le da un empujón y se desengancha de la reja.

—A ver si te va a hacer caso y luego no nos lo podemos quitar de encima.

—Tampoco pasa nada, tío, que no son la peste.

Matty le lanza la pelota. Paul no está preparado y el balón sale volando de sus manos. Corre detrás del balón que llega a la altura de la valla donde están los dos niños.

—Qué manos de caca, hermano.

—Vete a mamarla, niño.

Paul coge la pelota, mira con mala cara a los dos niños, uno de los cuales le hace un corte de mangas.

—¿Qué pasa, tío, qué le has dicho al chaval?

—Nada, joder, que son unos plastas.

—No tienen mucho más con lo que entretenerse.

—No es mi problema, ¿no?

—Joder, qué borde estás hoy.

—Ahí llegan estos dos. Vaya pachorra.

A Matty no le sorprende el mal humor de Paul. Muchas veces empieza así el partido pero después de unas cuantas canastas se aligera. A la hora de las cervezas suele contar el motivo de su enfado que casi siempre tiene que ver con su novia, una chica demasiado guapa y demasiado lista que tan pronto se quiere casar con él como dejarle sin más explicaciones.

Ernesto y Ed se incorporan a la cancha. Piden disculpas. Han tenido examen y han apurado hasta el último momento. Matty le quita importancia, Paul bota la pelota con fuerza y se la pasa a Matty.

—Venga, tú y yo contra estos dos empollones.

Matty da un par de pasos con la pelota, pivota hacia delante y hace un par de fintas a Ernesto, Paul avanza por un costado de la cancha, con Ed pegado a su cuerpo. Matty pasa la pelota a Paul, que salta para encestar pero Ed le hace un tapón y la pelota sale volando. Los chicos de la valla aplauden. Se oye el insulto «Manos de caca» repetido dos, tres veces. Ed y Ernesto están centrados, corren, regatean, roban pelotas, encestan, mientras que Matty y Paul apenas siguen su ritmo: Paul juega con rabia pero sin técnica, sin contar apenas con Matty, que cada vez está más enfadado porque no le hace pases. Pide tiempo muerto, se acerca a Paul, que resopla con las manos apoyadas en las rodillas.

—¿Qué coño te pasa, tío?

Se acercan Ed y Ernesto.

—¿Queréis que lo dejemos por hoy? No sé si aguanto mucho más... este calor, dice Matty.

—Qué gallina —responde Ernesto, riéndose—, lo quieres dejar porque os estamos barriendo. Paul, tío, no das una.

Paul sigue resoplando, parece que le cuesta respirar. Se separa del grupo y da unos pasos hasta donde están los dos niños que ahora se dedican a perseguirse para intentar darse patadas. Se sienta con la espalda apoyada en la valla. Los niños le echan un vistazo, pero esta vez no le dicen nada. Siguen correteando y jugando a pelearse.

—¿Qué le pasa?, pregunta Ernesto.

—Ni idea. Desde que ha llegado está raro, responde Matty.

—Será la guarra de su novia, dice Ed.

—Que no te oiga, que tal y como está hoy te arranca la cabeza, dice Ernesto.

—El martes la vi en la barra del TGIF con Tom. Se intentó esconder al verme, dice Ed.

—¿Se lo has contado a Paul?, pregunta Matty.

—Se lo iba a contar hoy después del partido, pero ya no sé. ¿Qué hago?

—¿Quién es Tom?, pregunta Ernesto.

Paul se levanta y se acerca. Los tres amigos callan, Ernesto bota el balón.

—¿Qué cuchicheáis? ¿Por qué os calláis?

—Venga, vamos a jugar un rato más, dice Ernesto.

—Yo me voy a casa, dice Paul.

—¿Cómo que a casa?, pregunta Matty.

—Me voy, insiste Paul.

—De eso nada, dice Ed.

Discuten un rato más y al final Paul concede ir con ellos si dejan de preguntarle qué le pasa. De camino al gimnasio para ducharse, Matty habla con Ed, mientras Ernesto se adelanta con Paul.

—No le digas nada hoy, Ed. Yo creo que está así porque ya lo sabe.

—Pero igual la tía se lo niega. Siempre lo hace y él cae como un idiota otra vez.

—Ya, va por la vida como un puto ciervo el pobre.

—Y esta vez yo lo he visto, tengo pruebas. ¿A ti no te gustaría saberlo si

Alicia te pone los cuernos?

—Igual no. No sé lo que sería capaz de hacer.

—Paul es un calzonazos. No va a hacer nada. Ahí donde lo ves, casi siete pies de estatura, puro músculo y es un puto cordero. Y clavadito a Michael Jordan porque mira que es guapo el tío. Podría estar con cualquiera y está con esa zorra.

—Está buenísima.

—Bah, hay cientos como ella.

—No te veo a ti con ninguna.

—Una cosa es que no me veas y otra que no me las cepille.

Matty se ríe. Sabe que es cierto. Ed es un seductor compulsivo. Todos los fines de semana busca, como si fuera un cazador, a su próxima conquista. De la misma estatura que Paul, tiene también un cuerpo fino y atlético y unos rasgos peculiares pero muy armoniosos, una belleza singular. De padre filipino y madre irlandesa, ha heredado la piel tostada del padre, los ojos ligeramente rasgados pero del color verde de su madre, de ella también son la nariz fina, los labios carnosos y el pelo castaño con reflejos caobas. Tiene una agenda de teléfonos que es famosa entre sus amigos. Está dividida en dos: las «24/7» y las «novedades». Las «24/7» son chicas que él sabe que se acostarán con él. Las tiene para los momentos de necesidad o cuando no le apetece salir a cazar. Las «24/7» son su servicio de sexo a domicilio, como cuando pide una pizza por pereza de salir por la noche. Las «novedades» son las conquistas recientes. Después de haberse acostado una vez con una chica, si le gusta un mínimo la pone en esta lista. Si repite y ella no pide nada a cambio —volverse a ver, el teléfono de él, una relación estable— la pasa a «24/7». De este último montón se caen aquellas que después de tres o cuatro polvos esperan más de él o hacen un mínimo reproche. En un pueblo con una universidad de más de veinte mil estudiantes, Ed sabe que hay un flujo constante de chicas entre los dieciocho y los treinta años. Entre estas últimas hay mujeres muy estresadas haciendo sus posgrados que no buscan relaciones estables, así que muchas de sus «24/7» pertenecen a este grupo. Así funciona Ed, que ahora recuerda que cuando Paul empezó a perseguir a Anna él podía habérsela tirado. Mientras el pobre Paul la adulaba torpemente en una pista de baile, ella se restregaba bailando pegada a la espalda de Ed. Pero se contuvo, Paul estaba enamorado como un becerro, sigue estándolo.

—Espera un par de días. El sábado quedamos con él y vemos cómo está, dice Matty.

—Vale, tío, pero sigo pensando que lo tiene que saber.

En el bar piden su jarra de cerveza con doble lúpulo de todos los jueves, acompañada de alitas de pollo picantes y nachos con chili. Los tres amigos comentan el partido, bromean. Paul responde con un gesto hosco o la nariz metida en su vaso de cerveza. Ed y Ernesto hablan del examen de regulación de finanzas internacionales. Matty desconecta. Es una asignatura que él no tiene que cursar porque se está especializando en análisis cuantitativos. No le interesan los mercados globales ni viajar ni trabajar en una multinacional. Sus amigos le dicen que es un error, que es ahí donde está el futuro y el verdadero dinero, pero él prefiere encontrar trabajo en una unidad de análisis para un banco o una pequeña empresa. No es por falta de ambición, se dice, sino porque no quiere convertirse en uno de esos tipos tan perdidos en la especulación que acaban sin entender el sistema para el que operan. Él prefiere poder contar, analizar, anunciar riesgos, proponer soluciones. Le parece una forma de trabajo más honesta que la pura especulación financiera que tanto atrae a gente como Ed o Ernesto. En eso se parece más a Paul que, como él, prefiere la concreción, la seguridad, la estabilidad de un trabajo enraizado en el análisis, los datos, las posibilidades dentro de lo real. Paul se está preparando para ser auditor.

—¿Otra ronda?, pregunta Ernesto en un momento de silencio incómodo.

—Lo siento, tíos, ahora sí que me voy a casa, dice Paul.

—Yo también, dice Matty, te acompaño.

—Desde que vives con tu novia no eres el mismo, dice Ed.

Matty hace como que no lo oye, deja un billete de diez en la mesa, Paul otro y salen del bar, mientras Ed y Ernesto piden otra ronda.

—No hace falta que me acompañes, prefiero ir caminando solo.

—Pero...

—Adiós, Matty.

Paul echa a andar.

—Eh, Paul, nos vemos el sábado, ¿no?

Paul levanta el brazo como despedida, aunque también podría ser un gesto de «déjame en paz». Matty camina lento hacia el apartamento de Alicia,

apenas un cuarto de hora de la calle principal de Southville donde está la cervecería. Matty repasa la tarde con sus amigos, piensa que es triste saber que Paul está pasándolo mal y no ser capaces de comunicarse con él, de hacerle sentir que se preocupan, que quieren apoyarle. Somos gilipollas, piensa Matty, teníamos que haber insistido, aunque entonces Ed le habría contado lo que sabe y Paul no se fía mucho de él, igual no le hubiera creído y se hubiera montado una gorda. Paul teme que a Anna le guste Ed, me lo ha dicho más de una vez. Y quién sabe, igual piensa que hay algo entre ellos y que Ed se inventa que la vio con Tom, qué capullo Tom, aunque no es tan diferente de Ed, se folla todo lo que pilla por delante, corren rumores de que tuvo una denuncia por pasarse con una menor, pero igual es mentira, esas cosas nunca se sabe, lo único que le diferencia de Ed es que no es amigo de Paul y por eso le da igual ligarse a Anna. Pero no, Paul seguro que no desconfía de Ed si le cuenta lo que vio, es un buenazo, no es tan desconfiado como yo. Yo seguro que pensaría mal, si hasta me incomoda que Alicia venga con nosotros porque ya veo cómo la mira Ed. Es que el tío no puede evitarlo, ve una tía guapa y se le olvida todo lo demás. No me extrañaría que un día entrara a Alicia. Lo lleva claro si cree que... pero ¿para qué pienso estas chorradas? Matty está ya al pie de los apartamentos. Hace unos días que se ha mudado al minúsculo piso de Alicia. Esta noche no le espera tan pronto. Matty le ha avisado de que los jueves es su día para salir con los amigos y también por lo menos un sábado al mes.

Matty va a meter la llave en la puerta, pero antes de hacerlo apoya la oreja contra ella. Le gustaría saber qué está haciendo Alicia al otro lado, verla sin ser visto, escuchar su respiración tranquila si es que está leyendo o más profunda si es que se ha quedado ya dormida, escuchar si está oyendo música mientras prepara la comida de mañana o limpia la cocina después de cenar y verla meneando la cabeza y el cuerpo un poquito, como cuando cree que nadie la está mirando, escuchar si está cepillándose los dientes con tanta fuerza que, si lo estuviera haciendo ahora mismo, sería capaz de oír el roce del cepillo contra sus dientes, grandes y blancos, desde el otro lado de la puerta. Pero no oye absolutamente nada, así que abre despacio, sin anunciarse. Desde ahí ve el cuerpo de Alicia apenas cubierto por un camisón corto de algodón blanco, sus manos sujetando un libro.

—Hola, pequeña.

Alicia da un salto en el sofá y un pequeño grito, el libro se le escapa de las manos.

—Joder, qué susto. No he oído la puerta.

Matty se ríe, le hace gracia la naturalidad con la que suelta sus tacos. Se acerca, la da un beso húmedo que sabe a cerveza.

—Qué pronto. ¿Ha pasado algo?

—Nada. Estábamos cansados.

—No me extraña, con este calor. ¿Cuándo acaba aquí el verano?

—Enseguida. Esto es el último coletazo.

Matty se sienta en un hueco que le hace Alicia en el sofá, acaricia sus piernas todavía algo bronceadas, suaves, depiladas, llega hasta los muslos, mete la mano en su interior, la sube más.

Alicia se ríe, tímida, y se baja un poco el camisón.

DEL DIARIO DE ALICIA

4 de noviembre de 1997

Hoy ha pasado algo muy raro entre Matty y Alfredo. Alfredo necesitaba comprarse unas gafas de nadar. Vamos a empezar a ir a la piscina de la universidad juntos porque los dos nos estamos poniendo un poco potxolos. A mí me da corte que me vea en bañador, no sé por qué. Sé que no le atraigo lo más mínimo, me lo ha dicho mil veces, sobre todo cuando le he llamado la atención, como el otro día que cuando me cogió del brazo me rozó una teta, yo creo que con toda la intención, le reñí y me dijo lo de «pero niña, si soy maricón perdido». El caso es que le pedí a Matty que nos llevara al centro comercial, le dije que para comprarme yo otro bañador. No me lo iba a comprar pero si le digo que es para Alfredo seguro que me dice que no. Estábamos los tres en el coche y cada vez que Alfredo se ponía a contar algo en castellano Matty tocaba el claxon. Al principio yo me he reído, pero luego ha resultado incómodo, hasta agresivo. Le he dicho a Matty que parara, muy seria, y lo ha hecho, pero ninguno de los dos ha vuelto a abrir la boca en todo el trayecto. Luego nos hemos ido Alfredo y yo a la tienda de deportes y Matty se ha quedado esperándonos en el coche, así que todo muy raro y muy tenso. Alfredo apenas se ha despedido de mí, y cuando le he preguntado a Matty qué le pasaba me ha dicho que nada.

Tengo una tristeza en el cuerpo...

1 de febrero de 1998

Todavía no me puedo creer que nos vamos a comprar una casa juntos.

Matty tiene diez mil dólares ahorrados de todos los veranos que ha trabajado en obras, aquí y en Chicago, y entre su sueldo de becario, mi sueldo y mi beca podemos pagar la hipoteca. Es más, nos sale más barato que alquilar cualquier apartamentucho por ahí, cerca de la universidad. La casa está en el campo y podré tener un jardín. Matty quiere que adoptemos un gato. A mí lo que me gustaría es tener un perro. Echo de menos a Mus. Un gato, ya veremos, pero seguro que no es lo mismo. La casa está en malas condiciones pero Matty dice que eso lo arregla él en un verano: sólo hay que quitar la moqueta, poner suelos nuevos, rehacer el baño y darle una buena mano de pintura a toda la casa y dice que cuando la vendamos sacaremos el doble o el triple por ella. Ama está preocupada, me dice que mire bien los papeles, que qué pasa si sale mal, que soy muy joven, que llevamos muy poco tiempo juntos... Igual debería haber ido a casa en Navidades, para que viera lo feliz que soy y se quedara tranquila. De todas formas si sale mal lo de menos es el dinero, para mí es como un alquiler. Si sale mal, bastante hecha polvo voy a estar por perder a Matty. A veces pienso que se va a cansar de mí, de que esté siempre metida en mis libros, de tardar tanto en aprender a hablar inglés como para llamar por teléfono al banco o a la compañía de la luz —es que no puedo con el teléfono, me da pánico—, de mis despistes y olvidos, de mis torpezas —a ver si la semana que viene apruebo por fin el carnet de conducir y le doy una alegría, qué vergüenza, con lo fácil que es aquí— o que ya no me vea tan guapa como cuando me conoció porque tiene razón que he engordado unos kilos, pero es que no saco tiempo para ir a la piscina con Alfredo ni para ir al gimnasio, como hace él. Cuando nos mudemos a la casa en el campo igual puedo salir a correr por el barrio, que parece muy tranquilo.

Mañana se lo contaré a Alfredo, pero ya sé qué me va a decir: que tenga cuidado, que estoy yendo demasiado deprisa. Me sorprendió el otro día cuando me dijo que me estoy aislando. Cuando le diga que me voy a una casa en el campo... Y no me estoy aislando, lo que pasa es que necesito sacar tiempo para estudiar y para escribir los trabajos, y luego las clases, corregir, y el tiempo que me queda me apetece estar con Matty. No es tan difícil de entender.

28 de marzo

Este fin de semana Matty ha arrancado la moqueta y resulta que debajo hay muchos residuos de orín de perro. El dueño anterior era un guarro, un canalla. Teniendo esta huerta tan grande, dejaba al pobre perro aquí encerrado y, claro, se meaba por todos sitios. Lo habíamos notado un poquito, pero al levantar la moqueta se ha convertido en algo insoportable. Yo me puse a echar lejía en las planchas de madera, pero Matty me riñó por mojar el suelo y la verdad es que la mezcla creo que es aún peor. Son unas planchas como de conglomerado y encima de ellas vamos a poner la tarima, por eso eché la lejía, para desinfectar, pero debe haber un producto especial para eso. Yo qué sabía, lo hice por ayudar. Después de eso cogí el coche y me fui a la biblioteca a leer. Volví después de un par de horas y él seguía de morros. Luego entre semana hemos estado mejor, aunque tampoco nos hemos visto mucho. Dormimos en el loft, que es el único sitio adonde el perro no subía, pero la casa todavía huele mal. A ver si este fin de semana le da ese producto. Es como estar respirando meada de perro continuamente.

No se lo he contado a Alfredo. Ya casi no le cuento nada y me da muchísima pena, con lo unidos que estábamos. Pero no creo que sea culpa mía, es él que está celoso. Echo de menos su cariño.

14 de abril

Hoy es el cumple de ama. He conseguido llamarla desde la cabina entre la clase de colonial y la de modernismo. Acababa de llegar a casa de comer con Maite. No me puedo creer que aita no haya comido con ella. Que tenía turno en el hospital y no podía salir a comer. No me extraña que a veces se sienta tan sola. Pasa mucho más tiempo con Maite que con aita. Me dice que, si al final yo no voy este verano, igual se viene con ella a visitarme a finales de mayo, que ha visto ofertas muy buenas y que le gustaría ver dónde vivo, conocer a Matty, que si no vamos a estar año y pico sin vernos. A mí también se me está haciendo un poco largo. Creo que debería ir yo, pasar por lo menos un par de semanas con ella, a aita seguro que lo veo de pasada, como siempre, estar con Garbiñe y la cuadrilla. Si voy al principio del verano será barato y podré ver a todo el mundo antes de que se vayan de vacaciones. Prefiero ir yo a que venga ella con Maite. No sé qué pensaría Matty, si le parecería bien que vinieran a casa. Ya se lo preguntaré un día de éstos, igual

durante el fin de semana. ¿Y si me pone pegas? ¿Cómo le digo a mi madre que no puede venir a casa? No se lo diría porque no lo iba a permitir. ¿Qué pensará ama de él cuando lo conozca? Aparco el tema de momento.

Qué poco queda para que acaben las clases. Dos semanas y se acabó. Después dar los exámenes, corregir, escribir mis trabajos de fin de curso y ya. Me queda todo el verano para leer y estudiar, cobrando la beca. Esto es un chollo. Sí, me puedo permitir ir a casa un par de semanas.

20 de abril de 1998

Hoy he recibido carta de Garbiñe. Me cuenta que Harkaitz ha ido a ver a Gorka a Cádiz, que debe estar muy mal. Depresión. Hace tiempo que no contesta a las cartas que le envía la cuadrilla y la última vez que Garbiñe vio a su madre le dijo que no levantaba cabeza, que cada vez lo veía más delgado, más encerrado en sí mismo. Las noticias que ha traído Harkaitz no son buenas. Dice que parece que le han caído diez años encima, que ha perdido mucho pelo. ¡Con la melena tan bonita que tenía! Una de las cosas que más me gustaban de él, su pelo, esos rizos que casi parecían tirabuzones, tan rubios, tan espesos, tan perfectos. ¿Se acordará de que le llamaban nena? ¿Conservará algo de su ternura? Los poemas que me escribía en el insti, madre mía, sus imitaciones un poco torpes de Verlaine, cuando yo le tomaba el pelo y le decía lo de «reclinare, jugando con tus bucles espesos, sobre tu núbil seno mi frente soñolienta». No entiendo, creo que nunca entenderé, cómo acabó metiéndose en todo ese lío. Ni cómo yo no supe darme cuenta a tiempo. Estaba en Salamanca, es cierto, pero iba por lo menos una vez al mes a casa y él, ¿cuántas veces vino a verme? Por lo menos tres o cuatro. Y ya entonces había señales: su secretismo, sus afirmaciones cada vez más radicales, su separación del grupo. Esos dos años que no supimos nada de él, ¿pensaría en algún momento en mí? Me pregunto si debería intentar escribirle de nuevo desde aquí. Pero seguro que no me contesta. Nunca lo ha hecho, ¿por qué empezar ahora? Sobre todo si está pasando una mala racha. Igual por eso mismo, si está pasando una mala racha debería escribirle. Garbiñe me dice que están organizando un viaje de cuadrilla, aunque sólo pueda pasar uno con su madre, que sepa que están todos ahí fuera. Para cuando yo llegue ya lo habrán hecho porque quieren ir a principios de mayo. Qué pena, porque

me encantaría acompañarlos. Me quedaría fuera, pero aun así. Natxo dice incluso de llevar los instrumentos y organizar un concierto espontáneo fuera, por si le llega la música. Cuando conteste a Garbiñe le voy a decir que se informen con los de Gestoras, no vaya a ser que vayan con toda la fanfarria y luego castiguen a Gorka. Cada vez me resulta más extraño todo ese mundo, como si estuvieran viviendo una realidad que cada vez me pertenece menos. Y es cierto, cada vez me siento más lejana. Particularmente cuando me doy cuenta de las contradicciones en las que vive gente como Garbiñe, que su padre es concejal socialista pero que adora a Gorka, a Natxo, a Amaia, a pesar de que cada vez está más distanciada de ellos, incluso por su propia seguridad.

 Escribo esto y me lleno de espanto.

PRIMERAS SEÑALES

Alicia oye el estruendo antes de abrir la puerta. No parece ruido de obra ni de máquinas, sino golpes de cacharros, portazos, cristales, como si hubiera una batalla campal en la cocina. Se imagina a un ladrón en casa y a Matty pegándose a puñetazo limpio con él. Todo su cuerpo se tensa. Tiene un instinto que recurre a la agresión más que a la huida cuando siente que un ser querido está en peligro, como cuando aquel yonqui quiso robar a su madre en el portal y en diez segundos le dio una paliza que lo dejó hecho un ovillo en el suelo de mármol, llamando desconsolado a la policía. Alicia abre la puerta de casa, no guarda el llavero, empuña entre sus dedos la llave más grande, suelta la mochila de golpe y entra corriendo, gritando su nombre. De repente todo es silencio. Se han parado los ruidos, Matty no contesta.

—Matty, amor, ¿estás ahí?

—¿Dónde cojones quieres que esté?

No es la respuesta que Alicia esperaba. Entra en la cocina y se encuentra una cazuela en el suelo, dos sillas volcadas, varias de las puertas de los armarios entreabiertas. Matty la mira con una expresión que ella no ha visto antes: los ojos entornados, la boca una mueca torcida, el labio inferior temblando ligeramente, las fosas nasales abiertas, intentando llevar el ritmo de su respiración entrecortada. No hay rastro de las gatas por ninguna parte.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te pasa?

Matty no responde, respira fuerte, señala la mesa con un gesto brusco. Alicia contempla la mesa, los platos y vasos sucios del desayuno y el almuerzo que él no ha fregado, una pila de correo sin abrir, un jarrón con flores casi marchitas, el peine de las gatas y el cuaderno de tapas negras en el que escribe su diario. Alicia se acerca lentamente, lo coge con reticencia, lo abre, como si abriéndolo pudiera entender el origen de la rabia de Matty, que

la contempla en silencio, sin cambiar el gesto.

—¿Lo has leído?

—Lo has dejado tú ahí encima para que lo lea, ¿no? Si no quisieras que lo leyera, lo habrías escondido. ¿Y para qué quieres que lo lea, eh? No quiero saber todas las tonterías que se te pasan por la cabeza ni que te pases el puto día pensando en ese imbécil.

—¿De qué imbécil me hablas? Pero ¿por qué te enfadas, qué digo que te haga ponerte así?

—Tu amiguito.

Alicia lo mira boquiabierto, se ríe.

—¿De qué cojones te ríes?

—Por favor, Matty, si ya sabes que es...

—Maricón, sí, es un puto maricón, pero por lo que dices te gustaría que no lo fuera.

—Pero ¿qué digo?

—¿Te lo leo? ¿Quieres que te lo lea?

Matty arranca el diario de sus manos y lo abre. Encuentra enseguida la página que busca.

—«Me gusta el contacto físico con Alfredo, su cercanía. Me gusta que me abrace y que de vez en cuando me acaricie la cabeza.» ¿Sigo? ¿Te leo lo de la piscina?

—Hablo de él como un hermano.

—Tú no sabes qué es un hermano. Yo no hablo así de los míos.

—Pues me hubiera gustado tener uno, ¿vale?, uno como él y sí, su cercanía me gusta porque me tranquiliza. ¿Qué hay de malo en eso?

—¿No te basta con la mía? ¿Conmigo no estás tranquila? ¿Y quién es ese Gorka?

—No es lo mismo, Matty, y lo sabes. No entiendo por qué...

—¿Y quién es Gorka?

—Es un amigo de hace años. No entiendo nada. Matty.

—Si no lo entiendes, no te lo voy a explicar. Pero no quiero que vuelvas a ver a ese tío.

—No me puedes pedir eso. Es absurdo.

—No te lo estoy pidiendo. Y me vas a decir quién cojones es ese Gorka.

¿Está en la cárcel? Pero ¿tú de dónde sales?

Alicia no encuentra palabras. Niega con la cabeza. Empieza a sentir el calor de dos lágrimas gruesas, consecutivas, deslizándose por el lado derecho de su nariz.

—Ya me lo contarás cuando dejes de hacer teatro.

Matty tira el diario al suelo, cerca de los pies de Alicia. Agarra las llaves del coche y sale de casa dando un portazo. Alicia se acuclilla, recoge el diario, se sienta en el suelo, apoyando la espalda contra la pared. Llosa se acerca a ella maullando, se mete en el hueco que dejan sus piernas en posición de loto, ronronea. Alicia apoya el diario sobre el cuerpo mullido de la gata. Comienza a leer la primera entrada, 11 de agosto de 1997, con la esperanza de encontrar en el resumen de cada día de los últimos ocho meses la explicación de lo que acaba de suceder.

Tardará muchos años en volver a escribir un diario.

LA EMPATÍA ACABA DONDE COMIENZA EL MAL OLOR

Lo único que Alicia conocía de los parques de caravanas era lo que salía en las películas americanas de serie B: familias blancas desestructuradas, alcohol, violencia, historias trágicas de maltratos. No le quiso comentar a Matty que la mayoría de las entrevistas serían en lugares así por no preocuparle, ya estaba suficientemente nervioso sabiendo que iba a coger el coche y andar por ahí, ella sola, con el riesgo de tener un accidente o perderse, haciendo entrevistas a gente que no conocía de nada, total, para qué, le había dicho, no le servía para sus estudios, no necesitaban el dinero extra, podía estar en casa, echarle una mano los fines de semana con la obra, estudiar, leer...

Lo que Alicia se encontró al llegar fue muy diferente de lo que esperaba. Cada caravana, la mayoría de ellas blancas o de algún color pastel, estaba dividida por una pequeña parcela de césped bien cuidado en el que algunos habían plantado flores, un arbolito, un seto. En una de ellas descansaba, dentro de su caseta, un pastor alemán que al ver el coche de Alicia salió brevemente a saludarla con un par de ladridos. Enfrente de cada caravana había un buzón con el apellido de su propietario: Pérez, García, Flores, Vásquez, Obregón, Hernández. Alrededor del pie de madera del buzón algunas personas habían plantado flores, otros lo habían pintado de colores, muchos de rojo, blanco y verde. El parque estaba silencioso, salvo por algún ladrido intermitente y desgano del pastor alemán. Alicia aparcó el coche delante de la caravana 53, la del señor Chan. Revisó el contenido de la mochila por enésima vez: grabadora, cuaderno de notas, carpeta con la documentación a firmar, lista de preguntas para la entrevista, dos bolígrafos

azules. Se miró rápidamente en el espejo para atusarse el flequillo, se dio un poco de cacao en los labios, tomó aire y bajó del coche. Antes de cerrar la puerta ya salía de la caravana un hombre sonriente, de piel muy oscura, regordete y mucho más bajito que ella. Se acercó ágil con la mano extendida.

—Maestra, bienvenida.

—Hola señor Chan, soy Alicia. Llámeme Alicia.

—Como usted quiera, maestra Alicia.

Alicia sintió su mano callosa, la firmeza con la que estrechó la suya. Entraron en la caravana que, para sorpresa de Alicia, estaba muy fresca gracias a una unidad de aire acondicionado y un ventilador que provocaba una agradable corriente de aire. El señor Chan la condujo con un gesto hacia la parte derecha, donde había una mesa, dos sillas y un fogón de dos placas al lado de un pequeño fregadero.

—¿Quiere usted un café, un refresco, agüita fresca?

—No, gracias. Si le parece le voy explicando en qué consiste la entrevista y, bueno, antes me tendrá que firmar estas hojas de consentimiento para poder empezar a grabar y luego yo poder transcribir la información y...

Alicia tenía en la cabeza las palabras de la profesora Snyder: nada de establecer relaciones personales con los sujetos, tú eres una mera herramienta para recabar información y transcribirla, asegúrate de que sigues el protocolo, que antes de comenzar la entrevista te firman los consentimientos, que.

—Sí, lo que usted me diga, maestra, pero antes cuénteme de dónde viene, porque usted no es mexicana.

—No, soy española. Estoy estudiando aquí en la universidad.

—Ah, bueno.

Chan hizo una larga pausa, cabeceó un par de veces como asintiendo, abrió la nevera, sacó el café, llenó la cafetera de agua, echó a la basura el filtro usado, colocó el nuevo, vertió en él cuatro cucharadas y contempló, sin moverse, cómo el agua lo filtraba y caía en un rápido borboteo dentro del recipiente. Alicia no sabía si seguir contándole algo más, pero de nuevo recordó a la profesora Snyder advirtiéndole de no perder mucho tiempo en cada entrevista, que hay mucho por hacer y sólo tenemos los dos meses de verano. A pesar de que le estaba empezando a irritar la parsimonia del señor Chan, se permitió observar con detenimiento el espacio. La cocina estaba limpia y recogida, también la parte izquierda de la caravana, donde había una

litera, un sillón reclinable y un televisor panzudo sobre una cómoda algo desvencijada. El colchón de la cama superior no tenía sábanas, mientras que la cama de abajo estaba hecha con cuidado, las sábanas de colores alegres bien estiradas y remetidas.

—¿Vive usted solo, señor Chan?

—Sí, ahora sí.

No se animó a preguntar más —el protocolo— y esperó a que el señor Chan se sentara a la mesa con su taza humeante de café. Ése fue el primero de seis días durante los cuales Alicia volvería una y otra vez sobre las mismas preguntas: ¿Cuál es su origen? ¿Por qué decidió dejar su país? ¿Cómo entró en Estados Unidos? ¿Hace cuánto que llegó al país? ¿Cuántos años lleva trabajando en las plantaciones de tabaco? ¿Tiene familia en la región o en otro lugar de Estados Unidos? ¿Enfermedades contraídas en el campo? Si es así, ¿ha seguido tratamiento? ¿Actividades en el tiempo libre?

Su obligación era grabar las respuestas sin interrupciones, transcribirlas, y pasar al siguiente sujeto, pero Chan no paraba de construir historias, narraciones, ficciones, cuentos. Cada día las respuestas eran diferentes y, según Alicia llegaba a casa y se ponía a transcribir, anotaba las inconsistencias entre la versión nueva y la anterior. Chan un día era de Xalapa y otro de Sinaloa, un día no sabía cuál había sido su puerto de entrada porque lo habían dejado en algún lugar del desierto y otro día había tomado un avión directo a Houston con una visa de trabajo. Alicia le aseguraba que la información que le daba era confidencial, que si había entrado sin visa o se había quedado después ilegalmente en el país nadie lo sabría, que tenía que ajustarse a una versión de los hechos para que su participación en el estudio sirviera de algo. Cada vez que Alicia le señalaba una versión diferente, Chan se reía y alababa el cuidado con el que repasaba sus historias. Sin embargo, el último día que le visitó, Alicia no dudó de que le estaba contando la verdad. Ese día Chan no la saludó con la sonrisa de siempre ni le ofreció café, un refresco, agüita.

—¿Está usted bien, señor Chan?

—No es nada, maestra, pero igual hoy no es un buen día para la entrevista.

—Pero he venido hasta aquí, ya sabe que me lleva casi una hora llegar.

—Es verdad, perdone, pero es que no me apetece platicar tanto hoy.

—¿Le ha pasado algo?

Chan todavía no se había sentado a la mesa. Abrió un armario, lo cerró, volvió a abrirlo, sacó un vaso, fue a la nevera, se sirvió agua helada, dio un sorbo corto.

—Mi hijito...

—¿Qué le pasa?

—No, lo que le pasó, ahí en el tabaco.

—¿Tiene un hijo que trabaja en el tabaco? Espere, ¿le importa que grabe? Es que esto corresponde a la pregunta 7.

Chan se encogió de hombros. Alicia sacó rápidamente la grabadora, el cuaderno de preguntas, comprobó la pila, el micrófono. Invitó a Chan a sentarse con un gesto.

—Pregunta 7. ¿Tiene usted familiares en Estados Unidos? Ahora sí estamos grabando, señor Chan. ¿Me quiere repetir lo que me estaba contando?

—¿Lo de mi hijo?

—Sí, eso.

—Pues que hace un año que se murió mi chiquito.

Alicia no esperaba esta respuesta. Tomó aire y después de unos segundos siguió preguntando.

—¿Cuántos años tenía su hijo?

—Once. Era ya casi un hombrecito.

—¿Quiere contarme cómo murió?

—Lo dejaron en el campo.

Chan se restregó la cara con la palma de las manos, como si quisiera lijarla y continuó:

—Si lo hubieran llevado a un médico estaría vivo todavía. Era un chamaco fuerte. Pero lo dejaron ahí, tirado como un perro. Yo ese día estaba con otra cuadrilla en otra parte de la finca. Él estaba con los más pequeños porque andaban cortando chupones. No me mire con esa cara, chupones. ¿No sabe lo que son? Pues esas ramitas que se chupan la vida de las plantas pero no dan nada, por eso se les llaman así. Como salen abajo en las plantas, pues los más pequeños son los mejores para arrancarlos. Pero es muy peligroso cuando hace tanto calor como ahora porque la planta te ahoga, te echa la

nicotina, te quita el oxígeno y con la humedad te acabas tragando todo su veneno y el de las químicas que se le echan para las pestes. Es lo que le pasó a mi hijo, eso y el calor. Un compañerito suyo me dijo que lo sacaron de entre las plantas porque se había mareado y lo dejaron debajo de un árbol algo lejos, pero no le dieron agua ni nada. Yo volví esa noche esperando encontrarlo acá porque lo recogían y lo traían en otro camión, pero llegué y no estaba. Esperé un poco, pero ya estaba loco de preocupación. Agarré el carro y me fui hasta la plantación, pero no sabía dónde buscar, porque eso es muy grande, ¿sabe? Fui al barracón de los temporales y ahí nadie sabía nada, ahí nadie conocía a mi hijo. Estuve dando vueltas hasta las cinco de la mañana, que ya empezaba a clarear y me encontré con un capataz. Él sí me conocía, y a mi hijo, pero no sabía nada. Me subí a su camioneta y empezamos a dar vueltas por ahí y ya después de una hora o así lo vi, apoyado en el árbol, como si se hubiera quedado dormidito. Así que lo llamé a gritos, fui donde él...

Chan rompió a llorar, se tapó la cara, Alicia extendió la mano pero no se atrevió a tocarle. Se levantó, le rellenó el vaso de agua.

—Lo siento, señor Chan, beba un poquito de agua, tómese su tiempo.

Ahora sí apoyó un instante su mano en el hombro de Chan antes de volver a sentarse. Él sacó un pañuelo de tela muy blanco del bolsillo, se sonó con fuerza la nariz y tomó unos sorbos de agua. Pasó varios segundos más sollozando en silencio. Alicia estuvo a punto de parar la grabadora, pero Chan no había terminado.

—Me dijeron que la compañía no era culpable, tampoco los capataces, que si había algún culpable era el muchacho por no hidratarse, o yo por llevarle a los campos tan jovencito. Y eso a mí no se me olvida, maestra, que esos señores me dijeran que la culpa fue mía. Y a veces pienso que claro que es mía porque yo tenía que haberle dado una educación, el colegio, para que un día fuera como usted, una persona que estudia y hace cosas buenas en la universidad, pero yo no tenía cómo darle eso, maestra, yo sólo le podía dar un trabajo para salir todos adelante. Y ya ve, cuando pasó esto mi mujer me dejó, me dijo que yo era incapaz de cuidar de sus hijos, que no se me ocurriera volver a Xalapa. Que allí no me iba a recibir...

Unos golpes en la puerta, urgentes, los sobresaltaron. Sin esperar a que Chan contestara, el joven vecino con el que Alicia se había cruzado en alguna

otra ocasión, se asomó con gesto preocupado a la puerta.

—Señor Chan, necesito su ayuda, tiene que acompañarme a ver a mi padre.

—Es que estoy con la maestra, que me está haciendo la entrevista.

—El viejo está mal, no consigo despertarlo, acompáñeme, por favor.

—Ay, sí, hijo, espera... Maestra, ¿le importa?

—No, por supuesto. ¿Me necesitan?

—No, quédese aquí.

Alicia no obedeció. Apagó su grabadora y les siguió a la caravana de al lado. Desde la puerta escuchó la voz preocupada del joven:

—No quiero llamar a la ambulancia, señor Chan.

—No te preocupes, entre los dos lo espabilamos.

Alicia se asomó discreta. Dentro yacía un anciano enjuto, semidesnudo sobre un colchón, con una botella de litro de cerveza vacía todavía en la mano. El hedor la golpeó de repente. El hombre parecía haberse vaciado de heces y de orines. Alicia no pudo evitar la bola de vómito que le subió por la garganta y que expulsó ahí mismo, en la entrada de la caravana. El joven apenas se volvió. Mientras se incorporaba y se llevaba la mano a la boca, intentando limpiarse la baba que aún le caía, Chan se acercó a ella y le susurró con rabia:

—Tenga un poco de respeto, maestra, y váyase.

Alicia transcribió todo lo que pasó ese día, lo entregó en el departamento de antropología y anunció que dejaba de hacer las entrevistas. Continuó el resto del verano con la nariz metida en sus libros, encerrada en el aire protegido y acondicionado de su casa en ruinas.

EXCEPCIONALIDAD

Había comenzado a nevar un sábado por la noche. Entonces nadie esperaba que la nieve alcanzase medio metro de altura, que se cerrasen carreteras, colegios y comercios, que el tiempo se detuviera durante tres días y tres noches. No es normal que nieve en Southville y cuando ocurre es todo un acontecimiento. Esa noche Matty y Alicia volvían a casa de hacer la compra en el supermercado. El noticiero llevaba toda la semana anunciando que nevaría y, como siempre que había predicción de nieve, hielo, huracanes, tormentas tropicales o lluvias torrenciales, las hordas ciudadanas llegaban a los supermercados y los vaciaban de productos de primera necesidad: agua embotellada, leche y pan de molde. Alicia se preguntaba cuánta agua y leche podía necesitar esa gente, cuánto pan de molde podían comer y durante cuántos días. Lo del agua lo entendía. Ellos también se decidieron a comprar varios galones, pero si iban a quedarse encerrados a causa de un apocalipsis climático ella prefería saciarse de otros productos más apetecibles como vino, cerveza, frutos secos, galletas, queso, chocolate. Pero ¿pan de molde? ¿Leche? Cuando salieron del supermercado, después de esperar en una cola de más de media hora, caían los primeros copos. El recorrido que normalmente hacían en menos de diez minutos les costó más de treinta. Los conductores no superaban los veinte kilómetros por hora, como si ya tuvieran miedo de que los cuatro copos que estaban cayendo les hicieran perder el control de sus coches. Matty y Alicia bromeaban sobre ellos, qué harían estos torpes en Chicago, ¿eh?, se los comerían vivos en las carreteras, no sabrían ni cómo salir del garaje.

Esa noche vieron la tele, se acostaron tarde, anticipando que al día siguiente el mundo se habría parado. Alicia se despertó la primera, se

arrebujó en el edredón y contempló un rato a Matty dormir. Apretaba mucho los párpados y, de vez en cuando, movía la pierna derecha como si fuera un perrillo que se quiere rascar la barriga cuando le haces cosquillas en el lomo. Estuvo a punto de darle un beso, pegarse contra él, abrazarle, pero decidió salir de la cama despacio, se envolvió en la gruesa bata de franela y se asomó al amplio ventanal de la habitación que daba a la parte trasera de la casa. Blanco absoluto, ininterrumpido si no fuera por unas huellas recientes de ciervo que atravesaban el pequeño claro entre los árboles. La nieve doblaba las ramas del gran pino que ocupaba el centro del jardín, algunas de las cuales casi rozaban el suelo. Alicia sonrió ante la evidencia de que tendrían los dos por lo menos un día de vacaciones. No pasaba ningún coche por el barrio a esa hora en la que normalmente los vecinos salían al trabajo y el autobús escolar hacía sus paradas recogiendo a los niños casa por casa. Nada. Silencio absoluto.

Alicia salió de puntillas de la habitación y se tumbó en el sofá a leer. Le hubiera gustado prepararse un café, pero todavía no habían colgado las puertas —Matty las había comprado sin barnizar porque eran mucho más baratas y ahí estaban, esperando— y no quería despertarlo cacharreando en la cocina. Él se levantó una hora después, se asomó al salón y la vio tapada con la manta de colores que su abuela hizo para ella cuando era niña y de la que no se separaba en invierno. Le enterneció verla tan ensimismada en su libro que no se enteraba de que estaba ahí, de pie, contemplándola. Se acercó despacio y para cuando Alicia se dio cuenta de su presencia, ya estaba acucillado ante ella, sonriente.

—Buenos días, ratita.

—Ay, no te he oído levantarte. ¿Has visto cómo está todo ahí fuera?

—Sí, qué bien. Voy a llamar al jefe de todas formas, no vaya a ser que hayan abierto y yo aquí todavía. Igual me deberías haber despertado.

—Que no, hombre, llámale para comprobar, pero si el año pasado cerraron por cuatro copos, hoy ni te cuento.

—¿La uni?

—En la web dice que cerrada hasta nuevo aviso.

Alicia se levantó y se dirigió a la cocina, donde Matty intentaba comunicar con la oficina.

—No cogen. Voy a llamarle a casa.

Alicia preparó el café mientras escuchaba la conversación de Matty con su jefe. Sí, claro, me lo imaginaba, pero por si acaso. Sí, me traje los ficheros, claro, por supuesto, desde aquí también puedo trabajar. Sí, se lo mando todo esta noche.

Matty colgó el teléfono con brusquedad.

—Odio a este hombre. Puto pescado hervido.

—Bueno, trabajamos un rato cada uno en nuestras cosas y luego salimos a ver cómo está el barrio.

—Yo que pensaba pasarme el día tirado, viendo la tele... hoy hay cuatro partidos, joder, qué mierda de...

Alicia se encogió de hombros. Estaba acostumbrada ya a sus quejas sobre el jefe, el trabajo rutinario, el aburrimiento. Ella prefería que tuviera que trabajar, así no le molestaba el ruido de la televisión, tampoco quería verle todo el día tirado en el sofá, en pijama, algo que cada vez era más frecuente, como si durante sus días libres le faltaran energías para todo lo demás, incluso para salir con ella a cenar o a una película o a tomar unas cervezas por los bares del pueblo.

Después de desayunar Alicia retiró los cacharros de encima de la mesa, sacó su pila de libros, el portátil, preparó otra cafetera y se dispuso a pasar la mañana tomando notas para sus exámenes. Le quedaban unos quince libros por leer, algunos muy teóricos y difíciles, y poco más de un mes. Matty se sentó un rato con ella, hizo una pila con los informes que tenía que revisar, pero no acababa de abrirlos: daba golpecitos en la mesa mientras tarareaba alguna canción, sacudía la pierna derecha, jugaba con los bolígrafos perfectamente ordenados de Alicia, le tiraba a Vargas un ratoncillo de juguete para que corriera a buscarlo, cambiaba las carpetas de informes de lugar y de orden, miraba por la ventana y comentaba el vuelo de un cuervo, la caída de nuevos copos, la nada.

—¿Vas a parar ya, por favor?

—Ya veo que te molesto. Me voy un rato a ver la tele.

Alicia suspiró fastidiada, se levantó de la mesa, se fue a la habitación para coger los tapones de los oídos, volvió, reordenó sus bolígrafos y siguió trabajando durante dos horas, en las que miraba de reojo a Matty, frente a la tele viendo los partidos de baloncesto de la liga universitaria. Después del

segundo partido, volvió a la cocina.

—¿Salimos ahora?

—Pero ¿no tienes que trabajar un poco?

—Bah, a la tarde.

El barrio estaba tranquilo, todavía no había llegado la máquina quitanieves, por lo que no se distinguía entre el césped de los vecinos y la carretera. Había grupos de niños jugando a tirarse bolas de nieve o a lanzarse, dentro de bolsas de basura, por las pequeñas cuestas que había en varios tramos de la carretera vecinal. Los adultos se dedicaban a palear los caminos de entrada a sus casas y saludaban al pasar a Matty y Alicia, que disfrutaban viendo cómo la abundante vegetación del barrio había sido transformada por la nieve. De vuelta a casa les sorprendió una emboscada de niños que les atacaron con una avalancha de bolas de nieve, las cuales cayeron casi exclusivamente sobre Alicia. Para sorpresa de Matty, reaccionó con una carcajada y un grito de guerra. Se parapetó con él detrás de un arbusto y comenzó a formar y tirar rápidamente bola tras bola a los niños, mientras animaba a Matty a hacer lo mismo. Cuando vieron que se acercaban a su barricada improvisada, ella le tomó de la mano y después de contar hasta tres, echó a correr tirando de él, dirección a casa. Los niños no se contentaron con haberles hecho huir y les persiguieron casi hasta la puerta de casa sin dejar de atacarles. Alicia llegó primero, mientras que Matty se quedó en la retaguardia lanzando las últimas bolas de nieve. Cuando él cerró la puerta detrás de sí todavía se oía la algarabía de los niños fuera. Alicia se quitó las botas haciendo equilibrios, agarrándose al brazo de Matty, al que todavía le faltaba aliento por las risas y el esfuerzo de la carrera. A pesar de estar empapados, se sentaron un momento en el sofá, resollando. Alicia contempló desde ahí su pila de libros en la cocina, él fue a coger el mando de la televisión, ella interrumpió su movimiento.

—¿Nos damos un baño caliente?

Matty se levantó de un salto del sofá, la cogió de la mano y juntos se dirigieron al baño. Ayudó a Alicia a desnudarse, el pelo negro mojado y alborotado, las mejillas sonrosadas por el frío y las carreras, los ojos llenos de vida, alegres.

—Qué guapa estás. Pareces una niña traviesa.

—Lo soy.

—Deberíamos casarnos.

Alicia se abrazó a Matty con fuerza a pesar de que él todavía estaba vestido, su ropa helada, escondió la cara en su pecho, respiró hondo, lo miró a los ojos, le sonrió con ternura y le dio un beso cariñoso en los labios. Él se desnudó con prisa, la tomó con fuerza por la cintura, la sentó en el lavabo, se besaron con urgencia y, con la misma urgencia, Matty la penetró y llegó al orgasmo. Después, el baño caliente, un almuerzo reposado, Alicia a sus libros, dos partidos de baloncesto para Matty, un informe a última hora para su jefe, una cena frente a la tele, a la cama temprano.

Esa noche la precipitación cambió a lluvia helada. Las ramas de los árboles se congelaron y comenzaron a romperse. Alicia se despertó sobresaltada. Nunca había oído un ruido tan desgarrador, le recordaba al chillido de las langostas cuando su padre las echaba vivas al agua hirviendo. Éste era más profundo, más grave, amplificado por el silencio de la noche. A la fractura de la rama le seguía su caída sobre la nieve, que parecía tragarse el estruendo. En esa misma contención del sonido Alicia percibía algo amenazante, oculto, una fuerza destructiva que quedaría sepultada ahí para siempre. Pasó la noche despierta, expectante, temiendo que en cualquier momento una de esas ramas caería sobre su casa, sobre su habitación, sobre ellos.

EN EL PUERTO CON GARBIÑE

El día es bochornoso, unos treinta grados y por lo menos ochenta por ciento de humedad. Alicia y Garbiñe toman una caña en la terraza de siempre, al lado del puerto. La marea está baja y huele a fango, a redes un poco podridas, a verdín. Alicia aspira fuerte. Echa de menos ese olor y esa humedad, tan diferente a la humedad sin mar de su hogar en Southville. Garbiñe es la primera amiga con la que queda siempre en cuanto vuelve a casa, desde que se fue. Es la única que lo sabe todo, o casi todo, de su vida. Y viceversa. Llevan ya un rato hablando. Están más o menos al día porque se escriben a menudo, ahora por correo electrónico. Cuando Alicia se fue a América, el correo electrónico era una novedad. Ninguna de las dos tenía ordenador en casa: Alicia tenía que escribir desde la universidad y Garbiñe desde la biblioteca pública, así que los dos primeros años mantuvieron una activa correspondencia por carta. Cuando las dos consiguieron un ordenador les costó abandonar la costumbre de enviarse cartas manuscritas, pero se rindieron ante la obviedad de que era más fácil y más barato comunicarse digitalmente. Las dos echan de menos esa sensación de alegría al abrir el buzón y encontrar una de sus cartas, sensación que se prolongaba al rasgar el sobre, desplegar la carta con sus dos o tres cuartillas, comenzar a leer, a veces teniendo que desentrañar alguna palabra por la mala letra o porque a Garbiñe, que es zurda y le sudan mucho las manos, se le corría a menudo la tinta. Ahora la alegría se reduce a ver el nombre de la otra en la bandeja de entrada y a esos escasos segundos que lleva hacer «clic» y abrir el mensaje. Todavía se envían postales cuando viajan o en las Navidades que Alicia no puede volver a casa. Están muy al día de la vida de la otra, así que Alicia ya sabe que Garbiñe lo acaba de dejar con su novio. Pero Garbiñe es de las que necesita ahondar en los detalles.

—Joder, todos los fines de semana que si tripis por aquí, rayas por allá. Y, vale, para ir de fiesta o a algún concierto a mí todavía me apetece, pero no como rutina. Y los viernes no le quita el poteo con la cuadrilla ni dios, y no sabes las papas que se agarra. Ya estaba harta. Además, claro, con toda la caña que se mete la mitad de las veces ni se le levanta.

—¿Qué tiene, treinta tacos?

—Treinta y dos. Nos lleva seis, guapa. Pero de verdad que no se le levanta.

—¿Y sigue trabajando en el puerto?

—Es que antes no sabes cómo follábamos, en cualquier sitio, como conejos, bueno sí lo sabes porque te lo he contado mil veces, pero jobar, es que hacíamos de todo, éramos unos guarros. Nunca he probado tantas posturas como con él, y ya sabes que he probado de todo. Y el tío flipaba, claro, porque yo no hacía ascos a nada. No se había encontrado con otra como yo en la vida. ¿Y ahora? ¡Hace dos semanas que no follo! ¿Tú cada cuánto?

—Ay, no sé, Garbi, no empieces.

—Tía, no me vengas con remilgos. Antes me decías que mucho, ¿no? ¿Y ahora? Venga, suelta, la vida juntos ¿desgasta o no? Porque Isa desde que se fue a vivir con Manu dice que fatal, que ven la tele hasta las tantas y después al sobre, pero a dormir.

—Te tengo que contar algo importante.

—No jodas que estás embarazada.

—No, tía, otra cosa.

Alicia no se lo ha contado todavía a nadie, ni siquiera a sus padres, tampoco a sus compañeros de la universidad. Una tarde de marzo estaba estudiando en la biblioteca, en un pequeño espacio del séptimo piso que había conseguido después de dos años en lista de espera y que bautizó como zulo por sus minúsculas dimensiones. Cabían en él un pequeño escritorio, una silla rígida de madera, un flexo y varias montañas de libros apilados encima de la mesa y en el suelo. Era su refugio para cada momento libre entre sus clases y sus horas de consulta con estudiantes. Incluso había tomado la costumbre de almorzar allí cuando podía y también cenar las pocas noches que Matty llegaba tarde a casa. Llevaba varias horas leyendo, subrayando y tomando notas de un libro de Cathy Caruth del que por fin empezaba a entender algo

cuando oyó que alguien golpeaba suavemente el cristal de la puerta. Alicia lo había recubierto con varios folios para evitar que los ermitaños de otros zulos la vieran al atravesar el pasillo. Levantó molesta y extrañada el papel del ventanuco y vio la cara sonriente de Matty al otro lado. Alicia abrió la puerta sin levantarse de la silla.

—No me ha costado encontrarte. En cuanto he visto el papel cubriendo la ventana, sabía que éste era el tuyo.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a darte una sorpresa. Recoge todo que nos vamos.

Matty no notó, o pretendió no notar, la incomodidad de Alicia.

—¿Dónde vamos?

—¿Tienes tu carnet contigo?

—Sí, claro.

Atravesaron el campus y llegaron a una pequeña oficina notarial en la que gestionaban todo tipo de licencias. A Alicia le sorprendían mucho estos lugares en los que certificar cualquier documento notarial era fácil e increíblemente barato. Matty se acercó a la mujer parapetada detrás de un mostrador que sólo dejaba ver el cogote de su pequeña cabeza rubia. Cuando la cabeza rubia giró, desveló una sonrisa de dientes picados y unas gafas rosas que cubrían gran parte de su cara.

—Ya estoy aquí de nuevo, ahora mejor acompañado, dijo Matty con un entusiasmo que sorprendió a Alicia.

La mujer se levantó con dificultad de la silla y dejó ver un cuerpo deformado por la acumulación desproporcionada de grasa en las caderas y que se sostenía torpemente sobre dos piecitos enfundados en unas bambas rojas. La mujer cogió un papel de un archivador y volvió sonriente y lenta al mostrador donde se apoyaban Matty y Alicia.

—Pero qué pareja tan maravillosa hacéis. Mira, querida, sólo tienes que firmar aquí. Dame tu documento de identidad y la tarjeta de la seguridad social para que las fotocopie.

Alicia leyó el documento, sin entender lo que estaba pasando. Vio escrito su nombre completo, el de Matty, la firma de Matty, un espacio para la suya. Las palabras «licencia de matrimonio» encabezaban el papel.

—Es que no tengo mi tarjeta de la seguridad social.

Matty la abrazó por la cintura, le dio un beso suave en la mejilla y le susurró al oído.

—No te preocupes, ratita, que la he traído yo.

Alicia le devolvió el beso, empuñó el bolígrafo, lo mantuvo en el aire. Miró a la mujer, los ojos azules lacrimosos detrás de los cristales sucios de las gafas, su sonrisa salpicada de manchas marrones.

—Pero no nos estamos casando ahora, ¿no?

La mujer soltó una carcajada tan estridente que se atragantó un poco antes de responder.

—No, querida, esto es sólo la licencia, ¡después hay que desfilar hasta el altar!

Alicia miró a Matty, vio un pequeño destello de impaciencia, tal vez de pánico, buscó de nuevo el hueco para su firma y, serenamente, dibujó su nombre en el papel. El trámite les costó cincuenta dólares. Tres semanas después estaban ante un juez de paz, con dos testigos que el propio juzgado había proporcionado. Durante esas tres semanas Alicia estuvo a punto de contárselo a su madre, decirle ama, me voy a casar, hemos decidido no hacer fiesta, por eso no te disgustes, ya haremos algo allí, en realidad lo vamos a celebrar nosotros solos y más adelante haremos la luna de miel durante las próximas vacaciones o cuando acabe el doctorado, ahora es sólo un mero trámite, te quedas tranquila, ¿verdad?, por los papeles y esas cosas que te preocupan, a Matty le hace ilusión, a mí también.

Pero cada vez que hablaba con ella no encontraba esas palabras, pensadas y repasadas mil veces, del derecho y del revés. Después fue demasiado tarde. No se puede contar algo así a toro pasado, pensó. Y si no se lo contaba a sus padres tampoco se lo podía contar a ninguna de sus amigas, ni siquiera a Garbiñe, no lo entenderían, lo comentarían entre ellas, escandalizadas, Alicia, ¿te lo puedes creer?, la primera en casarse, y al final acabaría llegando a oídos de sus padres. Tampoco tenía a nadie con quien quisiera compartir la noticia en Southville. Alfredo, desde que se había ido a acabar el doctorado en Berkeley hacía año y medio, le había escrito tres o cuatro veces, la última para pedirle que le revisara un artículo que estaba a punto de publicar en una revista científica. A Alicia le dolió que le escribiera sólo para eso después de estar meses sin dar señales de vida, así que ni siquiera le contestó. De cualquier manera no se lo habría contado. Matty sí notificó a sus padres y

hermanos. Adam se ofreció de testigo, pero Matty decidió que si Alicia no tenía a nadie de su parte, él tampoco. La ceremonia fue un martes y duró un cuarto de hora escaso. Decidieron dejar la celebración para el fin de semana. Cuando llegaron a casa, Alicia se puso a trabajar en el ordenador. Nunca había llevado anillos y la alianza le molestaba. Se la sacó y la dejó al lado del ordenador. Matty la vio, hizo un gesto de interrogación.

—Me molesta al escribir, amor.

—La vas a perder.

—Pues la dejas en su cajita.

—Póntela. Ya te acostumbrarás.

Alicia toma aire. Mira a Garbiñe, que espera impaciente su confesión.

—Me he casado hace dos meses.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Lo dices en serio? No me jodas.

—Sí, nos dio la ventolera y nos casamos.

—Pero ¿cómo no me lo habías dicho?

Alicia se encoge de hombros.

—Joder, Alicia, pero no entiendo, ¿qué prisa tenías por casarte?

Garbiñe la mira boquiabierto. Pide otro par de cañas al camarero. Alicia guarda silencio. Dar explicaciones. Es precisamente lo que quería evitar.

—Es que, no sé, ¿quién se casa ahora a nuestra edad? Espera, no me digas que quieres tener hijos.

—Que no, pesada.

—Entonces, ¿es porque los quiere él?

—Sí, pero eso da igual. Pues no sé, Garbi, no sé por qué me he casado, la verdad, pero me hizo ilusión y Matty tenía muchas ganas.

—Pero no de celebrarlo.

—No le gustan las grandes fiestas. Mira, lo importante es que estamos casados y ya está.

—Importante ¿para qué?

—...

—¿Cuándo lo vas a traer por aquí otra vez?

—Buf, no sé.

Matty había estado con Alicia en el pueblo durante dos semanas de julio hacía justamente un año. Era la primera vez que Matty viajaba a España, la primera vez que pisaba Europa. Le hubiera gustado ir a Polonia, visitar los pueblos de sus abuelos, pero Alicia insistió en que pasaran las dos semanas completas con sus padres. No podía hacerles eso, le dijo, estar con ellos sólo unos pocos días. Tenía que entenderlo, también que sus padres quisieran conocerlo un poco mejor. Después de dos años juntos sólo saben de ti lo que les cuento yo, le dijo, es normal que quieran pasar tiempo contigo. Pero durante esos días Matty apenas convivió con los padres de Alicia, salvo durante el primer fin de semana, que hicieron una excursión a San Sebastián el sábado y a Santander el domingo. Al principio Matty hacía lo posible para no quedarse a solas con el padre. Temía la típica charla de dejó a mi hija en tus manos, qué intenciones tienes con ella o cuídame-la, que es mi tesoro, mi única hija. El padre, sin embargo, no demostró ningún interés por hablar con él, ni siquiera le preguntó sobre sus estudios, su trabajo o sus planes de futuro. Durante los dos días o bien contaba alguna anécdota del hospital o se evadía en un mutismo que al principio a Matty le pareció hosco pero que después se dio cuenta de que era muy similar al de Alicia. Como ella, el padre parecía evadirse, entrar en una realidad donde ninguno de ellos tres tenía cabida. Alicia y su madre no decían nada, seguían ellas hablando de sus cosas, como si el padre realmente se hubiera ido a otra dimensión y no estuviera ahí.

Después del primer fin de semana apenas volvieron a ver al padre. Guardias en el hospital, reuniones para un proyecto de una clínica privada sobre la que Alicia preguntó pero el padre no quiso hablar. Y para cuando el padre volvía a casa por la noche, ellos solían estar fuera. Las amigas de Alicia estaban de vacaciones, eran fiestas del pueblo o había un concierto aquí, otro allá. Matty no conseguía coger el ritmo de Alicia, y dormía casi cada día hasta la hora de comer. Ella madrugaba para salir a pasear con su madre, hacer recados, acompañarla al puerto a ver la pesca del día. Después cocinaban juntas y sólo cuando estaba la comida casi lista avisaba a Matty, que salía cada día disculpándose por pasar tanto tiempo durmiendo. A la tarde, en vez de irse con él a la habitación, Alicia se echaba en el sofá con su madre y veían juntas alguna tertulia de cotilleos o un culebrón. No sabía de

qué hablaban durante tanto tiempo, pero tenía la sensación de que siempre que estaban juntas él sobraba. Ella nunca le reprochaba sus ausencias, incluso lo justificaba delante de la madre: no está acostumbrado a salir tanto, pobre, ni al jet lag, mejor que descanse. A pesar de sus protestas, acabaron saliendo varias noches con la cuadrilla de ella, formada por las seis amigas de siempre a la que se le iban sumando durante la noche sus novios y los amigos de los novios. Matty no entendía ni recordaba la mitad de sus nombres, tampoco solía entender lo que le contaban entre gritos en los bares o en esas casetas con música estridente donde se agolpaban a beber durante horas. Después de las dos primeras noches ya estaba harto de tanto barullo, de ser el centro de atención, de que Alicia insistiera tanto en salir, en vez de quedarse con sus padres en casa, ¿no decía que quería pasar tiempo con ellos? Gringo, lo apodaron —qué originales, pensó Matty— y, cuanto más borrachos estaban, más cargantes se ponían. Ellas eran muy pesadas, sobre todo Garbiñe, que no hacía más que contarle historias de cuando Alicia y ella eran niñas, anécdotas que se suponían graciosas o tiernas, pero que él era incapaz de escuchar entre tanto jaleo. Matty incómodo, fuera de lugar: qué acento tan peculiar tienes, ¿de dónde lo has sacado? Suena sudaca, pero ¿no decía Alicia que eras medio polaco? Pareces polaco, desde luego. Y también: ¿y tú de lo de Cuba qué piensas? ¿Y de los vascos? ¿Y eres de los que votaste a Bush? A mí me daría vergüenza vivir en un país así. El primer día intentó alguna conversación con los que parecían más razonables, pero pronto se cansó de justificarse, de repetir cada respuesta varias veces, de hablar a gritos. Después de dos o tres horas en las que Alicia le iba prestando progresivamente menos atención empezaba a mirarla con impaciencia hasta pasar a pedirle, por favor, que se fueran a casa de una vez. ¿Tan pronto?, decía ella con fastidio, a veces a las cuatro, las cinco de la madrugada. Y seguía bailando, con una ligereza y una alegría descarada que a Matty le resultaba desconocida, como si esa Alicia que tenía delante fuera una versión irritante de la suya. La penúltima noche se negó a salir. Alicia, para su sorpresa, no cambió los planes. Desde la habitación la oyó decirle a su madre: ahí te lo dejo, pero no le hagas ni caso, si no quiere salir, es su problema, yo he quedado con éstas y no me voy a ir sin despedirme. Y la madre: bien, hija, pero no vuelvas muy tarde. Matty se quedó toda la noche en la habitación y la madre no se asomó a preguntarle si quería cenar. Alicia llegó después de las seis, la oyó abrir la puerta, acercarse a la cama, olió en ella una mezcla de alcohol y tabaco. No se movió, no abrió

los ojos, y Alicia no se metió en la cama con él. Salió de la habitación con el mismo cuidado con el que había entrado. Poco después oyó el ruido de la ducha y sus pasos en el pasillo pasando por delante de la puerta de la habitación. Matty se levantó media hora más tarde, se asomó al salón y la vio dormida en el sofá, cubierta con una toalla. Volvió a la cama y no se levantó hasta que al día siguiente Alicia le avisó para comer. En el avión que los llevaba de vuelta a casa, Matty le dijo que no volvería a acompañarla.

—Bueno, Ali, si quieres que te diga la verdad, yo prefiero que vengas sola.

—Pues sí, yo también, aunque lo echo de menos, no te creas.

—Ya, ya. Joder qué fuerte. Estás casada. ¿Y el anillo?

—Nunca me lo pongo.

—Como en un par de meses me digas que estás preñada...

—Que no, joder. Oye, Garbi, no le cuentes a nadie, ¿vale?

—Ya sabes que soy una tumba, pero deberías decírselo a tus padres. Y todavía no me has contestado a la pregunta. Venga, te la hago de otra forma. Ahora que estás casada, ¿follas más o menos?

FELIZ 2001

Celina vive en un complejo de casas de nueva construcción de los que abundan en Southville: pequeños chalets adosados cuyo exterior se reviste con planchas horizontales de vinilo que imita a la madera. Si las planchas son blancas o gris perla, los tejados se recubren con asfalto negro. Si las planchas son de color beige, los tejados se recubren de asfalto marrón. Tienen ventanales amplios y techos altísimos de donde cuelgan grandes ventiladores modelo Casablanca. Los interiores son espaciosos, enmoquetados en todas las habitaciones excepto en la cocina americana/salón y el baño, que tienen suelos de cerámica imitación madera. El granito de las encimeras de la cocina también es falso, como lo es el mármol del lavabo del baño. En la parte posterior cada chalet tiene su pequeño jardín con el césped bien recortado y separado de los vecinos por verjas a juego con las planchas de vinilo del exterior (blancas, gris perla, beige). Cada vecino tiene su barbacoa, sus tomateras, alguna planta bulbosa como crocos, narcisos y lirios, un perro, uno o dos niños. Celina no tiene tomateras ni perros ni niños ni plantas, pero sí cuatro gatos y una barbacoa que nunca usa. Esta tarde ha llovido y ha refrescado mucho. Tendrán la cena y la fiesta en el salón, donde ahora está Celina, preparando el carrito de las bebidas mientras Adam pone la mesa y Mike, su novio, se encarga de la decoración de guirnaldas y flores de papel. De fondo suenan las baladas de Coltrane. En un momento llegarán Matty y Alicia, Ed y Barbara. Celina hace un par de años que no ve a Ed, desde aquella noche que pasaron juntos. Matty nunca le dio demasiados detalles, salvo un lo siento, prima, los tíos, ya sabes, esa noche estábamos todos muy borrachos, Ed es así y, bueno, ha conocido a una chica que le gusta. Cuando Matty le preguntó si le importaba que les trajera a la celebración de Nochevieja —es que están solos, si no voy a tener que ir con Alicia a su casa

y me gustaría más estar contigo y con Adam, y con Mike... no le guardas rencor por aquello, ¿no?, él ni lo ha mencionado, igual ni se acuerda—, Celina decidió jugar la carta elegante y aceptó —cómo no, claro que pueden venir, qué tontería, fue una noche loca para todos— tragándose la rabia y la humillación.

—¿Nerviosa?, le pregunta Adam mientras coloca las copas.

—No, ¿por qué iba a estarlo?

—No, por nada.

—¿Estás tú nervioso?

—¿Yo? ¿Por qué iba a estarlo yo?

—No sé, ¿no se ha enfadado Matty porque os estáis quedando aquí?

—No, él lo prefiere. Su casa, ya sabes.

—No la he visto, nunca me ha invitado, ¿tan mal está?

—Bueno, las obras. Pero no saquemos el tema con él que no sabes cómo se pone. Y Ali, ni te cuento. Es tema conflictivo.

—Espero que él no se empeñe en hablar de la familia.

—Ay, no, qué pesado.

—Qué manía tiene.

—¿Y tú, conoces a...?

—Barbara.

—Eso, ¿la conoces?

—No. Sólo sé que empezó con ella poco después de nuestro brevísimo affaire.

—¿Y no te molesta que vengan?

—Soy una mujer madura y serena, amor. Estas cosas las tengo ya superadísimas.

Mike entra en el salón con varias boas de colores y unos gorritos de papel de los que sobresalen matasuegras, bolsitas de confeti, narices rojas de payaso.

—¿De dónde has sacado eso?, le pregunta Celina.

—Me lo he traído de Chicago, guapa, para que nos sintamos como en casa.

—Pero si es de los chinos. Anda, dame una boa roja.

Se ata la boa con gracia a la cabeza, recogiendo así su larga melena rubia.

Tiene un aire de familia con Adam y Matty: el cabello rubio, los ojos verdes, la tez pálida, la mandíbula robusta, la nariz prominente. Es alta, como ellos, y a pesar de tener una constitución fuerte —hombros y caderas anchas, pechos grandes— se mantiene delgada a base de machacarse en el gimnasio. Tiene treinta y seis años, se ha mudado más de diez veces de trabajo y de casa y acumula un largo historial de relaciones fracasadas, de relaciones ni siquiera empezadas, como ese rollo con Ed. ¿Qué iba a ver en ella, una mujer ocho años mayor que él, salvo un polvo asegurado? Había aprendido a aceptar la lógica de esos encuentros de una noche: sentirse atractiva, disfrutar el sexo — si es que el chico resultaba buen amante, que no siempre era el caso—, no esperar una llamada al día siguiente. Alguna vez que la noche se extendió en forma de relación, acabó siempre en drama: infidelidades, engaños, incluso más de un timo y más de un robo. El último —un guaperas con el que vivió siete meses en Wisconsin— le robó los números de sus tarjetas de crédito y antes de que se diera cuenta tenía casi diez mil dólares en deudas. Le denunció a la policía pero no consiguieron dar con él. Celina pensaba que tampoco lo habían intentado demasiado. Cuando se lo contó a Adam, le diagnosticó lo mismo de siempre: acabas buscando tipos que se parecen a tu padre, con el mismo encanto y las mismas malas artes.

—Ay, prima, qué bien te sienta el rojo, le dice Adam al verla con la boa enroscada en la cabeza.

Llaman a la puerta. Se quita la boa rápidamente, se arregla el pelo, sonrío a Adam y Mike, que la acompañan a abrir mientras vuelven a ponerle la boa por el cuello y se colocan dos sombreritos de papel en la cabeza. Abren y ahí están los cuatro invitados, sonrientes, cargando botellas de champán, de vino, bandejas con comida, una tarta enorme. Se saludan, se presentan, intercambian frases de cortesía. Ed y Celina cruzan una breve mirada cómplice pero hacen como si no se conocieran de nada. Se sonrío al ver que el pelo le ha empezado a clarear, que tiene muchas más entradas que hace dos años y que en menos de cinco estará calvo, que ha echado una pancita prematura que sin duda se convertirá en barrigón antes de los cuarenta. El superatleta se está marchitando, piensa risueña. Echa un vistazo rápido a Barbara y le parece una de esas chicas insustanciales: delgada y plana, melena lisa y castaña que le llega un poco por debajo del hombro, una cara bonita pero sin ningún rasgo memorable. Eso sí, diez años más joven que

ella. Se reparten por la cocina y el salón, Mike ofrece bebidas —mojito, manhattan, ruso, martini—, Celina saca las bandejas con los canapés —paté, humus, quesos, salami—, Alicia alaba su vestido —negro y ajustado, parecido al que llevaba la noche que pasó con Ed—, Barbara ensalza la habilidad de Mike con la coctelera, Adam habla animadamente con Matty y Ed sobre el viaje, el frío de Chicago, las bonanzas del sur. Todos están relajados, aparentemente tranquilos, preparados para recibir el nuevo año con alegría. Después de varios cócteles se sientan a la mesa. Alicia ha traído una de sus especialidades: pimientos rellenos de camarones y setas. Celina ha cocinado la tradicional sopa de champiñones, los pierogis de col.

—Prima, le dice Adam, ¿desde cuándo cocinas comida polaca?

—Me entró nostalgia y le pedí a mi madre las recetas.

—¿Sois primos por parte de madre o padre?, pregunta Barbara.

Se hace un silencio tenso, contesta Matty:

—De padre. Nuestros padres son hermanos.

—¿Y crecisteis juntos en Chicago?, vuelve a preguntar Barbaba.

—Más o menos, responde Celina.

—Este salmón está delicioso, dice Mike, a mí normalmente no me gusta, pero este está buenísimo, ¿qué hierbas lleva?

—Es invención mía. Lleva estragón y eneldo. ¿Y vosotros?, se dirige a Ed y Barbara, ¿sois de por aquí?

Ed se revuelve un poco inquieto en la mesa, mira a Celina desconcertado, pero recupera la compostura y empieza una larga explicación, que es de Iowa y Barbara de California pero se conocieron aquí, cuando Ed estaba en el mismo máster que Matty, y Barbara estaba haciendo prácticas de enfermería en el hospital universitario y que se enamoraron y se van a casar y ahora los dos tienen trabajo aquí y les encanta el sur, un lugar maravilloso para formar una familia y... Alicia se levanta de la mesa y se va al baño. La sigue uno de los gatos y se cuela con ella antes de cerrar la puerta. Ed le resulta insufrible, un falso, un sátiro que ahora va de niño bueno y ¿qué hace Celina, dando a entender que no se conocen de nada? Alicia ha bebido de más: dos martinis, no sabe cuántas copas de vino. Se sienta en el retrete y acaricia al gato, que ronronea y se roza contra ella. Está un rato así, sin hacer nada, tira de la cadena para disimular, abre el grifo del lavabo, cotillea en los armarios —cremas antiedad, corrector de ojeras, maquillaje de ojos y labios, esmalte de

uñas, cremas de cuerpo contra la flacidez—. Oye que han subido las voces en el salón, intenta distinguir lo que están diciendo. Se imagina que Celina ha estallado y le ha dicho algo a Ed, que le ha echado en cara que jamás volviera a llamarla y que ahora disimule, a Barbara se la imagina llorando —Barbie, que parece medio parva, con esa voz de pito y sus jerséis a juego de sus rebequitas en todos los colores pasteles, su collar de perlas, cómo le puede gustar esa mujer insulsa y rechazar a esta valquiria, que vale, tiene unos años más que él, pero es guapísima y tan divertida y loca, con sus gatos y su libertad y su talento, porque a ver en este país de borregos quién sabe cinco lenguas y es traductora literaria en tres de ellas, cómo no va a estallar si le llegan a casa estos dos idiotas, qué estaría pensando Matty, no lo entiendo, con lo que quiere a su prima y la pone en esta situación y—. Unos golpes en la puerta del baño la sobresaltan.

—Ali, ¿estás ahí? ¿qué haces?

Es la voz de Adam.

—Nada, ya voy.

Vuelve a abrir el grifo del lavabo, deja correr el agua, lo cierra. Entorna la puerta, el gato sale corriendo, Alicia se asoma. Adam se ríe.

—Pero ¿de qué te escondes?

—De nada. Ya salgo. ¿Todo bien por ahí?

—Sí, claro.

—Oía gritos.

—¿Gritos?

Adam se encoge de hombros, entra en el baño y Alicia se dirige despacio al salón. Al entrar le da la sensación de que todos callan y que Matty la mira con reprobación.

—¿Qué pasa? Tenía que ir al baño.

Alicia se sienta de nuevo a la mesa. Coge la botella de vino y se sirve la copa hasta arriba.

—No vas a llegar a las doce, le dice Matty.

Alicia responde tomando un sorbo largo de la copa. Celina también se llena la copa y la bebe casi de un trago. Mike se levanta y murmurea algo sobre un plato en la cocina, Barbara coge la mano de Ed, quien la aparta con suavidad para llevarla a su copa. Matty y Alicia miran al frente, en silencio.

Uno de los gatos —el mismo que se había metido en el baño con Alicia— maúlla sin descanso en medio del salón. Adam vuelve del baño y se queda en el umbral. Desde la cocina Mike le hace un gesto de desconcierto: brazos extendidos a los lados, palmas hacia arriba, hombros encogidos.

—Bueno, familia, habrá que animarse un poco para recibir el año, ¿no?, dice Adam.

Sonríen, asienten, se llenan otra vez las copas.

—¿No quieres preparar las uvas, Ali?, le dice cariñosa Celina.

—¿Uvas?, pregunta Barbara.

—Sí, es una tradición española. Siguen las campanadas del reloj y con cada una se comen una uva. Da buena suerte, ¿verdad, Alicia?

Matty pone su mano sobre el muslo de Alicia, pero ella lo retira. No le apetece preparar las uvas y menos compartirlas con Barbara.

—Bah, es una tontería. Además aquí no hay campanadas, no sabría cómo hacerlo.

—Pues como hace dos años, que pusiste el cronómetro del reloj.

—Que no, que no me apetece.

Otra vez el silencio. Se empiezan nuevas conversaciones pero enseguida languidecen. Llegan las doce. Se abre el champán, se brinda, se dan besos y abrazos poco efusivos. Media hora después se acaba la fiesta.

Ed conduce concentrado y despacio, con miedo a que en cualquier momento aparezca un control de alcoholemia. Después de unos minutos en silencio, Barbara empieza a comentar sus impresiones de la velada:

—Qué noche tan rara, ¿no?

—Sí, un tostón.

—Yo sé que le tienes mucho cariño a Matty, pero no sé, su hermano, tan homosexual con ese novio, y su prima me parece una ordinaria y Alicia, bueno, Alicia es súper rara. Creo que me miraba con mala cara y la otra ni te cuento.

—No, mujer, ¿por qué dices eso?

—Pues porque sí, esas cosas yo las noto, como cuando se han puesto tensos al preguntarles por la familia. ¿Has visto Mike cómo ha cambiado de tema? Nadie se ha dignado contestarme.

—Ah, es que eso es tema tabú. Te lo tenía que haber avisado.

—Una respuesta de cortesía, por lo menos.

—Es que el padre de Celina debe ser un pieza. Estuvo en la cárcel por estafa.

—¡Qué familia, Dios mío!

—Sí, y el padre de Matty y Adam no quiso pagarle la fianza cuando lo detuvieron. Pasó hace décadas, cuando ellos eran pequeños, pero desde entonces los padres no se hablan.

—Entonces, ¿fingen que se llevan bien? Tú me habías dicho que están muy unidos.

—Es gracias a Adam, que reinició el contacto con su prima hace unos años. Y cuando ella se mudó aquí avisó a Matty y, bueno, desde entonces se ven bastante.

—¿Y tú no la conocías?

—No, nunca habíamos coincidido. Pero te sigo contando. Celina no puede ni ver al padre de Matty y Adam, pero como ellos tampoco le aprecian mucho... sobre todo Adam, que lo debió pasar fatal de pequeño.

—Claro, por homosexual. Intentaría enmendarle, obviamente sin resultado.

—Pero Matty, no te creas, defiende al padre mucho.

—Normal, es su padre.

—...

—Seguro que es rubia de bote, por cierto. Una ordinaria.

Desde que han salido de casa de Celina y se han subido al coche, Matty y Alicia no se han mirado, no se han hablado. Al ir a apoyar su brazo en el reposadero, Matty roza el de Alicia que inmediatamente lo aparta. Entrelaza sus manos y las apoya en el regazo. Le pregunta susurrando si está bien, ella no contesta. Parcan en un semáforo ya cerca de casa, la mira de reojo. Tiene la cabeza contra el cristal. No sabe si está dormida, ni siquiera oye su respiración. Quiere preguntarle qué le pasa, por qué ha estado tan distante esta noche, por qué no ha querido comer las uvas, por qué apenas le ha besado al felicitarle el año, si ya no..., si es... Se le hace un nudo en la garganta y no puede, no puede preguntar ni decirle que la quiere, que la desea, que la ha echado mucho de menos todos los días que ha estado en

España. El semáforo se pone en verde. Arranca y Alicia sigue con la cabeza apoyada en la ventana. Llegan a casa. Matty apaga el coche. Alicia sigue sin moverse. Estaba dormida entonces.

—Ali, cariño, ya hemos llegado.

Alicia separa la cabeza de la ventana, mira a Matty con una expresión ausente, abre lentamente la puerta y sale del coche. Echa a andar hacia la entrada de la casa, pero se para junto a un árbol y se apoya en él. Matty ve que se le encorva el cuerpo de forma violenta. Una arcada. Un chorro de vómito estrepitoso. Sollozos.

—Lo siento, amor, lo siento, susurra Alicia.

Matty le sujeta la cabeza, le agarra el pelo para que no se le manche.

—No te preocupes, vomita, está bien, estoy aquí, estoy contigo.

Alicia vuelve a vomitar. Matty no se inmuta ante el olor ácido del vino, la bilis, el salmón a medio digerir. La sigue agarrando y acariciando su cabeza.

—Échalo todo, pequeña, no te voy a dejar, estoy contigo.

Celina, Adam y Mike se sientan en el sofá, dando la espalda a los restos de la cena. En el salón ha quedado el aire enrarecido.

—Pero ¿qué ha pasado?, pregunta Mike.

—A mí no me mires, dice Celina, yo no he dicho ni mu.

—Es verdad. Te has comportado como una dama, dice Adam.

—No, el rollo no iba con vosotros, dice Mike, por lo menos no de forma obvia. Ha sido por Ali y Matty, ¿no?

—Sí, Ali sí estaba actuando de forma extraña, responde Adam.

—Pero Matty también, dice Celina. Yo creo que habían discutido antes de llegar. Ali tenía los ojos como hinchados, ¿no os habéis dado cuenta? Y ha estado ausente toda la cena. Y muy cortante con Barbara. No es que me queje, yo creo que lo ha hecho por solidaridad, pero no sé...

—Ha pasado mucho rato en el baño y cuando he ido yo me ha dicho que pensaba que estábamos discutiendo, que había oído gritos.

—¿Qué gritos?, dice Mike.

Se quedan los tres en silencio, hasta que Adam añade:

—Ali es una chica triste.

Mike se levanta de un salto del sofá, coge la boa roja que está tirada en el

suelo, se la pone de bufanda y rebusca entre los CD de la estantería.

—Así me gusta, Mike, vamos a dejarnos de dramas y celebrar la entrada del año. ¿Qué más puedo pedir? Mis cuatro gatitos y mi pareja favorita.

Pasan el resto de la noche bailando, bebiendo, riendo, con los gatos paseando de vez en cuando entre ellos, observándolos desde el sofá o el mostrador de la cocina, donde se suben a olisquear los restos de comida.

MAPACHES EN EL ÁTICO

Tienen cuatro días de vacaciones a finales de marzo. El receso de Alicia en la universidad dura casi diez días pero Matty sólo ha conseguido rascar a la empresa jueves y viernes. Después de contemplar varias opciones —ir a Chicago a ver a la familia, quedarse en casa y descansar, hacer viaje relámpago a Las Vegas o a Nueva York— han decidido pasarlos en una pequeña isla muy cerca de la costa. Sólo se puede acceder a ella por ferri y para moverse en la isla únicamente están permitidos los cochecitos eléctricos de golf o las bicicletas. Es una reserva natural de casi treinta kilómetros ininterrumpidos de playas blancas en las que en temporada de huracanes el mar entra con toda su fuerza. Por eso los accesos a la playa son una serie de muelles de madera contruidos alrededor de las altas dunas que separan la playa de la marisma y que son la única defensa natural frente a un Atlántico que cada año parece más devastador. En el centro de la isla se encuentra un bosque marítimo de robles y viejos cedros rojos bajo los cuales crecen setos gigantescos de yaupon, acebo y zarzaparrilla. Entre la playa y el bosque hay marismas donde habitan ibis, garzas y cardenales. Cerca de los senderos que recorren el bosque a veces asoman cervatillos, zorros, mapaches, también alguna tortuga autóctona de caparazón oscuro como las que Alicia ha visto en el pequeño bosque de la parte trasera de su casa. Cuando no hacía demasiado calor o había demasiados mosquitos a Alicia le gustaba pasar tiempo en el bosquecillo y en el jardín en el que había plantado tomates, calabacines, pimientos, albahaca. A Matty también le gustaba el jardín, aunque era Alicia la que siempre regaba y se ocupaba de recolectar los frutos maduros. Había que estar muy pendiente porque en la zona había infinidad de ciervos, a los que les encantaban los tomates de Alicia. Más de una mañana al salir a primera hora a echar un vistazo al jardín se había encontrado con alguno, a

veces acompañados de cervatillos. Esas visiones la enternecían de tal manera que no podía enfadarse con ellos por comerse sus tomates. Fue una de esas mañanas cuando salía al jardín que vio por primera vez una de esas tortugas. Al principio no se dio cuenta de que era una tortuga. Era del tamaño de un pequeño animal, digamos un conejo. Estaba recluida en su caparazón marrón intenso, rozando el negro, en el que destacaban manchas de un amarillo saturado casi naranja. Alicia se detuvo sorprendida, intentando asimilar qué era aquello, sin poder precisar que fuera un animal. Al acercarse y darse cuenta de que era una tortuga se sentó a una distancia prudencial con la esperanza de que saliera de su caparazón. Lo hizo después de varios minutos, moviéndose a gran velocidad, con unas patas que a Alicia le parecieron larguísimas y en las que también mostraba, como si fueran tatuajes, los mismos dibujos amarillos. Alicia espera tener suerte y poder ver algún animal durante su estancia en la isla. Ha leído también que desde las playas se pueden avistar delfines y pelícanos.

Se hospedan en el mejor hotel de la isla que ahora, por ser temporada baja, es asequible y está casi vacío. Es una antigua casa remodelada estilo plantación, blanca e inmensa, con su porche delantero flanqueado por grandes columnas, sus balcones de hierro forjado en el segundo piso. Les ha atendido la dueña, una mujer rubia de aspecto consumido como si se pasara el día haciendo duros trabajos físicos a pleno sol, con la amabilidad distante sureña a la que Alicia ya se ha acostumbrado. Les ha dado una habitación espaciosa desde la que se ve el mar, con paredes pintadas de azul turquesa, decorada con motivos marítimos y una gran cama doble. En el baño Alicia inspecciona cada uno de los botecitos de crema, de champú, de acondicionador, olisquea la pastilla de jabón, qué rica, huele a lavanda, acaricia la bañera de hierro forjado, con sus patas de león doradas.

—Qué bonito, amor, me encanta este sitio.

Matty se acerca a ella, la abraza, le besa el cuello. Alicia se estremece, sonrío.

—¿Vamos a la playa?, dice Alicia.

—¿No quieres descansar un rato?

—No, me muero por darme un baño, y en cuanto baje el sol hará demasiado frío.

Se cambian de ropa y bajan a la playa, que está a pocos minutos andando

desde el hotel. Alicia echa a correr por el muelle de madera construido entre las dunas que lleva directamente a la orilla. Al llegar se quita rápidamente el vestido y las sandalias y entra en el océano dando pequeños saltos hasta zambullirse.

—¡Está congelada!, grita desde el agua.

Matty se queda contemplándola desde la orilla. Hay muy poca gente en la playa, un par de parejas más en la lejanía, otra pareja más cerca, con un niño de unos dos años en camiseta y pañal que juega torpemente con una pala y un cubo cerca del agua. El padre está vestido completamente, tapado con una visera y gafas de sol, sentado en una silla de playa leyendo un libro. La madre, en bañador y camiseta, se mantiene en cuclillas junto al niño, vigilando que ninguna ola lo alcance, ayudándole de vez en cuando a llenar el cubo de arena, a volcarlo para volverlo a llenar. Matty se sienta cerca de ellos. A pesar de que el sol todavía calienta no se anima a quitarse la camiseta, a probar el agua. Alicia le vuelve a llamar haciendo gestos desde el agua. Matty se quita las sandalias, deja que una ola le moje los pies. Está tan fría que corta. Se vuelve a sentar en la orilla, más cerca de la madre y su hijo. Pocos minutos después Alicia sale temblando.

—¿No te vas a meter?

—¿Estás loca? Está helada.

—Es sólo al principio, de verdad.

—Estás temblando y tienes los labios azules. Venga, sal ya, que te vas a poner mala.

—No, voy a nadar un ratito más.

—Si luego te resfrías, no vengas a quejarte.

Alicia no responde. Se da la vuelta y vuelve a entrar al agua corriendo. Se zambulle, nada con energía para desentumecer los músculos, agarrotados por el frío. Aguanta poco más. Cuando sale, Matty la está esperando con la toalla.

—Qué cabezota eres. Sécate bien y vamos al hotel para que te cambies.

—Todavía hace algo de sol, amor, me puedo secar aquí en la orilla.

Se sientan codo con codo. Matty no hace más que mirar a la madre con el niño.

—¿No te parece precioso?, le pregunta a Alicia.

—Es un mar divino. Me pienso bañar todos los días.

—No lo digo por el mar, contesta Matty, señalando con la cabeza a madre y niño.

—Ah, perdón. No me había fijado.

Alicia observa a la madre que, con gesto aburrido y ausente, sostiene el cubo donde el niño introduce la arena torpemente, y al padre, que lee su libro sin prestar ninguna atención a lo que ocurre en la orilla.

—Pues no sé, ¿qué te parece precioso?

—La madre con su hijo, compartiendo este momento tan bonito, construyendo juntos un castillo de arena.

Alicia les vuelve a mirar, apoya los codos en la arena, separándose así unos centímetros de Matty.

—Pues no parece que ella se lo esté pasando muy bien. Si me dijeras el padre, ahí tan tranquilo leyendo su libro y contemplando de vez en cuando el mar, todavía.

Matty vuelve la cabeza hacia ella, ceño fruncido.

—Podrías aparcas el sarcasmo de vez en cuando, ¿no crees?

—No es sarcasmo. Simplemente no veo lo que ves tú. ¡Y menos un castillo!

—A veces no tienes ni puta gracia, dice Matty mientras se impulsa con las manos para levantarse de un salto.

—Oye, ¿a qué viene esto?

Matty echa a andar en dirección al hotel. El sol baja rápido, se levanta un leve viento frío. Alicia tiene ganas de ir al hotel, darse una ducha caliente, ponerse ropa cómoda, pero no quiere encontrarse con Matty. Sabe que estará enfadado. Estará esperándola en la habitación, posiblemente habrá buscado ya las palabras para hacerla sentir culpable por arruinar tan pronto las vacaciones. Cada vez tiene más frío, cada vez hay menos luz. Decide volver. Llega al hotel y en la recepción hay una persona diferente, un hombre que podría ser el marido de la dueña, o su hermano gemelo, igual de rubio, igual de consumido. Da las buenas tardes que el hombre apenas corresponde con un gruñido. Sube las viejas escaleras de madera, que cada dos peldaños crujen, llega a la habitación. Llama. Nadie responde. Vuelve a llamar un par de veces más. Nada. Baja a la recepción.

—Disculpe, necesito entrar a mi habitación. Mi marido ha debido salir un

momento.

—¿Qué habitación?

—La 201.

—¿Cómo se llama su marido?

—Matthew Novak.

El hombre coge una llave del cajón.

—Tengo que acompañarla. Sólo tengo la llave maestra.

Alicia asiente y sigue al hombre por las escaleras. A pesar de su delgadez, sus andares son lentos, como si le costara cada paso. Al subir las escaleras se agarra a la barandilla para darse impulso. Alicia piensa en un vampiro al que se le han agotado las existencias, pero una vez que muerda el cuello a otra víctima incauta se convertirá en un corredor de maratones. Llegan a la habitación, el vampiro le abre la puerta, Alicia da las gracias rápidamente y cierra, sin querer, con un portazo.

Matty ha estado en la habitación. El bañador y la camiseta están encima de la cama. ¿Dónde se habrá ido? Alicia decide ducharse tranquila. Pasa más de media hora en el cuarto de baño, se seca el pelo con el secador, se pone los vaqueros negros y un jersey blanco amplio. Son ya casi las ocho de la noche y Matty no aparece. No sabe qué hacer. Se tumba en la cama y se pone a leer *Los de abajo* de Mariano Azuela, uno de los libros en la lista de su último examen de doctorado que de otra manera igual nunca hubiera leído. A pesar de que el libro le gusta y le interesa, ahora no tiene cabeza para seguir leyendo. Está disgustada, indecisa, tiene hambre, pero no quiere salir a cenar sola. ¿Y si justo vuelve a buscarla y no la encuentra? Pero ya es muy tarde, seguro que los restaurantes de la isla cierran pronto. Decide dejarle una nota. No sabe qué ponerle: «Amor, he salido». Tacha el «Amor», pero se arrepiente. Coge otro papel: «Te he estado esperando; he salido a buscarte para cenar». Deja el papel encima de la cama y justo cuando va a salir oye la llave en la puerta. Alicia coge la nota y se la mete en el bolsillo del pantalón.

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—Estaba preocupada.

—Ya.

—¿Vamos a cenar?

—Yo ya he cenado.

—Te estaba esperando para ir a cenar.

—Pues estaban cerrando todo, más vale que te des prisa.

—¿No me acompañas?

—Estoy cansado.

Alicia se sienta en la cama. Le vuelve la sensación familiar de sentir que se le encoge algo por dentro y, con ello, todo su cuerpo. Una especie de parálisis, de sensación de ahogo, de incapacidad para expresarse o levantarse, salir de la habitación, irse a cenar, o irse simplemente. Matty nota su malestar y sabe lo que significa: un mutismo triste que durará esta noche seguro, pero también mañana, sus monosílabos, su melancolía, alguna señal de un llanto furtivo. Le conmueve esa Alicia más pequeña, más insegura, en la que no queda rasgo de la soberbia o el enfado anterior, y sabe que tiene que ser él quien dé el paso y que ella se lo agradecerá.

—Venga, te acompaño. Me tomo una cerveza mientras comes algo. Hay un pub en el pueblo, seguro que ése no cierra tan pronto.

—No te preocupes, si ya no tengo hambre.

Matty le acaricia la cabeza como si fuera un perrito. Ese gesto de ternura la reconforta, uno de sus nudos del estómago se deshace, la opresión en el pecho disminuye. Lo mira, le sonrío.

—¿Me acompañas entonces?

—Claro que sí, tonta, ¿cómo te voy a dejar sin cenar?

Alicia se levanta de un salto, el malestar mitigado, se arregla un poco el pelo en el baño, sin mirarse demasiado en el espejo.

—Vamos, que estás muy guapa.

Alicia sonrío, Matty le da un cachete en las nalgas.

—Y te has puesto los pantalones que me gustan.

Pasean agarrados de la cintura por el pueblo. Matty le dice que ha comido una pizza en un italiano que no estaba mal, que igual mañana pueden cenar ahí. Según se acercan al pub, Alicia ve un animal del tamaño de un perro mediano cruzar la calle rápidamente. Se suelta de Matty y haciéndole un gesto de silencio, señala al animal, que se ha parado en medio de la carretera y ahora se yergue sobre las dos patas de atrás y mantiene las delanteras hacia delante, como si les estuviera mostrando una bandeja inexistente o pidiendo

explicaciones por algo. Tiene el morro fino, como de un zorro, y el antifaz característico de los ladrones de bancos de dibujos animados.

—Ah, sí, susurra Matty, me han dicho que hay una plaga de mapaches en la isla.

—Es precioso, mira qué carita.

—Ni se te ocurra acercarte, que igual muerde o tiene la rabia.

Alicia se separa de Matty y se acerca al animal, que se queda quieto con las patas extendidas hacia ella. Alicia se acerca un poco más, hipnotizada por la máscara del mapache. Se mantienen la mirada unos breves segundos, hasta que el mapache, que parece darse cuenta de que Alicia no tiene nada que ofrecer, vuelve a las cuatro patas, se da la vuelta y se aleja despacio hacia un contenedor de basuras.

—¿Estás loca? Te podía haber mordido.

—Era tan bonito. ¿Has visto cómo me miraba?

Ya están en la puerta del pub. Hay un cartel en la entrada con la prohibición de dar de comer a los mapaches. Matty lo señala gesticulando un «te lo dije, ¿no ves?».

Cuando tienen un día difícil como el de hoy los dos tienden a comer y beber de más. Piden una hamburguesa grasienta para ella, comparten alitas de pollo picantes, patatas fritas con chili, nachos. Y muchas cervezas. Comen y beben y hablan con el camarero, que les cuenta que hay una verdadera invasión de mapaches, algunos muy violentos, que no se les puede dar de comer porque entonces te persiguen, que ha habido ataques a turistas. Alicia no puede contener la risa, pero al camarero no le sienta nada bien que tome el dramatismo de su relato a chufla, con lo que se mete detrás de la barra y no vuelve a dirigirles la palabra salvo para decirles que ya es hora de cerrar y aquí tienen su cuenta. De vuelta al hotel, Matty y Alicia siguen riendo, anticipando el ataque de un mapache que les asalte por el camino. En el hotel se besan, se desnudan con ganas, pero están demasiado borrachos los dos como para mantener el impulso erótico. Deciden dejarlo para el día siguiente. Alicia cae en un sueño pesado que en algún momento se transforma en pesadilla. Está de vuelta en casa, con Matty, sentados en la cocina a punto de comer un arroz a la cubana. Oyen ruidos en el ático, de muebles arrastrándose, carreras. Alicia piensa que no puede ser, que el ático es demasiado estrecho.

—Sube a ver qué es, le dice Matty.

Alicia no quiere. Dice que no con la cabeza.

—Sube a ver qué es, repite Matty.

Alicia encuentra unas escaleras de caracol que suben al ático, al que se accede por una gran puerta en vez de la trampilla de siempre. Y es que el ático es mucho más grande que en la realidad, está lleno de muebles y objetos antiguos, polvo, apenas se puede respirar el aire denso, pesado. Tiene que andar sorteando objetos y quitándose constantemente telarañas de la cara, hasta que llega a un claro en el que descubre a un chico cubierto con una capucha parado en medio de la penumbra. La mira. Alicia lo oye hablar, aunque él no mueve la boca. Las palabras le resultan incomprensibles, pero sabe que son amenazas. El chico se acerca como deslizándose, Alicia no consigue distinguir sus rasgos pero hay algo familiar en él. Cuando está tan cerca que puede tocarlo, lo reconoce. Se despierta sobresaltada.

—¿Qué pasa, estás bien?

—Sí, sólo una pesadilla.

—¿Qué era?

—Nada, que teníamos mapaches en el ático.

A la mañana siguiente se ríen de su pesadilla. Han olvidado la discusión de la playa. Es un nuevo día. Alquilarán un cochecito de golf para recorrer la isla, visitarán la marisma y el bosque marítimo y Alicia verá muchas garzas, un ibis, un zorro, un cervatillo. Insistirá en bañarse y conseguirá hacerlo sin resfriarse. Los dos por fin tendrán ganas de sexo y lo disfrutarán, buscarán mapaches y ella no se acercará a ellos ni les dará de comer, volverán a casa satisfechos, un poco más ligeros. Alicia de vez en cuando sentirá la sensación inquietante de que la pesadilla la acompaña a este lado de los sueños, pero conseguirá que no se le note.

UNA HERIDA EN EL LOMO

Un sábado de julio, algo pasadas las once y media de la mañana. Todavía no está encendido el aire acondicionado y la casa ya empieza a calentarse. No sabe qué le ha despertado, si el olor de la arenilla de las gatas, el sudor que hace que se le peguen las sábanas o el movimiento de Llosa, al pie de la cama, que se lame compulsivamente la herida del lomo, un agujero que sigue creciendo en anchura y profundidad, como si un parásito invisible, tal vez un hongo o una bacteria, se estuviera alimentando de la piel y la carne de la gata. Matty no ha podido llevarla al veterinario en toda la semana. Y hoy, hoy se ha quedado dormido, cierran la clínica a las doce, hoy tampoco podrá llevarla. A no ser que la traten por urgencias, pero no parece que sea para tanto y cualquier tontería que le hagan en urgencias va a costar un dineral. Igual más tarde, cuando se levante, podría ir a que le dejen uno de esos collares cónicos de plástico con los que perros y gatos parecen personajes de *Mars Attacks*. Igual así, por lo menos, dejará de hurgarse, lamerse. A Matty le da asco la herida pero no puede evitar acercarse a ella, observarla con detenimiento. Está muy visible porque, de tanto lamerla, la gata ha acabado arrancando o rasurando el pelo de toda la zona, quedando a la vista tres círculos concéntricos claramente diferenciados: uno exterior entre blanquecino y rosado, otro interior rojizo y un tercero blanco que él juraría que es la grasa del animal. Cuando la gata no se ha tocado la herida durante un rato parece que supura un líquido transparente. Lo raro, piensa Matty, es que es una herida abierta que no sangra.

—Deja de lamerte, tonta, te lo estás haciendo más grande.

Llosa detiene por un momento su lameteo compulsivo, le mira, ronronea al ver que está despierto y que le está hablando a ella. Se estira perezosa y se le acerca buscando sus caricias. Matty le da un par de golpecitos cariñosos en

la cabeza, Llosa le intenta lamer la mano que él retira por miedo a que eso que tiene sea contagioso. Le acaricia el cuello y por detrás de las orejas. El ronroneo de Llosa se hace más fuerte. Vargas lo oye desde algún lugar de la casa y entra maullando en la habitación. Se sube a la cama, embistiendo a Llosa como un jugador de fútbol americano para que le deje sitio junto a Matty que la coge por las patas delanteras, se la acerca y le da un beso en el hocico.

—Qué macarra eres, Vargas. Te teníamos que haber llamado *Kung-Fu*, como yo quería. ¿Tenéis hambre?

Las gatas maúllan, ronronean, Vargas se desprende de sus manos y da un salto por encima de Llosa para aterrizar en el suelo. Llosa se acerca al borde de la cama, adelanta las patitas delanteras y se deja deslizar por la sábana.

—Pero qué vaga eres. No me extraña que estés tan gorda.

Matty se levanta despacio, le pesa el cuerpo, enciende el aire acondicionado, arrastra los pies hasta la cocina.

El fregadero rebosa con platos y vasos sucios. Hay varias cajas de pizza vacías encima de la mesa, botellas de cerveza también vacías, unas zapatillas de deporte frente al horno, varias camisetas colgando de las sillas. Se queda unos segundos en la puerta, contemplando el desorden. Llosa empieza a rozarse contra sus piernas, él la empuja suavemente, abre el armario, saca el pienso, pone un cazo en cada escudilla, les cambia el agua, se detiene a observar un momento más la cocina, arrastra de nuevo los pies hasta el baño, sorteando las cajas de azulejos y el cortador, mueve el cubo con las espátulas, el nivel, el mazo de goma, se sienta a orinar. Contempla las paredes desnudas, el suelo preparado para echar el mortero, la bañera. Ha prometido a Alicia acabar el baño mientras ella visita a sus padres pero sabe que no lo va a hacer. Siguen pasando los días y no consigue avanzar. Entre semana es el trabajo en la compañía, un trabajo monótono de digitalización para el que está demasiado cualificado. Con lo que le costó el máster, en dinero en esfuerzo en tiempo y el primer trabajo que consigue lo podría hacer un chimpancé con los ojos cerrados. Así le dijo su jefe, que su trabajo lo podría hacer un chimpancé con los ojos cerrados y que por eso no esperaba ni un error. El sueldo era bueno y las horas también. Por eso lo aceptó porque así podría acabar de arreglar la casa. Pero no contaba con que el trabajo de chimpancé fuera tan agotador, que no le dejara ánimo ni energía para hacer

nada más, excepto jugar algún partido de baloncesto con Ed y Paul o ir a tomarse unas cervezas porque no todo iba a ser trabajo. Es cierto, podría haber llevado a Llosa al veterinario cualquier día en vez de quedar con sus amigos. Pero tampoco hay que alarmarse. Igual desaparece sola la herida. A veces pasa. Se vuelve a meter en la cama, enciende la tele que trasladó a la habitación el mismo día que Alicia se fue. Piensa en ella. Ayer no llamó. Si no llama hoy, lo hará él, aunque parece que siempre molesta: si llama a mediodía está comiendo, a la tarde su madre está echada, si lo hace más tarde no puede hablar porque está a punto de salir. Con sus amigas, su cuadrilla, de fiesta, todo el puto día de fiesta. Parece que no saben hacer otra cosa. Matty zapea a gran velocidad, sin fijar la imagen de cada canal más de dos segundos. Después de un rato así, coge el teléfono, marca.

—Hola, madre, ¿qué tal?

—Bien, hijo, como la semana pasada, si aquí no hay novedades, no sé para qué llamas, te vas a arruinar.

—¿Está Adam?

—No, se iba el fin de semana con ese amigo suyo... a los lagos.

—Ah, sí, con Mike.

—¿Qué querías?

—Nada, charlar un rato con él.

—Muy aburrido andas.

—No, bueno, un poco.

—No sé cómo la dejas que se vaya un mes entero y te deje ahí, con el trabajo que tenéis. ¿Has adelantado algo?

—No mucho.

—Me parece que tiene la cara muy dura.

—Tiene que ver a sus padres.

—Tú no ves a los tuyos. Podría irse una semana, pero es que un mes, y tú ahí, sin nadie que te cuide. ¿Ya estás comiendo bien?

—Se me ha acabado lo que me dejó Alicia congelado, pero tampoco como mal.

—Pues poco te dejó, si no han pasado ni diez días.

—¿Tú crees que Adam bajaría a ayudarme?

—No sé, hijo, pregúntaselo, pero dudo que te sea de mucha ayuda.

—Ya, igual mejor no.

—¿Y Pete? ¿Por qué no le preguntas a Pete?

—Tiene demasiado ya, madre, con los dos críos y el trabajo. No se lo puedo pedir.

—Si tu padre no fuera como es, iría yo misma a echarle una mano.

Matty ve cómo se acerca Llosa a la cama, pero se detiene en medio de la habitación para lamerse la herida.

—Creo que Llosa está malita. Tiene una herida muy rara.

—¿La ha atacado algún animal? No sale a la calle, ¿no?

—No, le ha salido solo. No sé lo que es.

—¿La has llevado al veterinario?

—No he tenido tiempo.

—Es que ni de eso tienes tiempo. ¿Se lo has contado a tu mujer?

—Sí, la llamé ayer.

—¿Y qué te dijo?

—Que qué va a hacer ella desde allí.

—No, claro, por supuesto, ella no puede hacer nada, qué va a hacer, igual la próxima vez pensarse si es decente dejarte empantanado a ti con todo.

—No te preocupes, madre. Bueno, te dejo, que tengo que ponerme en marcha.

—Un beso, hijo, cuídate.

Matty cuelga, mira un rato las imágenes de la televisión sin volumen, se queda dormido. Llosa sigue en el suelo, lamiéndose la herida.

SIN GASOLINA

Alicia nunca ha sabido leer un mapa ni orientarse en el espacio. Incluso en los lugares más pequeños su instinto es siempre elegir el sentido contrario al correcto. Si alguien le pregunta una dirección, confunde derecha con izquierda, incluso cuando señala «ahí, a la derecha», lo hace gesticulando hacia la izquierda. Para ella, el gran invento del siglo XXI ha sido el GPS y ese puntito azul que es capaz de encontrarte en un mapa y guiarte con total seguridad al destino deseado. Pero cuando comenzó a conducir su salvación todavía no había llegado y se encontraba siempre ante la incertidumbre de no saber si se perdería en calles y carreteras que siempre parecían las mismas. Cogía el coche sólo por obligación. Cuando iba con Matty lo dejaba conducir a él, por comodidad y para evitar lo de siempre: no has cogido bien la curva, le vas a dar al arcén y vas a reventar una rueda, no corras tanto, no vayas tan despacio, ¿dónde te paras?, el semáforo está más adelante, no te pegues, ¿por qué te alejas tanto, no ves que todo el mundo te corta?

Alicia tenía que conducir hasta una universidad que estaba a pocos kilómetros de distancia de Southville, en una de esas ciudades estadounidenses sin historia: un compendio de barrios residenciales, un núcleo urbano que se quedaba muerto después de las cinco de la tarde, una consecución de centros comerciales en los que se repiten los mismos comercios: Walmart, Lowes, Burger King, WholeFoods, McDonald's. Era la primera vez que la invitaban a dar una charla en una universidad, recién defendida su tesis doctoral y con un trabajo asegurado en una pequeña universidad del noreste. Había acabado el doctorado un año antes de tiempo, pasado los exámenes con matrícula de honor y le habían concedido el cum laude por la tesis. Además había dado clases especializadas de literatura

española y latinoamericana que normalmente sólo daban los profesores titulares. Hacía un mes le habían confirmado que había sido elegida para el puesto de trabajo que más le apetecía de todos a los que se presentó: lejos del sur, con poca carga docente y muchas posibilidades y fondos para la investigación. Matty también quería irse de Southville, donde sólo se había quedado para acompañar a Alicia mientras ella acababa sus estudios, en un trabajo que aborrecía y que en tres años no le había dado ninguna alegría. Nunca hizo más de lo que su jefe le prometió: trabajo de chimpancé. Consiguió un puesto con posibilidades de ascenso en una sucursal del American Bank en el mismo pueblo en el que estaba la nueva universidad de Alicia. Sólo faltaba acabar de arreglar la casa, organizar la mudanza y comenzar esa nueva etapa de sus vidas. Cambio de ciudad, de ritmos, de empleos, buenos sueldos, todo un horizonte de nuevas posibilidades.

Iba Alicia muy contenta, concentrada, llegó a la universidad sin problemas, su charla fue aplaudida y alabada, salió de ahí henchida como un pavo, con sus veintiocho años, toda una profesional independiente, y volvió a su coche feliz, orgullosa, deseando llegar a casa y contárselo todo a Matty.

Despistada, dio un giro erróneo o tal vez se pasó de calle o confundió, como siempre, derecha con izquierda o viceversa, y después de un rato se dio cuenta de que no encontraba la salida a la autopista. Ya tenía que haber dado con ella, no reconocía la zona donde estaba, era de noche, llovía. No sabía cuándo se había hecho de noche, cuándo había empezado a llover. Comenzó a dar vueltas por esa ciudad desconocida. Apenas había luces en la calle, nadie caminando, algún 7/11 iluminado de donde salían hombres con botellas en bolsas de papel. A la confusión de la desorientación se sumaba su miedo, la conciencia de su incapacidad para orientarse: la noche desconocida sin un mapa que le sacara de ese desconcierto. Las manos firmes en el volante, el parabrisas a su máxima velocidad y aun así sin dar abasto para despejar el torrente de agua que bajaba por el cristal, incapaz de despejar su visión y el embotamiento mental que le llevaba a un pensamiento perfectamente asentado en su cerebro de recién doctorada cum laude: *Matty tenía razón, me iba a perder y me he perdido, tiene razón, soy un puto desastre.*

Pasó de largo varias gasolineras, incapaz de reaccionar, parar, llamar, preguntar. Cuando te sientes perdida parece que el coche es el único refugio,

que salir de él puede complicar las cosas aún más, que estás paralizada pero al mismo tiempo no puedes dejar de moverte, pensando que en algún momento encontrarás la salida correcta, la calle que te suena, el camino a casa. Siguió esperando ese milagro que no ocurría: el cartel, la señalización, la pista que la llevara por lo menos al punto de partida. Se hacía tarde, tenía las manos doloridas de apretar tanto el volante y no paraba de repetirse la cantinela de fondo *tenía razón, por supuesto me iba a perder*. Al final decidió parar en una gasolinera para llamar a Matty, decirle que no se preocupara, pedirle ayuda. Entró en el colmado. No había nadie en el mostrador. Olía a café quemado, a salchichas, a tabaco. Echó un vistazo entre las filas de estanterías llenas de bolsas de patatas fritas, cacahuetes, bebidas isotónicas, latas de carne picada. Nadie. Se acercó al mostrador y vio un timbre de metal, de recepción de hotel antiguo. Lo golpeó, sonó un tiiin incongruente y de la trastienda salió un hombre vestido con un mono azul, un chubasquero naranja y una gorra de béisbol de los Durham Bulls.

—¿Tiene un teléfono?

Señaló al fondo con desgana. Alicia lo encontró detrás de un pequeño mostrador con cuatro salchichas resecas ensartadas dando vueltas bajo una lámpara de calor. Apenas acertaba a meter la moneda de veinticinco centavos en la ranura. Hasta entonces no se había dado cuenta de que le temblaran tanto las manos. Marcó el número de casa, Matty tardó varios segundos en coger.

—Soy yo.

—¿Dónde coño estás?

—Me he perdido, no encuentro la salida a la autopista. Me he perdido y...

—Lo sabía, joder, ¿te has llevado el mapa por lo menos?

—No sé dónde estoy, ¿cómo me voy a encontrar en un mapa?

—¿Lo has mirado antes de salir?

—Sí, pero...

—¿Y para qué me llamas, qué voy a hacer yo?

—No sé. Para que no te preocupes.

—Ya se ha enfriado la cena, joder.

Alicia colgó el teléfono suavemente y se dirigió hacia el hombre, que esperaba en el mostrador y la miraba con una expresión que no sabía cómo

interpretar. Sopesó sus dos opciones: subirse al coche y seguir dando vueltas sin sentido o confiar en ese hombre. Optó por la segunda.

—Busco la entrada a la autopista, ¿está muy lejos?

—¿De dónde eres, guapa?

Alicia sí supo interpretar entonces su mirada. Se había equivocado de opción. La puerta de salida estaba apenas a cuatro pasos. Los dio, la abrió y mientras salía escuchó al tipo que le decía que bajara dos cuadras y girara a la derecha. Pero el pánico estaba ya activado en Alicia. Fue corriendo al coche sin dar las gracias, le costó encontrar el contacto, encajar la llave en esa ranura que parecía más fina que nunca. En los segundos que tardó en escuchar el motor le dio tiempo a imaginar cómo el hombre se ajustaba la gorra de béisbol, se dirigía a la puerta, la abría, daba seis grandes zancadas, llegaba al coche, intentaba abrir la puerta del copiloto —cerrada desde el primer semáforo en el que paró y se dio cuenta de que estaba perdida—, imaginó cómo golpeaba la ventanilla, sacaba una pistola, le apuntaba para obligarla a abrir la puerta o a salir, y justo entonces oyó el motor del coche, cambió la marcha automática y aceleró quemando rueda, como en las películas. Siguió las instrucciones —bajó dos cuadras, giró a la derecha— y sí, ahí estaba el cartelón verde que le indicaba el camino de vuelta a casa. Llegó casi una hora más tarde. Matty ya había cenado y se había metido a la cama. Estaba dormido, o se lo hacía. Al día siguiente Matty llegó tarde al trabajo por culpa de Alicia. A mitad de camino, se había quedado sin gasolina.

DOCE PARES DE ZAPATOS Y UNA FOTOGRAFÍA

Alicia escucha Leño al volumen máximo en su mp3 con los auriculares que le regaló Matty en Navidad, tan potentes que la aíslan casi completamente de los ruidos a su alrededor. Observa a los viajeros ya puestos en fila india para entrar en el vuelo a Madrid. Juega a adivinar quién le tocará en el asiento de al lado: será la señora chiquitita que sigue leyendo a Dan Brown mientras espera de pie o ese chico lleno de granos, también con auriculares, que hace un rato la estaba mirando, o, oh no, por favor no, que no le toque el hombre gigantesco vestido con un buzo de granjero que masca compulsivamente un palillo que de vez en cuando saca de la boca para hurgarse con él la oreja. Con un poco de suerte igual le toca sola o puede cambiarse de sitio para estarlo. No parece que el vuelo vaya lleno. Si lo estuviera, no habría conseguido un billete tan barato en el mismo día. Están a punto de embarcar y no debe haber más de cincuenta personas en la sala. Antes de sumarse a la fila repasa sus documentos: el pasaporte, los papeles de la visa, el permiso de inmigración que acaba de recibir para salir del país, casi un mes después de la muerte de su padre, quince días antes de comenzar su primer trabajo. De nuevo piensa que si hubieran decidido venir a la ceremonia de graduación —va a hablar Bill Cosby, ama, con lo que a ti te gusta—, si su padre se hubiera alejado del estrés de la clínica unos días —venga, aita, aprovechamos el viaje y vamos juntos a Nueva York—, si les hubiera dicho la verdad —que quería compartir ese día con ellos, que la vieran desfilar con la túnica y el birrete de doctora, que significaba mucho que estuvieran orgullosos, que por favor no dieran por hecho que esto era un éxito más, que no creyeran que con Matty le bastaba, que los echaba de menos y los necesitaba—, su padre no se hubiera

quedado dormido al volante hace un mes y todavía hoy estaría vivo. Pero no les dijo nada de eso, no insistió y ellos ni siquiera se lo plantearon. El día de la graduación Alicia y Matty se fueron a comer con los vecinos de la casa de al lado, una pareja sin hijos muy amable a la manera sureña —educados, atentos y distantes— a los que Alicia tenía la sensación de no conocer en absoluto, después de cinco años viviendo puerta con puerta. Ella hubiera preferido hacer una fiesta, cocinar una comida pantagruélica e invitar a unos pocos amigos. Pero la casa estaba en obras y Matty no podía perder tiempo con fiestas, tenía que acabarla para poder venderla y mudarse juntos al norte, donde él comenzaría su nuevo trabajo en el banco. Durante la comida con los vecinos Alicia pensó que había sido mejor que sus padres no fueran: la ceremonia fue larga y aburrida, Bill Cosby no estuvo tan gracioso, la casa estaba hecha un desastre —ella contaba con que estuviera acabada para entonces—, ni siquiera les podría haber acompañado al viaje a Nueva York ni a ningún otro sitio, con todo lo que quedaba por hacer con la casa, la mudanza, buscar vivienda en Northville. Pero un mes después, a finales de junio, cuando recibió la llamada de Maite —su madre no fue capaz de darle la noticia—, comenzó a pensar que si hubieran hecho el esfuerzo de ir a pasar con ella la graduación, la concatenación de eventos que llevaron al accidente no se hubieran dado: él habría tenido sus vacaciones, estaría más descansado a la vuelta del hospital, esa noche igual no le hubiera tocado guardia. Volvía y volvía a los pensamientos encabezados por el «y si...» durante todo el mes que estuvo suplicando, a veces entre sollozos, a los diferentes agentes de inmigración que aceleraran el permiso, que su padre había muerto, que necesitaba estar con su madre, que era hija única y sólo la tenía a ella, que tuvieran compasión, que. Matty casi nunca estaba presente durante esas llamadas y cuando volvía a casa se encontraba a Alicia llorando, desesperada, a veces hablando con su madre, intentando hacerle entender por qué no estaba ya ahí con ella, que si lo de las torres gemelas complicó las cosas, que si desde entonces las oficinas están saturadas, que si hay que pasar por mil filtros, que si sale del país, no podrá volver a entrar porque ahora mismo está sin visa, ni de estudiante ni de trabajo.

—Con llorar no arreglas nada, ¿por qué no te distraes embalando las cosas, preparando las cajas? Luego te irás y me quedará yo con todo el trabajo.

Ella asentía, tenía razón Matty, estaba claro que por mucho llamar no conseguiría nada, que no adelantaba nada desesperándose.

—¿Y si llamas tú, amor?, igual a ti te hacen más caso.

—No puedo llamar desde el trabajo y, además, me preguntarán que si estamos casados por qué no has solicitado la residencia por matrimonio.

—No empieces con eso, por favor.

—Te lo dije. Todo sería más fácil si hubieras aceptado hacerlo por matrimonio, pero eres una tozuda y ahora ya ves.

—No quiero hacerlo así. Conseguiré la residencia por méritos propios, no por ser señora de.

—No me quieres deber nada, ¿verdad?

Alicia no se sentía con fuerzas para discutir. Es cierto que, de haber pedido la residencia cuando se casaron ahora, no habría tenido ningún problema para salir del país, pero no quería tener que someterse a la humillación de que nadie le cuestionara ni su matrimonio ni sus motivos para casarse.

A primera hora de la mañana de hoy ha llegado el permiso, ha conseguido su pasaje y ahora ahí está, esperando a entrar en el avión. Todavía siente la alegría en la voz de la madre al decirle que mañana a media tarde estará en casa. No puede contener la emoción y rompe de nuevo a llorar. Todavía con la música a tope —«Maneras de vivir», qué incongruencia— no oye lo fuerte que está sollozando. Una azafata recorre la fila, revisando los pasaportes, y ya está a la altura de Alicia, que se quita los auriculares, intenta contener los hipidos, se sorbe los mocos, busca un pañuelo en el bolso.

—¿Estás bien?

Alicia asiente y le tiende el pasaporte y los papeles.

—¿Qué es esto?

—El permiso de salida, es que se ha muerto mi padre.

Casi no puede terminar la frase. La azafata la agarra suavemente del brazo y la saca de la fila.

—Espera aquí, por favor.

Se lleva su tarjeta de embarque y sus documentos, se acerca al pódium y habla con sus compañeras, señalando a Alicia, que se empieza a poner nerviosa. Intenta controlarse, mantener la compostura, consigue dejar de

llorar. La misma azafata que se ha llevado sus documentos le hace un gesto con la mano para que se acerque. La recibe con una sonrisa.

—Puedes embarcar ya. Te hemos hecho un pequeño cambio para que vayas más cómoda.

Alicia mira su tarjeta de embarque. Primera clase. La carcajada y el sollozo se mezclan al darles las gracias. Entra alegre en el avión. *Gracias, aita*, piensa, y un segundo después se arrepiente.

—Este verano cumpliríamos treinta años casados. 1972, qué lejos queda, hija.

Alicia asiente, da un sorbo al café, contempla a su madre que en el último mes ha debido perder al menos diez kilos. Está más ágil que hace un año, cuando vio a los dos por última vez, y aunque tiene los ojos hundidos y le han salido nuevas arrugas, a pesar de la tristeza y el dolor reciente, despide cierta energía calma, se mueve con ademanes resolutivos. Para cuando Alicia se ha levantado, la madre ya ha preparado el café y los zumos y la espera en la cocina escuchando la radio.

—¿Por dónde empezamos, ama?

—Los trajes y la ropa de vestir ya la retiré, la llevé con Maite a Cáritas.

No se había atrevido a organizar sus objetos más personales: la cuchilla de afeitar, la brocha, el peine, el cepillo de dientes, las zapatillas de casa, la bata, el pijama, ninguno de sus zapatos.

—Los zapatos están todos en el armario. Podemos empezar por ahí.

Desayunan tranquilas, la madre le cuenta a la hija que el resto del verano lo pasará con Maite en su casita de Ajo, que allí podrá ir a la playa, tomar el sol, dar largos paseos, y así saldrá de la casa y sus recuerdos. Alicia asiente, no propone que vaya con ella a América.

—Voy sacando yo los zapatos, ama, recoge tú si quieres la cocina.

Alicia abre el armario de su padre y un olor familiar —una mezcla de colonia Loewe con otro olor personal más dulzón— la sacude. También una vaga desazón al ver los doce pares de zapatos perfectamente ordenados, por colores, relucientes, dentro del armario que su padre encargó hacer a medida. Se ve con seis, ocho, diez, catorce años en la cocina, con los doce pares —siempre eran doce, si compraba uno nuevo era porque ese mismo día tiraría uno viejo— alineados sobre papel de periódico en la cocina, con el zapatero

de madera abierto mostrando los trapos que debía usar para cada betún — marrón, negro y azul marino— y los cepillos para abrillantarlos. Se ve metiendo con cierta repulsión la mano izquierda en uno de los zapatos, aplicando el betún con la derecha, rabiosa por tener que pagar cualquier tontería —una palabra más alta que otra, una negativa a comer lentejas, una mala nota en inglés— con ese castigo odioso. Cada año de su vida, desde que tenía seis —el padre la subía en un banquito para que llegara al mostrador y no podía bajar de él hasta que hubiera dejado reluciente cada uno de los veinticuatro zapatos— hasta que se fue de casa con dieciocho, la desobediencia tenía un ligero olor a pies. Coge uno de los pares de zapatos, los más viejos, los olisquea, mira sus suelas desgastadas, los aprieta contra su pecho. Todavía no se hace a la idea de que no volverá a ver a su padre. Está así un rato, abrazando los zapatos. No se ha dado cuenta de que su madre está detrás.

—Tienen la forma de sus pies, hija, qué mal pisaba.

—Qué raro que no jubilara ya éstos.

Alicia se pregunta, aunque no quiere saber la respuesta, quién le limpiaba los zapatos a su padre desde que ella se fue de casa.

Revuelve en una caja con fotografías antiguas. Encuentra la que estaba buscando. Sus padres son muy jóvenes, principios de los años setenta, igual antes de casarse. Su madre de perfil tiene un gesto idéntico al suyo: su sonrisa, la forma con la que se tapa un poco los labios con el dedo índice y el pulgar, su coleta baja, el rizo que se le forma en la patilla. Podría ser ella. Lleva un vestido rojo que Alicia ha visto en otras fotografías, con un corte estilo Audrey Hepburn que le favorece porque está muy delgada. Su padre, sin embargo, lleva un traje marrón que a Alicia le horroriza y luce grandes patillas oscuras que le recuerdan a las de Curro Jiménez. Su expresión, sin embargo, es dulce. Es dulce porque la mira obnubilado, con veneración, y unos ojos tiernos que Alicia nunca vio en persona. ¿Cuándo dejaría de mirarla así? ¿Cuándo acabó la devoción? Alicia no la vuelve a poner en la caja, la mete entre sus papeles para llevársela a América.

SEGUNDA PARTE

NORTHVILLE

UN CORNEJO DE FLORES ROSADAS

La nueva casa no tiene árboles ni arroyos ni jardín, sólo un césped yermo en el que Alicia y Matty plantarán un joven cornejo de flores rosadas. Es una casa recién construida en un barrio que hasta hace poco no era tal, sino un campo salpicado de granjas. Ya no quedaban huertas ni gallinas ni pavos ni cerdos y los descendientes de aquellos viejos granjeros se dividían la tierra y la vendían a los especuladores inmobiliarios quienes, a una velocidad vertiginosa, construían casas idénticas las unas a las otras, de dos niveles, recubiertas de planchas de vinilo y ladrillo falso. A Matty le hubiera gustado comprar una vieja granja, restaurarla para luego venderla y ganar, como con la casa de Southville, algo de beneficio. A Alicia también le hubiera gustado una casa antigua, pero ya restaurada, como aquella de piedra que vieron en el centro histórico del pueblo, con un gran salón de estanterías empotradas de madera, una cocina amplia y luminosa que daba a un pequeño jardín urbano, habitaciones de techos altos, diáfanos, suelos de fresno, baños restaurados con baldosas y apliques art decó. Ubicada en medio del bullicioso pueblo, se veía caminando a la universidad, saliendo por el barrio a tomar una cerveza o a cenar, paseando por los jardines del antiguo cementerio del pueblo donde estaba enterrada una famosa poeta local. Pero la casa era demasiado cara, calculó Matty, los impuestos sobre la propiedad demasiado altos, la hipoteca se comería la mitad de sus ingresos, incluso consiguiéndola a través del banco para el que iba a trabajar él. Imposible, le dijo, hay que ser realistas. En el único viaje que hicieron desde Southville para buscar casa visitaron ese otro barrio que no hacía tanto había sido campo y granjas, al que sólo se podía llegar en coche, alejado del pueblo y la universidad. En ese nuevo barrio donde todas las casas eran iguales, se reconocían las que estaban habitadas porque sus dueños habían plantado alguna flor o había un coche

aparcado a la entrada o un triciclo tirado al pie de las escaleras o un gnomo de escayola junto al gran felpudo de bienvenida. La agente inmobiliaria que les acompañaba les explicó que era un barrio emergente, de gentes honradas que ella conocía bien porque les había vendido la casa, familias entrañables que buscaban un distrito con buenos colegios para sus hijos. Alicia, frente a ese epítome de vida de clase media americana suburbana, no se olvidaba de su pequeña casa de piedra en el corazón del pueblo y mantenía la esperanza, quién sabe, tal vez, igual Matty encontraba la forma. Pero unos días después, de vuelta a Southville, Alicia recibía la noticia de la muerte de su padre. Dejó a Matty la decisión y le dio poderes, pensando que posiblemente para cuando llegara el momento de firmar cualquier cosa, ella estaría al otro lado del Atlántico con su madre. Matty pensó que lo más fácil y justo para ambos era meterse en una de esas casas nuevas. Tenían toda la vida por delante para buscar otra.

Alicia recorre las habitaciones, la sala, el sótano. Resopla, murmurea algo que Matty, subido sobre la caja de herramientas, a punto de colgar una fotografía de la isla de los mapaches en la que los dos aparecen risueños, no alcanza a oír. Deja la fotografía sobre la moqueta y sigue a Alicia hasta la habitación más grande de la casa, donde han colocado la cama de matrimonio.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que no te gusta?

—Nada. Es que no sé dónde voy a trabajar, poner los libros. Igual en la habitación pequeña, ¿no?

—Ésa es para los invitados.

—¿Qué invitados?

—Ahora que tu madre está sola, vendrá a verte, ¿no crees?

—No sé, igual. Pero casi prefiero poner ahí un escritorio, alguna estantería. Podemos poner un futón también, por si viene.

—Todo no cabe.

—Pues el futón en el piso de abajo.

—¿En el sótano?

—No es un sótano, tiene ventanales y chimenea.

—¿Y no prefieres trabajar ahí?

—En invierno hará frío.

—Pues encendemos la chimenea. ¿No te imaginas? Tú ahí, con tus libros, tu mantita sobre las piernas, la chimenea encendida...

—Pues sí, igual está bien.

—Aunque para qué, si luego te vas a pasar el día en la universidad.

—Espero estar aquí los fines de semana y trabajar desde casa los días que no tengo clases.

—No lo has hecho nunca.

—Porque no tenía un sitio donde hacerlo.

—Ya.

—Matty, quiero un escritorio.

—Vale, compraremos un escritorio. Y plantaremos un árbol.

—¿Y qué árbol quieres plantar, amor?

—Un cornejo de flores rosadas.

Alicia pasa bastante tiempo en casa sus dos primeros años en Northville. No encuentra el escritorio que le gusta, todos son pesados, con cajones que no le dejan mover las piernas, así que acaba usando una gran mesa plegable donde va apilando libros, artículos, cuadernos. La sitúa frente al amplio ventanal del sótano desde el que observa, acompañada siempre de la mirada gatuna de Vargas y Llosa tumbadas sobre sus papeles en algún lugar de la mesa, pasar la vida del barrio. Casi a diario ve a los tres hermanos de la casa del final de la calle, unos adolescentes obesos y pelirrojos que si no son trillizos lo parecen. Cada dos por tres echan en su césped, pensando que Alicia no los ve, una bolsa vacía y arrugada de McDonald's. Los fines de semana sacan sus motos de monte trucadas y se alejan haciendo caballitos y un ruido infernal. Los vecinos de la casa de enfrente son más tranquilos. De los antiguos vecinos del barrio, le dicen el día que se presentan a la puerta de casa con un bizcocho. Alicia está sola y no sabe si invitarles a pasar o no hasta que se decanta por lo último. Parece que no se lo tienen en cuenta porque la dejan siempre jugar con su pastor alemán —London— que cada vez que ve a Alicia corre hacia ella y se le echa encima como si fuera una vieja amiga. Cuando lo ve paseando con el dueño o la dueña sale de casa con la excusa de coger el correo o de quitar unas malas hierbas o inspeccionar su

árbol —al que ha bautizado Montxo— con tal de jugar un rato con London. Sin embargo, cuando ve a La Húngara rondando alrededor de la casa, se esconde. Poco después de instalar en el sótano su lugar de trabajo, una mañana Alicia estaba leyendo reclinada en el sillón cuando de repente le sobresaltó una cara abrasada por el sol y arrugada como una pasa pegada a la cristalera de la puerta corredera. Pensó inmediatamente en la bruja de Hansel y Gretel, más cuando vio sus manos de dedos atrofiados haciendo un gesto enfático de saludo y acto seguido dando golpecitos en el cristal de la puerta. Alicia, todavía en pijama, abrió sin ganas y salió al patio en cuanto se dio cuenta de que la bruja hacía ademán de entrar en su casa. Se presentó como la vecina más vieja del barrio —¿en edad o en antigüedad?, pensó Alicia—, le dio la bienvenida sin bizcocho ni flan de gelatina ni galletas y comenzó una batería de preguntas a las que ella respondió secamente: de dónde sois, no, no, eso no, de dónde venís, de qué origen, de dónde es tu acento, ¿sí?, no lo parece, en qué trabajáis, ¿y no tenéis hijos? Después de esa última pregunta Alicia le dijo que lo sentía pero que estaba muy ocupada, a lo que la mujer respondió contándole todo eso que esperaba que Alicia le hubiera preguntado: soy húngara (o eso le pareció entender a Alicia), estoy viuda, tengo tres hijos pero no me quieren, me tienen aquí abandonada, yo llevo en el barrio toda la vida, ahora hay demasiada gente aquí, pero vosotros parecéis gente decente, no como esos del fondo, que no cuidan el césped porque vosotros ya he visto que hasta habéis plantado un árbol. Desde ese día, siempre que Alicia sale a por el correo o a jugar con London o a dar un paseo por las pocas áreas del barrio por las que se puede caminar, ahí aparece La Húngara con sus preguntas y su cháchara. Desde la ventana del sótano Alicia controla si está acechando o si los pelirrojos están haciendo alguna trastada, ve a London sentarse en el césped, esperándola para jugar. También ve acumularse la nieve durante los meses de invierno, crecer y florecer al pequeño Montxo en las primeras dos primaveras y veranos. Ahí se siente más protegida que en la oficina de la universidad, expuesta a otro tipo de incomodidades y escrutinios.

Su nueva oficina está en el edificio más feo del campus, un mastodonte de ladrillo construido en los años setenta en un alarde de modernidad que destruyó la estética del campus histórico, hasta entonces dominado por bellos

edificios de la piedra multicolor pizarrosa propia del área. Su oficina de escasos tres metros cuadrados, sin ventanas, está en un pasillo en el que a cada lado hay cuatro cubículos más como el suyo. Las paredes de delgado pladur apenas aíslan los ruidos de las oficinas vecinas, tampoco las conversaciones. Alicia se desespera cuando su vecina y compañera de departamento, Lisa, recibe estudiantes o habla por teléfono o se dedica a criticarla con otros miembros del departamento, sabiendo que ella la está oyendo. Lisa es una mujer de edad indefinible. Alicia calcula que tiene entre sesenta y muchos y setenta y pocos. Había conseguido su puesto en la universidad hacía cuarenta años, cuando a los profesores de humanidades no se les exigía más que completar un elevado número de horas docentes. Tal vez en aquel pasado remoto Lisa tuvo algún talento para la enseñanza y gracias a eso consiguió la plaza, pero ahora su única preocupación son los horarios de la piscina y el gimnasio de la universidad, en el que se pasa tres horas diarias intentando parar los estragos de la edad. En su afán por parecer más joven de lo que es, por crear complicidades con los estudiantes —sobre todo con los varones, con los que coquetea de las formas más burdas—, Lisa ha cultivado un estilo propio que no acaba de casar con su edad ni con su constitución. Es una mujer muy alta y delgada y tal vez por eso se ha acostumbrado a agacharse un poco al hablar y se le ha quedado un gesto torcido, una ligera curvatura en las cervicales superiores. Siempre viste minifaldas o pantalones muy ajustados, en invierno de cuero, en verano blancos y de colores pasteles, camisetas de licra sin sujetador que marcan sus pezones demasiado grandes para lo pequeño de sus pechos, zapatos o botas de tacón, pendientes dorados de aro, canas teñidas de rubio platino y melena rizada hasta los hombros que carda agresivamente para intentar disimular una leve alopecia. Lisa está tan delgada que Alicia ha llegado a pensar en un desorden alimenticio. Debido a la nula intimidad de sus oficinas, Alicia es testigo diario de su inestabilidad: discusiones absurdas por teléfono con la compañía del gas, reprimendas iracundas a estudiantes —sobre todo a chicas guapas—, y soliloquios incomprensibles que pueden durar varios minutos, seguidos por un estallido de música tecno o un bolero que acaba cantando a gritos. Los primeros meses Alicia siente pena por ella, una pena que se va convirtiendo en vergüenza ajena primero para pasar a un odio ligero, controlable. Le resulta patética su forma de vestir, vergonzosos sus coqueteos torpes con los colegas más jóvenes y los estudiantes, piensa que es incómoda,

pesada, irritante, que está trastornada, que a ver si se jubila pronto, pero no cree que sea peligrosa, más bien un parásito algo fastidioso que le impide trabajar como quisiera en su oficina. Pedro, un colombiano melancólico y cariñoso que entró en el departamento unos años después que Lisa, aconseja a Alicia que no le haga mucho caso, que no la provoque, que mejor trabaje en casa para alejarse del ambiente algo tóxico —no te preocupes, cosas de los años y del roce— del departamento. Ella, por supuesto, se preocupa y sigue su consejo: aguanta estoicamente los exabruptos de Lisa, se queda en casa los días que no tiene clases, participa tímidamente en las reuniones del departamento.

Después del segundo año Montxo no volvió a florecer. Pasó el tercer invierno y el cornejo se convirtió en un palito seco, sin ningún rastro de vida. Cuando vio brotes en los árboles del vecindario, cuando vio florecer en todo su esplendor al centenario magnolio tulipán del campus, Alicia comenzó a inspeccionar a Montxo a diario, buscando algún signo de renacimiento primaveral. A veces Matty la acompañaba en sus inspecciones, también preocupado ante la evidencia de que el arbolito no volvía a la vida. En mayo lo dieron por muerto pero no se atrevieron a arrancarlo ni a plantar otro. Ella, que tenía la mala costumbre de interpretar hasta la extenuación todo aquello que tuviera potencial simbólico en la realidad, pensó que la muerte de Montxo era una clara señal de que tenían que dar un cambio radical a su vida. Matty estaba de acuerdo. Difierieron, sin embargo, en cuál sería el nuevo camino a elegir.

—Quiero mudarme. Odio este barrio.

—¿Otra mudanza? ¿Una casa nueva?

—Si viviéramos más cerca de la civilización mejoraría nuestra calidad de vida, veríamos gente normal, podríamos ir caminando a nuestros trabajos, salir a tomar algo por las tardes... no sé, me siento vigilada en este barrio, es inhóspito, hostil, estéril.

—Tú, tan crítica con la sociedad de consumo, que si el capitalismo, que si la forma de vida americana, ¿y quieres comprar otra casa nueva?

—Sería más feliz viviendo en otro barrio, ¿tú no? A ti tampoco te gusta estar aquí.

Matty se tomó su tiempo para contestar y lo hizo despacio, enfatizando

cada palabra:

—Ya sabes lo que me haría feliz.

Alicia, sin embargo, no pensó su respuesta:

—Si no sabemos cuidar de un árbol, ¿cómo vamos a cuidar de un hijo? ¿Vas a cuidar tú de él, como cuidaste de Llosa cuando se puso enferma?

En cuanto pronunció las palabras supo que acababa de desatar una tempestad, que ella sería la mayor damnificada al abrir la compuerta del reproche. El lodo que cargaba la riada verbal de Matty la cubrió hasta asfixiarla: era una tarada, defectuosa de fábrica porque de otra manera no se entendía eso que decía de que nunca había sentido la necesidad de ser madre, qué mujer puede no sentir eso o, si no, era una egoísta por no querer cambiar su vida, esa vida en la que hacía lo que le daba la gana, a la que no quería renunciar para dedicar tiempo a un hijo o, si no, era una mentirosa porque le tenía a él engañado y el problema no es que no quisiera tener hijos sino que no quería tenerlos con él, que el problema era él pero no se atrevía a decírselo, o que si no, era una caprichosa como todas las hijas únicas porque seguramente cambiaría de opinión más adelante, se daría cuenta de que todo esto era una simple pose de mujer emancipada pero después cumpliría los cuarenta y entonces sí, ella querría tener hijos pero ya sería demasiado tarde, sería demasiado vieja y él, si seguía con ella porque algún día se le iban a hinchar los cojones y la iba a dejar, pero si seguía con ella tendría que pagar, como siempre, sus frustraciones y las consecuencias de sus caprichos, aunque bien mirado si su propia madre le había dicho, según ella porque igual era mentira y se lo había inventado, que no la veía preparada para ser madre igual lo cierto es que era, definitivamente, una tarada, una mujer incapacitada genética y emocionalmente para hacer eso que cualquier otra mujer que él había conocido en su vida quería hacer desesperadamente: ser madre.

La retahíla continuó hasta que Alicia dejó de entender lo que Matty estaba diciendo. Él, cuando se cansó, se marchó dando un portazo. Ella se fue a la habitación de invitados, ahora convertida en almacén, y se metió en su pequeño armario acurrucada entre cajas de libros sin desembalar. No se hablaron durante dos semanas. Alicia salía al jardín, visitaba el cadáver de Montxo, segura de que su relación con Matty seguiría el mismo camino, sobre todo cuando después de dos días del estallido, una noche en la que cenaban sin dirigirse ni la palabra ni la mirada, le sugirió hacer terapia de

pareja. Siguió comiendo y con la boca llena, sin levantar la cabeza del plato, le dijo que él no necesitaba terapia, que si creía que estaba loca, que fuera ella. Al día siguiente, mientras Matty estaba en el banco, Alicia arrancó lo que quedaba de Montxo y lo dejó al pie del césped para que se lo llevara el camión de la basura esa noche. Matty lo vio al llegar a casa del trabajo, lo recogió, limpió las raíces de tierra y metió el palito seco en el garaje. Entró en casa, la abrazó, la besó con ternura, ella le correspondió, agotada por la tristeza acumulada durante esas dos semanas.

Ese fin de semana Matty le propuso visitar una antigua casa que estaba en venta en el centro histórico. Pasaba por ahí todos los días para ir al banco y sabía que llevaba en el mercado varios meses, por lo que seguro que podrían negociar un buen precio. La casa necesitaba un poco de restauración, pero era grande, elegante, diáfana y tenía, en su pequeño huerto urbano, un anciano cornejo repleto de flores rosadas. Hicieron una oferta en la casa el mismo día y en menos de un mes estaban allí instalados.

RUTINA

Matty se levanta a la misma hora todos los días del año excepto durante sus dos semanas de vacaciones y los días festivos. Se prepara un café, da de comer a las gatas si Alicia no se ha levantado todavía, se ducha, se afeita escrupulosamente, se pone el traje, da un beso a Alicia tanto si está ya delante del ordenador como si sigue en la cama, coge el coche, conduce siete minutos y llega al banco entre las 8.48 y las 8.52, justo a tiempo para encender su ordenador y preparar el escritorio para el nuevo día laboral que comienza a las 9.00 y termina a las 17.30. Su oficina está pegada a la de Maia, la directora de la sucursal, y cerrada al público. Una placa con su nombre y título

MATTHEW NOVAK

Financial Analyst

le protege de ese trabajo de atención al público que jamás hubiera querido tener. En apenas un año se ha convertido en la mano derecha de Maia; de él depende, en buena medida, que las decisiones que tome la sucursal tengan éxito o no: promociones comerciales para captar nuevos clientes corporativos, creación de hipotecas para empresas, inversiones inmobiliarias. Matty es el que juega con los números, analiza las posibles áreas de crecimiento, identifica los errores pasados y los futuros riesgos, prepara los informes que su directora tiene que enviar a la central. Maia es una mujer de unos sesenta años con aspecto de matrona: rubia, rechoncha, con una melena rala cortada por debajo de las orejas y enfundada en lo que parece siempre el mismo traje sastre de falda azul marino y la misma blusa blanca. Es distante y al mismo tiempo amable con Matty y los otros empleados, siempre y cuando

nada se tuerza en el banco. Matty entendió qué tipo de jefa tenía poco después de entrar a trabajar para ella.

No recuerda el nombre de la empleada porque no duró ni una semana en el banco. La pusieron a prueba atendiendo a los clientes que hacen sus gestiones desde el coche a través del sistema automático de comunicación remota. Los dos primeros días la joven no tuvo mayor problema: atendía con amabilidad, controlaba el sistema simple de megafonía y llevaba a cabo las sencillas operaciones de los clientes: ingresar un cheque, cobrar otro, hacer una transferencia. Ese miércoles, sin embargo, era día de cobro, dentro había colas y esperas, fuera ella era la única disponible en el servicio de atención remota. Después de unos cuantos coches a los que atendió sin problema, llegó un cliente nonagenario que no conseguía estirarse lo suficiente para colocar la caja con sus papeles en el tubo que la conduciría, ayudada por el sistema neumático y la presión del aire, a la ventanilla donde esperaba impaciente la joven. El anciano sólo tenía que introducir la caja verticalmente para que se activara el mecanismo, pero el temblor y la falta de movilidad le hacían errar en cada intento. La joven, al ver la larga cola de coches que ya impedía entrar a otros vehículos al aparcamiento, le gritaba a través del micrófono, cada vez más nerviosa, le pedía que saliera del coche o que abandonara la fila, al mismo tiempo que los demás clientes, impacientes, le pitaban al anciano que, cada vez más nervioso, seguía intentando poner la caja en su sitio. A nadie se le ocurría salir de su coche o del banco para ayudarle. El alboroto llegó hasta el despacho de la directora, donde estaba reunida con Matty.

—¿Qué está pasando ahí fuera?

—No sé, ¿quiere que vaya a ver?

Maia se levantó y, sin contestar, salió del despacho rápidamente. Matty la siguió fuera de la sucursal a tres o cuatro pasos de distancia. Vio cómo se dirigía al coche del anciano, haciendo gestos a los demás conductores para que se tranquilizaran, tomaba la caja de sus manos temblorosas, la vaciaba, la colocaba con calma en el tubo y le pedía amablemente que moviera su coche hasta una plaza cercana. Después, Maia se acercó a la caja de comunicación y, a través del interfono, le dijo a la joven empleada que dejara el puesto inmediatamente y que la sustituyera Pam. Los coches empezaron a fluir. Según salían del aparcamiento algunos pitaban e insultaban al anciano, que

ya se dirigía arrastrando los pies y colgado del brazo de Maia, a la sucursal. Entraron juntos al edificio, Matty siempre siguiéndoles a una distancia prudencial. La empleada estaba parada con cara de circunstancia en el lobby. Se intentó dirigir a Maia, pero ésta le hizo el mismo gesto que le hubiera hecho a un perro —párate, siéntate— y siguió caminando con el anciano hacia su despacho, agarrándole y dándole palmaditas amorosas en la mano como si fuera su hija. Durante todo el día, de doce y media de la mañana a cinco y media de la tarde, Maia tuvo esperando a la empleada, que se levantaba como si estuviera en un cuartel cada vez que veía a la directora salir de su despacho. Cuando el banco cerró sus puertas, Maia se situó en el centro del lobby, hizo un gesto amable con la mano a la joven para que se pusiera a su lado, pidió a todos los empleados que hicieran un corro a su alrededor y, mirando al vacío, dijo con voz solemne: «estás despedida».

Ese viernes Matty fue por primera vez con algunos de sus compañeros del banco a tomar una cerveza. No podían parar de hablar del show que había montado la directora, algunos con admiración, otros con miedo, de la lenta tortura a la que había sometido a la empleada. Greg, el más veterano del banco y que conocía a Maia desde hacía veinte años, no abría la boca, por mucho que los compañeros le azuzaran para que diera su opinión, contara anécdotas. Greg ese día, como todos los viernes, se tomó su cerveza en silencio y se fue a su casa donde, decía siempre, le esperaba su segundo infierno.

Desde entonces Matty va todos los viernes con sus compañeros a tomar una cerveza. Se ha convertido en una rutina más, como ducharse por las mañanas o aparcar en el mismo lugar a la puerta del banco. Cada viernes van a El Tanque, Matty se toma dos o tres cervezas y cuando los más animados deciden que es hora de ir al karaoke de Joe's, él se retira. Alicia insiste en que se divierta, que no es necesario que vuelva tan temprano, que aproveche para hacer un poco de vida social, que ella puede quedar también con gente de la universidad. No se plantea invitarla, como tampoco quiere acompañarla cuando queda ella con esa tal Libby o ese tal Mike que al principio le causa alguna sospecha pero después descubre que es un tipo mayor y, por lo que ha visto en la página de la universidad, bastante feo. Matty sabe que a Alicia no le van a interesar sus colegas del banco, como tampoco le interesan a él.

Excepto Greg, con quien a veces tiene alguna conversación, los demás le aburren con sus bromas picantes en cuanto toman dos cervezas y empiezan a babear alrededor de Pam. Él prefiere hablar con Anne, la tímida, la que agradece cualquier muestra de atención, la que pasaría desapercibida en cualquier lugar donde hubiera más de dos mujeres. Aunque de ella también se cansa, incluso a veces llega a irritarle. Anne no tiene vida más allá del banco y sus anécdotas de niñez rural en el interior de Pensilvania. Así que prefiere ir pronto a casa, ver una película, follar cuando toca, despertar el sábado a la hora que sea, tirarse en el sofá a ver partidos, esperar a que Alicia saque la cabeza del ordenador para ir a hacer la compra. Así el sábado. Así el domingo.

LA HISTORIA DE ERIN

Alicia llevaba dos años en Northville cuando Erin entró en su vida. Impartía un seminario en inglés sobre literatura universal para estudiantes de primer año, donde leían desde Virginia Woolf a Nadine Gordimer pasando por Julio Cortázar o Gabriel García Márquez. Durante las primeras semanas Erin visitaba regularmente a Alicia durante sus horas de oficina. Por regulación del departamento tenía que estar disponible tres días a la semana durante una hora cada día. El año anterior había usado esas horas para preparar sus clases porque a ningún estudiante se le ocurría pasar a consulta, excepto cuando tenían algún examen o trabajo pendiente. Erin no faltaba a ninguna. Llamaba tímidamente a la puerta, asomaba su cabecita rubia de pelo corto y desgreñado, preguntaba —Profesora, ¿está ocupada?—, y antes de que Alicia respondiera, ya se colaba en la oficina y con un rápido movimiento se sentaba en la silla, empotrada en el pequeño espacio entre la puerta y el escritorio. Erin era una adolescente menuda —todavía no había cumplido los dieciocho años y parecía incluso más joven—, pero de complexión atlética. Alicia se había fijado en sus brazos, musculosos a pesar de la delgadez y en sus muñecas, donde llevaba tatuadas, en la parte interna, sendas mariposas de colores que parecían mover las alas al ritmo de la expresiva y enfática manera de hablar de Erin. Su corte de pelo, sus ropas amplias y sus Converse rojas le daban un toque andrógino y áspero. Era totalmente diferente al aspecto de la mayoría de las chicas de la universidad, con sus vestidos cursis de Ralph Lauren o Tommy Hilfiger, sus melenas perfectamente alisadas y sus bambas de colores pastel. Erin dejaba la puerta entornada mientras le preguntaba sobre algún aspecto de la lectura del día o le pedía que le explicara alguno de los profusos comentarios críticos que Alicia le escribía en los márgenes de los informes de lectura que entregaba para cada clase. Erin era una lectora

cuidadosa y analítica pero le faltaba mejorar su expresión escrita. Tendía a escribir con anacolutos y repeticiones y a valorar el texto con simples «me gusta», «yo pienso que». Alicia intuía su potencial y quería ayudarla a desarrollarlo, por eso al principio no le importó que fuera a cada hora de oficina. Para eso estoy, pensó. Lo que le hacía dudar sobre lo apropiado de su relación era que tras cinco o diez minutos de conversación académica, invariablemente, Erin bajaba la voz y pedía permiso para cerrar la puerta de la oficina, Alicia se lo concedía y comenzaba el momento de las confidencias.

A veces me cuesta concentrarme porque tomo bastantes ansiolíticos y antidepresivos. Es que soy un poco bipolar, anoréxica y ansiosa, pero sólo un poco, le dijo uno de los primeros días a Alicia, que no supo qué comentar, salvo que lo sentía y que si tenía algún problema para hacer los trabajos de clase lo hablara con ella. Alicia tenía entonces treinta años, con lo que la diferencia de edad entre ambas no era abismal y al principio, a pesar de cierta incomodidad, no rechazaba las confidencias de Erin. En Southville había vivido cinco años al margen, sobre todo desde que se mudó con Matty a las afueras y dejó de tener amistades en el departamento. Llegaba al campus, enseñaba sus cursos, se escondía en su zulo de la biblioteca, y, salvo las conversaciones con sus profesores, no tenía trato con nadie del entorno universitario. Cuando Alicia pensaba en esos años recientes sentía que había estado en una burbuja dentro de otra burbuja. Pero ahora quería vivir de forma diferente, sentirse parte de la universidad, establecer relaciones con colegas de otros departamentos, con los estudiantes. Por eso aceptaba las confidencias de Erin, por eso también desde el primer año pidió estar en comités, se apuntó a seminarios para profesores en otras disciplinas y asistía a todas las charlas de invitados externos que organizaban sus colegas. No lo tenía fácil. A pesar de sus intentos, pasaba desapercibida en el campus, tanto que algunos colegas de otros departamentos pensaban que era una estudiante de posgrado que andaba por ahí con alguna beca. Después de la primera recepción de bienvenida que el presidente de la universidad dio a los nuevos profesores al comenzar su primer semestre en Northville, Alicia entendió que había entrado en un nuevo terreno de juego. Ese día llegó a la casa del presidente puntual y nerviosa. Entró en el salón medio vacío. El presidente hablaba con un pequeño grupo de profesores —ninguna mujer— entre los

que había dos del departamento de literatura inglesa con los que había intercambiado alguna frase cordial durante la orientación. El presidente estrechó su mano, preguntó su nombre y departamento, hizo una mueca que Alicia quiso interpretar como sonrisa. El resto la saludó con esa amabilidad distante que Alicia relacionaba con ciertas actitudes de las clases pudientes, cuando mantienen la compostura ante alguien de clase inferior que invade su espacio porque señalarlo les haría quedar mal, pero que ponen cara de estar oliendo mierda. Intentó participar en la conversación ya iniciada —cada uno hablaba de lo imprescindible e importante que era su proyecto de investigación, de las publicaciones que ya tenían en excelentes revistas científicas, de lo magníficamente preparados que estaban para el puesto que ocupaban— pero sus comentarios caían en vacío, como si de repente hubiera retrocedido al día que llegó al aeropuerto de Southville y fuera incapaz de hacerse entender. De repente era consciente de su acento, de su sonrojo cada vez que una de sus frases quedaba sin contestar, de que, de nuevo, se iba a tener que ganar su espacio y que esta vez no iba a bastar su inteligencia, tendría que usar los codos. A pesar de la hostilidad fuera y dentro de su departamento, la incomodidad y la inseguridad, Alicia no se rendía y seguía cincelando un pequeño hueco en el que anclarse.

Ahora, cuando le asalta el recuerdo de Erin se da cuenta de lo centrada que estaba en sí misma y sus propios intereses, de lo impermeable que fue a las señales de peligro. Un día, durante la tercera semana de clase, Erin entró en su oficina sin pedir permiso, cerró la puerta y le contó sin interrumpirse una historia que debería haber hecho saltar sus alarmas. Erin vivía en una residencia de estudiantes, como todos los alumnos de primer año, obligados a vivir dentro del campus hasta que solicitaban entrada a una fraternidad o sororidad o, menos común, se iban a vivir a un piso. Erin le había hablado alguna vez de su compañera de cuarto, Lauren, una niña pija que le había confesado que iba a la universidad para encontrar un marido rico. Solía hablar con cierto desprecio de ella y sus amigas, por eso se sorprendió cuando le contó que la noche anterior Lauren le había convencido para que fuera con ella y otras chicas a una fiesta en la fraternidad más popular del campus. Erin había aceptado de mala gana, sobre todo al ver que todas sus compañeras lucían unos vestidos mínimos y zapatos de tacón de aguja sobre

los que tenían que hacer equilibrios para no romperse la crisma con las baldosas irregulares del campus histórico. Erin las siguió rezongando hasta la fraternidad, no porque tuviera dificultad al andar, le dijo señalando sus Converse rojas desgastadas, sino porque cada vez estaba más tentada a darse la vuelta y salir corriendo cuesta abajo. Antes de llegar a la puerta de la inmensa casa —una casa preciosa, interrumpió Alicia, de las primeras mansiones del campus— ya vieron que había una larga cola de chicas para entrar. Todas con tacones y vestidos cortos y ajustados. No había ni un solo varón esperando. En ese momento Erin se quiso ir, pero Lauren le rogó que se quedara, a pesar de que otra chica del grupo, una tal Kristin, dijo que por culpa de ella no las iban a dejar entrar. En pocos minutos se acercó un chico con una cinta de medir. Le acompañaba otro con un cuaderno. Se saltaron a unas cuantas jóvenes que estaban delante de Lauren y se acercaron a ella que, apuntó Erin, es la típica Barbie rubia, flaca y tetona. Le pidieron que pusiera los brazos en cruz. Lauren no entendió la orden y se quedó mirando a los dos chicos confundida. Ellos repitieron la orden y Lauren extendió los brazos. Le pidieron que sacara pecho, Lauren lo sacó. El chico pasó la cinta alrededor de sus tetas, rozándole con las manos, lo cual provocó una risita tonta en Lauren. El tipo dio el número del contorno —treinta y ocho pulgadas— y su amigo lo anotó en el cuaderno, mientras anunciaba pomposo un «aprobada» y señalaba a Lauren la puerta. Le tocó después el turno a la tal Kristin que, por tener poco pecho, fue expulsada de la cola. Erin estaba furiosa con los chicos, por supuesto, pero sobre todo con las chicas que se prestaron a esa humillación, incluida Lauren.

—¿Tú sabías que estas cosas pasaban en la universidad?, espetó a Alicia, que la había escuchado hasta el momento sin volver a interrumpirla.

—No, es terrible.

Era mentira. Alicia había oído rumores sobre comportamientos así y otros mucho peores.

—Me puse a gritar a mis compañeras para que nos fuéramos, para que no entráramos ahí ninguna, pero todas me miraron como si estuviera loca y me dijeron que si no me gustaba el ambiente, que me fuera. Así que me fui.

Erin siguió contando a Alicia situaciones similares. Parecía que sus dificultades de adaptación en el campus crecían y, con ello, su aspecto se

deterioraba. Estaba cada vez más delgada, más demacrada. Alicia le sugirió que fuera al centro de estudiantes y se informara sobre asociaciones alternativas.

—No tienes que salir siempre con esas chicas, Erin. Hay asociaciones interesantes, algunos estudiantes internacionales, igual estás más cómoda con gente así, que estén aquí por otros motivos, que no piensen continuamente en fiestas.

Erin no respondía bien a las sugerencias de Alicia. O, más bien, no respondía. Se encogía de hombros y se instalaba entre ellas un silencio extraño, que Alicia no sabía interpretar. Le empezó a irritar su actitud negativa, su desinterés frente a sus consejos. ¿Para qué viene?, se preguntaba, si no hace ni caso de lo que le digo.

Avanzaba el semestre y Alicia estaba cada vez más cansada y cargada de trabajo. Quería participar tanto en la vida universitaria que sin darse cuenta se había sepultado en cuestiones burocráticas que le quitaban demasiado tiempo. Ese miércoles después de clase, cuando Erin entró en su oficina sin llamar a la puerta, soltando la mochila antes de sentarse y resoplando como hacía siempre últimamente, Alicia estalló:

—Perdona, Erin, pero si no tienes una consulta sobre algo de clase no te puedo atender, tengo demasiado trabajo.

Durante unos segundos que a Alicia se le hicieron eternos, Erin fijó en ella una mirada vidriosa e inexpresiva, se levantó despacio, cogió la mochila y salió de la oficina sin despedirse ni cerrar la puerta. Después de ese día no volvió a visitarla en privado. En sus clases se mostraba esquiva, de ser una estudiante participativa y entusiasta pasó a llevar mal preparadas las lecturas, incluso a no hacerlas. También su estilo comenzó a cambiar, a parecerse cada vez más al uniforme de las chicas del campus.

Habían pasado cinco semanas desde aquel día en que Erin estuvo por última vez en su oficina. Esa noche Alicia salía de una reunión larguísima de la facultad en la que había habido una batalla campal respecto al número de créditos que se podían convalidar a los estudiantes avanzados de un instituto local, una de esas reuniones que a Alicia le hacían dudar sobre el principio de realidad de la universidad y de sus propios compañeros. Ella, junto con un profesor del departamento de literatura inglesa y otro de historia, estaban

intentando que les aprobaran un programa de intervención educativa en el barrio adyacente a la universidad, uno de los más pobres de la región debido a la creciente migración dominicana y centroamericana. Su primera propuesta —colaborar con clases de inglés en un centro de ayuda a personas sin papeles en el corazón del barrio— fue rechazada en cinco minutos por casi todos los miembros de la facultad: la universidad no podía involucrarse en algo así, no había fondos, eso era una iniciativa personal, qué se ganaba, etc., etc. Y después, dos horas y media discutiendo sobre convalidaciones. Alicia salía de la facultad enrabiada y nerviosa, decepcionada, cuando se cruzó con un grupo de chicas que iba hablando a gritos alargando las vocales de cada palabra con ese tono nasal que se había puesto de moda entre las jóvenes de la universidad. Eran siete y tenían todas el mismo aspecto: muy maquilladas, con las melenas alisadas, tacones de aguja, vestidos negros cortos y ajustados. Era ya mediados de noviembre y, a pesar del frío cortante, ninguna de ellas llevaba abrigo. A Alicia le costó reconocerla, pero una era Erin. Se distinguía un poco de las demás porque llevaba el pelo más corto y recogido con una diadema, pero también iba muy maquillada y, como sus compañeras, llevaba un vestido ajustado y zapatos de tacón.

Sus miradas se cruzaron por un momento y justo cuando Alicia iba a hacer el gesto de saludarla, Erin giró bruscamente la cabeza. Alicia se paró y se dio la vuelta descaradamente, ofendida por el desplante. Vio entonces su cuerpo consumido: las piernas enfundadas en unas finas medias de cristal tendrían el diámetro de un brazo suyo, el vestido ajustado marcaba las estrechas caderas, costillas, incluso las vértebras de su espina dorsal, ahora algo encorvada. Alicia se propuso hablar con Erin después del fin de semana, pero nunca más la volvió a ver. Desapareció. Cuando la semana siguiente Erin faltó a todas sus clases, Alicia le escribió un correo electrónico recordándole que la política de la universidad la obligaba a reportar a los estudiantes que faltaban más de tres días a clase. No quería, pero si no presentaba una excusa justificada, se vería obligada a reportarla. Erin no respondió, así que Alicia hizo el trámite. Al día siguiente le llegó a su buzón del departamento una notificación del decanato de estudiantes. Erin había solicitado una excedencia indefinida. Alicia llamó inmediatamente y preguntó los motivos pero le dijeron que eran confidenciales. Recordó

entonces sus piernas esqueléticas, sus vértebras marcadas, su mutismo en clase. Volvió a escribir a Erin preguntándole, disculpándose, ofreciendo ayuda. Nada más enviar el correo recibió respuesta. Por un momento pensó que su alumna estaba ahí, al otro lado, desesperada por recibir su ayuda, pero sólo era una respuesta automática. El texto decía: «He dejado la universidad de momento. Si no te he dado mi correo personal es porque no me interesa que me escribas».

Alicia no volvió a saber de Erin hasta años después, justo en el momento en el que la débil estructura sobre la que había edificado su vida se estaba desmoronando. Estuvo a punto de eliminar su mensaje, ya que no reconoció al usuario northville2003@yahoo.com, pero sí el nombre en el asunto: Erin Thrall. Era una larga carta que no iba dirigida a ella, sino a un genérico «todos» incluidos en copia oculta, con lo que supuso que se la envió a varias personas de la universidad. En ella no contaba nada de su vida posterior a su breve tránsito por Northville, sólo lo que allí le pasó, o lo que ella cree que le pasó:

A finales del semestre de otoño de 2003, es decir, durante mi primer y único año en su universidad, fui a una fiesta en la fraternidad $\Delta\Psi\Omega$ con unas amigas. Había música, varios barriles de cerveza, infinidad de botellas de distintos licores, marihuana y decían —eso no lo comprobé— que en uno de los cuartos se podía acceder a otras sustancias más duras previo pago que para las chicas no tenía por qué ser en efectivo. No recuerdo bien cómo empezó todo. En realidad, no recuerdo buena parte de la noche. Sé que estaba bailando con dos amigas y que, después de un rato, vinieron tres chicos y me rodearon y empezaron a bailar muy pegados a mí. Después tomamos varios chupitos de tequila y jarras de cerveza. Bebí mucho y muy seguido con esos tres chicos cuyos nombres no consigo recordar. No se separaban de mí y yo lo estaba pasando muy bien, hasta que de repente, de repente... vacío total. Desperté a la mañana siguiente en una de las habitaciones de la fraternidad, con el vestido enrollado en la cintura, sin tanga ni sujetador, mareada y confusa, con mucho dolor de cabeza. Nada más levantarme de la cama sentí ganas de vomitar, recogí los zapatos —la ropa interior no la encontré—, salí al pasillo y

vi la puerta de un baño abierta. Vomité en el baño con una arcada terrible que se debió oír en toda la casa. Me senté en la taza del baño, oriné y me di cuenta de que estaba sangrando y que me dolía el interior de la vagina, los ovarios, todo el abdomen. Poco a poco me empecé a dar cuenta de lo que me había pasado, o tal vez no, sólo me di cuenta mucho después, cuando empecé a verbalizar esa noche. En el momento reaccionaba según el dolor que se iba despertando en otras partes del cuerpo, como en el pecho derecho, donde vi las marcas de un mordisco. Acabé de vestirme y salí corriendo del baño, bajé las escaleras y en el vestíbulo me encontré con un chico —ninguno de los de la noche anterior— que me preguntó si me lo había pasado bien y que volviera cuando quisiera. Salí corriendo de la casa. No me atreví a contárselo a nadie. Sentía vergüenza y la seguridad de que nadie me iba a creer. Llevaba un tiempo yendo a fiestas en las que bebía mucho y me acostaba con diferentes chicos. Pocos días después me fui a casa de mis padres y debido a problemas psicológicos anteriores les dije que había tenido una recaída y que no podía volver a la universidad. Era obvio. No pesaba más de cuarenta y cinco kilos. Retomé mi tratamiento habitual, estuve ingresada un tiempo en una clínica que se especializaba en trastornos alimenticios y un día durante la terapia salió este evento. La psicóloga me instó a denunciar, pero yo consideré que era demasiado tarde y que nadie me creería, incluidos mis padres, que pensarían que, como siempre, quería llamar la atención. Así que ahí quedó todo. Pero ahora, después de los años y de haber trabajado mucho con diferentes terapias, quería contárselo para que ustedes sean conscientes de lo que ocurre en su campus, la desprotección de muchas mujeres jóvenes y vulnerables que jamás imaginarían que en un lugar tan precioso, repleto de mentes privilegiadas y profesores brillantes, de estudiantes de buenas familias, se puedan permitir semejantes horrores. En sus manos está el futuro de la siguiente generación y ustedes son cómplices de su ruina.

Alicia leyó el mensaje varias veces y recordó todas esas señales que no supo o no quiso ver. Se preguntó quién más lo habría recibido. Seguramente lo habría enviado al decanato. Dejó pasar unos días, esperando que alguien lo comentara en una reunión o en algún corrillo, o que se corriera el rumor. Pero

no pasó nada. No ha pasado nada. Alicia archivó el mensaje en alguna carpeta de su correo electrónico y ahí se quedará, enterrado.

EL CORTACÉSPED Y EL ALZHEÍMER

Alicia piensa que a su padre le hubiera gustado su casa: el hall de suelos de mármol, la amplia escalera interior, los suelos de roble. Posiblemente no se creería que su hija había acabado sucumbiendo a la belleza y la comodidad de una buena casa burguesa de principios del siglo XX. También le gustarían las herramientas de Matty. Algunas parecían piezas de museo, como el cepillo enorme de madera que compró a un anciano amish en la feria artesanal que se hacía cada agosto en Northville, otras eran modernas y ligeras, como la sierra con láser para cortar baldosas que consiguió en la subasta de los sábados.

Greg llevaba tiempo hablándole de esa subasta especializada en utilería de construcción: desde martillos y cinceles hasta planchas de pizarra para los tejados o lijadoras de suelo industriales. Como la casa anterior era nueva y apenas tenía espacio de almacén, Matty había postergado acompañar a su amigo, pero ahora tenía un garaje de dos plazas, un sótano de setenta metros cuadrados y una casa antigua llena de chapuzas pendientes. Cada sábado quedaba con Greg a las diez de la mañana y volvía a media tarde excitado por las cervezas que había consumido durante el día y siempre con un juguete nuevo, un cachivache que enseñaba a Alicia con emoción, explicándole sus usos y contándole minuciosamente cómo había pujado por él en la subasta, al final llevándose por mucho menos, seguro que mucho menos, de lo que realmente costaba, lo cual comprobaba inmediatamente en internet. El nuevo trebejo se sumaba a los que ya había en el garaje y cuando éste se llenó comenzaron a acumularse en el sótano que, a diferencia del de la casa anterior, era un sótano de verdad, con paredes de piedra y arenilla, humedad, ratones y extraños ruidos y sombras que a Alicia le causaban pavor. Ella aprovechaba los sábados para limpiar la casa, ir al supermercado, cocinar para toda la semana, llamar a su madre, a veces a Garbiñe y, si le quedaba

tiempo, trabajaba en la oficina algo precaria que había instalado en el segundo piso, con su mesa plegable y unas estanterías que esperaban a ser barnizadas. Las cajas de libros se acumulaban contra la pared, todavía sin desembalar. Algunas llevaban cerradas cuatro años, desde la mudanza de Southville.

Uno de esos sábados de subasta Alicia estaba hablando por Skype con su madre cuando sonó el teléfono de casa. Lo dejó sonar una, dos veces.

—Hija, ¿no vas a coger?

A la tercera se levantó a comprobar el número de la llamada, suspiró con fastidio, regresó a sentarse con el teléfono en la mano.

—Chicago, ama. Paso.

—Coge si quieres.

—No, que le llame al móvil. Qué pesada.

Siguieron hablando, pero el teléfono las interrumpía constantemente. Al final Alicia, enfadada, contestó.

—Ali, ¿dónde está mi hijo? No localizo a mi hijo.

—Pues se ha llevado el móvil. Está en la subasta y no querrá cogerte.

—Es que es urgente.

—¿Qué pasa?

—Que nos han dado los resultados de lo de la cabeza.

—Hoy es sábado.

—Sí, nos los dieron ayer.

Alicia resopló.

—No llegamos a casa hasta tarde y no pude avisaros.

—¿Y bien?

—Que tiene alzhéimer, dicen.

—Ya lo siento... Bueno, cuando llegue Matty le digo que te llame.

—¿Vendréis a vernos?

—No sé. Yo no creo que pueda, pero Matty seguro que sí. Te tengo que dejar, que estaba hablando con mi madre.

—Ay sí, claro, tu madre. ¿Qué tal está?

—Muy bien, gracias. Te dejo, luego te llama Matty.

Alicia colgó y miró a su madre, que la contemplaba al otro lado de la pantalla interrogante. Sólo había entendido la mirada enojada y los gestos de impaciencia de su hija. Alicia le tradujo la conversación.

—Pues qué antipática has estado con ella. Son noticias terribles.

—Ya lo sé, ama, pero estoy hasta las narices. No los soporto.

—Pues menos mal que no los ves nunca.

—Cada vez que llama a Matty se me revuelve todo. No sé qué coño le dice, pero al final la acaba pagando conmigo. No quiero saber nada de ninguno de ellos.

—¿Y no vas a ir? Hace dos años que no le acompañas, ahora igual sí...

—Tampoco viene él a casa, ¿verdad? Es mejor así, ama. Si voy le acabo amargando la visita. Lo malo es que ahora si yo no voy él tampoco quiere ir. En el fondo odia al padre tanto como yo, pero no se atreve a decirlo.

—A ver cómo le das las noticias, ten un poco de tacto que al fin y al cabo es su padre.

—Cada vez que pienso que aita está muerto y este hijo de puta...

—No digas eso, Alicia. Es horrible.

—Y ahora alzhéimer. No sé si alegrarme o preocuparme.

Tere mira a su hija y piensa que no sabe cuándo su niña se ha vuelto tan dura. Incluso a través de la pantalla siente su agresividad. Se despiden sin ganas, sobre todo Alicia que rumia las mil maneras en que las noticias van a afectarla, para mal.

Dos horas después vuelve Matty, más tarde de lo que acostumbra. Llega algo achispado, como todos los sábados, pero con las manos vacías. Alicia lo está esperando en la cocina, brazos en jarras. Entra, la saluda con un beso en la mejilla. No nota su nerviosismo ni su malestar. Olfatea el aire.

—¿No has cocinado nada hoy?

—¿Para qué te llevas el teléfono si no lo coges?

—Joder, me he quedado sin batería.

—Tu madre te lleva llamando todo el día.

—¿Por?

—Por tu padre. Las pruebas.

—¿Lo del alzhéimer? Ya, me lo ha contado Pete. Me ha llamado a

primera hora. Después me he quedado sin batería. Vaya día de mierda. Primero lo de padre y después Greg. El muy cabrón, me ha quitado un cortacésped cojonudo. Ésta no se la perdono.

CALZONCILLOS SUCIOS

Matty coloca la pequeña maleta de viaje encima de su cama. Saca del armario el jersey rojo de lana que le regaló su madre las Navidades pasadas y aún no ha estrenado, unos pantalones de pana azul marino, revuelve en el cajón de la ropa interior y sólo encuentra un par de calzoncillos limpios. Entra en su baño, enreda en el montón de ropa sucia acumulada en una esquina y saca de él unos calzoncillos y un par de calcetines. Los hace una bola y los mete en una esquina de la maleta. Sale de la habitación, cruza el descansillo, entra en la habitación de Alicia, pasa al baño. No hay ropa en el suelo ni dentro del cubo de la ropa sucia. La lavadora está vacía. Hija puta, masculla, ya ni me pregunta si quiero hacer colada. Vuelve a su habitación y acaba de hacer la maleta añadiendo un par de camisetas interiores y una camisa de franela a cuadros. Baja a la cocina preparado para salir, coge su mochila. En el centro de la mesa sigue estando el libro de Alicia. Lleva ahí dos semanas, desde que le llegaron los ejemplares. Matty se acerca, lo abre, lee la dedicatoria que habla de amor y de años compartidos, lo mantiene unos segundos en las manos, lo cierra de golpe y lo vuelve a dejar donde estaba. Oye el claxon de un coche. Sale por la puerta lateral, echa la llave y se dirige al todoterreno color champán que le espera enfrente de casa.

—¿Preparado?

—Qué remedio.

—Venga, igual disfrutas. Hace mucho que no les visitas.

—Mi padre, tío, no sé cómo me lo voy a encontrar.

Greg cabecea serio mientras comienza a conducir.

—Los últimos años del mío fueron así. No es agradable.

Guardan silencio hasta que salen a la arteria principal del pueblo que lleva

a la autopista. Greg busca canales de radio y encuentra el de NPR. El locutor habla de la campaña del candidato demócrata Barack Obama y el *crowdfunding*. Greg cambia de canal, encuentra uno de bluegrass y lo deja ahí.

—Gracias por llevarme al aeropuerto.

—No tengo nada mejor que hacer. Era esto o el *happy hour*. O peor, pasar la tarde con Emily.

—No te quejes, tío, con lo que te cuida.

—Dirás con lo que me controla.

—Porque te quiere. A ti seguro que te acompañaba cuando tenías que ver a tus padres.

—A mi padre. Mi madre murió joven. Pero sí, íbamos siempre juntos a la residencia con la cría. Mi pobre padre se ponía loco de contento al verla y quería jugar con ella como si fuera su muñeca o algo así. Pero la niña se asustaba. Imagínate, todo lleno de viejos dementes, algunos gritando, otros hablando solos y mi padre ahí, como un niño arrugado, intentando abrazarla, tirándole del pelo sin querer, con esa fuerza torpe que el pobre no podía controlar. Cuando la niña se ponía a llorar y se la quitábamos, reaccionaba muy mal. Hasta que en la residencia nos dijeron que no la trajéramos más. Como no teníamos con quién dejarla algunas veces iba yo solo, pero Emily siempre que podía me acompañaba.

Greg vuelve a cambiar la sintonía de la radio. Otra vez NPR. Hablan de la liga universitaria de fútbol. Los dos escuchan un rato en silencio.

—¿Cómo está Alicia?

—Bien, con sus cosas, con demasiado trabajo como para acompañarme.

—Ya.

—Lo de siempre, metida en sus libros.

—...

—No te deberías quejar de Emily.

Matty llama al timbre como cuando era un niño y llegaba corriendo del colegio: dos toques cortos y uno más largo. Pasan unos segundos. Nadie contesta. Baja las cuatro escaleras que separan el portal de la calle, se agacha para comprobar que en el bajo de sus padres hay luz, vuelve a subir las

escaleras y a llamar de la misma manera. Después de unos cuantos segundos, escucha la voz rasposa de su madre.

—¿No tienes llaves o qué?

No espera a que Matty conteste y abre la puerta. Matty baja las escaleras interiores, su madre le espera con la puerta entornada.

—Venga, hijo, que hay corriente.

—Hola, madre.

—Pasa, anda, ya me besarás luego.

Matty cierra la puerta y sigue a la madre, que ya se adentra rápida en el pasillo que lleva al fondo de la casa, a la cocina. Reconoce el olor de siempre: una mezcla de col, grasa de cerdo y polvo que para él era indescifrable hasta que Alicia se lo identificó.

—Qué poca maleta traes, hijo.

—Son sólo dos días. ¿Dónde está padre?

—Dónde quieres que esté, en la cama.

—¿Cómo está?

—No se entera de nada. Me vuelve loca. Eso sí, quiere seguir mandando y haciendo lo que le da la gana. No sé qué voy a hacer con él.

Matty se ha quedado de pie contemplando a su madre. Lleva una bata de franela vieja, el pelo sucio, se nota que no se lo ha teñido en mucho tiempo, la cocina está desordenada, las encimeras repletas de papeles, envases de plástico a medio lavar, pedazos de tela, un zapato viejo, los cacharros se apilan en el fregadero.

—¿Qué haces ahí pasmado? Quítate el abrigo y siéntate, que te he preparado la cena.

Matty obedece, se sienta a la mesa, siente el hule pegajoso, juguetea con un par de migas.

—Ahora vengo, madre, voy a lavarme las manos.

Se levanta y se dirige al baño del pasillo. Se asoma a la pequeña ducha y ve el moho en las baldosas. El lavabo tiene algún resto de comida. La dentadura postiza del padre reposa en un vaso sin agua. Se lava las manos y se las seca con una pequeña toalla que huele a humedad. Vuelve a la cocina.

—Madre, ¿tú cómo estás?

—No sé, hijo, no tengo tiempo de pensarlo. Ando todo el día detrás de tu

padre.

Pone una olla en medio de la mesa.

—Te he hecho la sopa italiana esa.

—¿Minestrone?

—Eso.

—Gracias, madre.

Matty se sirve un par de cazos, coge un pedazo de pan.

—¿Tú has cenado ya?

—Sí, hace rato.

—¿Te has pensado lo que te dije?

—¿El qué?

—Contratar a alguien para que venga a casa y te ayude. Lo hablé con Adam y Pete. Lo pagaríamos entre los tres.

—No voy a meter a nadie de fuera en mi casa.

—Madre, aunque sea para limpiar.

—Me arreglo perfectamente.

—Yo creo que no.

La madre se levanta de la mesa y se pone a fregar los cacharros.

—Madre, siéntate conmigo.

—Ahora voy.

Matty acaba de cenar. Ella sigue cacharreando.

—Vete a dormir si quieres, que estarás cansado. Tienes la cama hecha. Hay por ahí algunas cosas de tu padre.

Matty le da un beso de buenas noches, se dirige a la entrada a coger la maleta y la mochila. Ha irrumpido tan rápido en casa que ni siquiera se ha detenido ante la habitación de sus padres. Lo hace ahora, empuja un poco la puerta entornada y distingue el bulto de su padre en la cama. Parece estar encogido en posición fetal. Lo oye respirar y lanzar unos suaves gemidos como de animal recién nacido. Vuelve a entornar la puerta, coge la maleta y la mochila y se encierra en su habitación. Está llena de cachivaches viejos: una caja de herramientas llena de óxido, bolsas de ropa que despiden olor a humedad, una banqueta a la que le falta una pata, el televisor de su infancia. Se sienta en la cama, coge el teléfono, ve que tiene un SMS de Alicia: ¿has llegado bien, amor? Lo apaga. Saca la ropa de la maleta, abre el armario pero

está lleno. La deja encima de la cama. Saca los calzoncillos sucios, los calcetines. Sale de la habitación.

—Madre, ¿vas a poner mañana la lavadora?

—No sé, ¿por?

—Para que metas esto, para ponérmelo el domingo.

La madre coge la pequeña bola que le entrega su hijo, niega con la cabeza, tarda unos segundos en dejar la ropa en el mostrador. Sin darse la vuelta, le dice:

—Estás desperdiciando tu vida, Matthew.

Matty no consigue conciliar el sueño. Le molesta el olor a humedad que despiden las bolsas, la cama es demasiado pequeña, la calefacción está demasiado alta, oye a su madre trastear en la cocina. Cuando está a punto de dormirse un aullido le sobresalta. Sale al pasillo, escucha otro aullido que viene de la habitación de sus padres, se acerca corriendo y se encuentra a la madre en camión intentando tumbar al padre.

—No te quedes ahí, ayúdame, que éste ya se quiere ir de paseo.

Matty apoya una mano en el hombro huesudo del padre, con la otra apresa casi por completo su antebrazo. Entre los dos consiguen que se tumbe. Entonces ve la cara de espanto de su padre: sus ojos desorbitados, la mandíbula desencajada, las mejillas hundidas, los pómulos marcados.

—¿Quieres que me quede?

—No, si me lo hace todas las noches. Ahora se queda tranquilo otra vez.

—Pero ¿está bien? Los gritos...

—Cualquier día lo amarro a la cama.

El fin de semana transcurre lento, sin sobresaltos. Una vez comprobada la devastación del padre, todo lo demás —la incontinencia, el hedor, los soliloquios violentos frente a la televisión, la impaciencia de la madre— son sólo añadidos. Una visita rápida de Pete, otra de Adam aligeran un poco la tarde del sábado. De vez en cuando le entra un mensaje de Alicia, una llamada. No responde hasta justo antes de embarcar en el avión para volver a casa: No, no hace falta. Viene a buscarme Greg.

EL SOFÁ ROJO

Un sofá rojo entre dos estanterías azul cobalto, el suelo de anchas planchas de pino recién lijadas y barnizadas sin una alfombra que las cubra. El escritorio grande pero ligero, con patas finas y sin cajones a los lados. La silla ergonómica, naranja. Las paredes, amarillas. Los grabados que Alicia compró en su primer viaje a Chile, el cuadro que Libby le regaló antes de irse para siempre de la universidad. Ventanales amplios por los que entra la luz de la mañana y de la tarde.

Alicia se sienta en el sofá, contempla sus dominios. Atrás queda su oficina anterior, el callejón sin salida del departamento, Lisa. El mismo día que Alicia anunció que había aceptado un cargo administrativo que la tendría alejada del departamento al menos tres años, a Lisa le dio una embolia cerebral que la dejó totalmente paralizada. Alicia no se alegró, pero sí se le pasó por la cabeza que la embolia llegaba demasiado tarde.

Así que Alicia, lejos del departamento que había aprendido a despreciar meticulosamente, se recrea en sus estanterías rebosantes de libros, por fin fuera de sus cajas; algunos, muy pocos, la han acompañado desde que se fue de casa de sus padres: *El camino*, *Cien años de soledad*, *Entre visillos*, *Pedro Páramo*, *Tirano Banderas*, los cuentos completos de Pardo Bazán en una antigua edición de papel biblia. Es una selección peculiar cuya lógica Alicia no recuerda, por qué éstos y no otros. En la estantería dedicada al ensayo ha colocado un ejemplar de su primer libro sólo por la satisfacción de verse ahí: entre Mijaíl Bajtín y Walter Benjamin.

Está abstraída y no se da cuenta de que Mike está en la puerta.

—Pareces una reina. A partir de ahora te llamaré la Reina de las Humanidades.

A Alicia siempre le alegra ver a Mike. Desde que llegó a la universidad

había sido su mentor extraoficial. Se conocieron durante la semana de orientación, en la que Mike se encargaba de explicar a los nuevos profesores el sistema de promoción y todos los requisitos exigidos para conseguir una titularidad. Él era entonces vicedecano, aunque por su honestidad y falta de ambición política no duró en el puesto. Desde el principio le aconsejó que buscara otras formas de estar en la universidad, fuera del departamento, lejos de Lisa y los suyos.

Mike tenía un sentido del humor que se había mantenido ajeno a las exigencias de lo políticamente correcto. A ningún otro compañero de Alicia se le ocurriría llamarla reina, y Alicia no se lo permitiría a otro que no fuera Mike.

—Qué dices reina, no seas ganso, ven, siéntate conmigo.

Mike entra y se sienta en el sofá, junto a ella pero respetando como siempre la distancia, sin llegar nunca al contacto físico.

—Ha quedado bonita, ¿verdad?

—Preciosa. Antes parecía una madriguera. Menos mal que cambiaste el sofá.

—Y la alfombra. ¿De qué serían todas esas manchas?

—Mejor no saberlo. Le has dado un buen repaso al edificio. ¿Has decidido qué vas a hacer con todo eso del sótano?

—Ni idea.

—Sylvia me dice que hay maniquís.

—Sí, y miembros cercenados de porcelana, pelucas, docenas de cajas de huevos. ¿Para qué querría todo eso?

—¿Y el alambique?

—Desapareció anoche. Alguien entró y se lo llevó.

—¿Vas a cambiar la llave?

—Sí, hoy viene el cerrajero.

Mike se da un par de cachetes en los muslos y se levanta.

—Avísame si te puedo ayudar con algo.

—Ya has hecho mucho, Mike. ¿Un vinito luego?

—O dos, mi reina. Esto hay que celebrarlo. Aviso a David y Seth. Llama a tu marido si quieres demostrar su existencia.

Mike siempre hacía la misma broma. En esos cinco años Alicia siempre

había ido sola a todos los encuentros sociales a los que Mike o algún otro compañero de la universidad la habían invitado. A Alicia ya no le hace tanta gracia, pero sonríe al contestar.

—Lo haré.

Mike sale de la oficina y entorna la puerta. Alicia piensa en bajar al sótano, pero antes de ponerse de pie ya está Sylvia entrando en la oficina con una caja llena de archivadores y papeles.

—He llamado a mantenimiento. Hoy vienen a por toda esa basura de la cueva y a cambiar la cerradura.

—Gracias.

Sylvia apoya la caja en la mesa y se sienta al lado de Alicia en el sofá, más cerca de lo que había hecho Mike.

—Siento que te tengas que ocupar de tantas cosas absurdas, de verdad. Lo intenté mil veces con Garreth, pero ya sabes cómo es, dejaba entrar aquí a los estudiantes y hacían lo que les daba la gana, no sólo ellos, él también. ¿Le vas a dar una llave?

—Sí, claro, no lo puedo echar del edificio así.

—Ésta ya no es su oficina ni su departamento ni su cargo.

—Sí, mujer, pero puede usar la oficina esa que está vacía, no sé, me da pena.

—Tú verás. Yo no lo haría.

Sylvia señala la caja de papeles encima del escritorio.

—Eso es para que lo revises cuando puedas. Más bien cuanto antes. Se quedó sin hacer, una subvención para el proyecto de humanidades digitales.

—Qué rollo, por dios.

Sylvia se encoge de hombros y sale de la oficina.

—Ah, te está esperando una estudiante abajo. Es una de las de Garreth.

—Dile que suba.

Alicia se levanta del sofá y se sienta en la silla, detrás del escritorio. Oye pasos rápidos subiendo la escalera y poco después se asoma una cabecita negra.

—Hola, profesora, ¿puedo pasar?

—Sí, claro. Siéntate.

La joven entra, se detiene unos segundos a contemplar la oficina, mira el

sofá como si estuviera buscando algo en él, se sienta. Su piel blanca y su cabellera negra destacan contra el rojo del sofá. Sonríe mucho, con una sonrisa de dientes perfectos.

—Qué cambio tan grande, la oficina digo. Soy Carla.

—Encantada, Carla, ¿cómo puedo ayudarte?

—Sólo venía a darle la bienvenida y decirle que me verá mucho por aquí. Me gusta participar en los seminarios y voy a todas las charlas que se organizan y me gusta mucho conocer a los invitados y el profesor Dolan me invitaba a las cenas y, anda, tiene el *Segundo sexo* en español y en inglés. Qué pasada, ¿ha leído las dos versiones, cambia mucho? Me encanta Simone, también como novelista, me he leído todas sus obras, es mucho mejor que Sartre, ¿no cree?

—Sí, no sé si mejor, pero a mí me interesa más.

Alicia quiere acabar pronto la conversación, procura evitar a estudiantes como Carla. Cuando llegó a la universidad se emocionaba con jóvenes tan inteligentes y leídas, excepcionales en una universidad en la que la mayoría eran estudiantes que llegaban a conseguir un título que les permitiera continuar la tradición familiar de abogados o empresarios, que no habían conseguido entrar en Harvard, en Columbia o en Yale y tenían que conformarse con un lugar inferior en el escalafón. Encontrar una estudiante con cierta avidez intelectual no era fácil. Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que en muchos casos estos estudiantes se creían más especiales de lo que realmente eran. A nada que se les prestaba atención se crecían, adoptaban una actitud displicente hacia el resto de sus compañeros, incluso hacia los profesores cuando en realidad en cualquier universidad más competitiva no hubieran sobresalido. En esa actitud prepotente eran iguales que los otros estudiantes, chicos ricos que pensaban que los profesores estaban ahí a su servicio porque eran ellos los que pagaban sus sueldos, que tenían que dedicarles el tiempo que hiciera falta, atender a sus comentarios y explicaciones delirantes en materias de las que todavía apenas sabían nada. Alicia no tiene tiempo ni ganas ni curiosidad, prefiere dedicar su energía a esa minoría de estudiantes latinos o negros que llegan con becas y sobreviven como pueden en una universidad mayoritariamente blanca y abiertamente hostil.

—Entonces, ¿qué me dice?

—¿De qué?

—De los seminarios y esas cosas. Aunque sean para profesores yo puedo aportar mucho a sus discusiones. He leído...

—Lo tendré en cuenta, Carla, ahora si no te importa tengo que atender unos asuntos.

Carla tuerce el gesto, tarda unos segundos en levantarse del sofá, se queda parada mirando a Alicia, que ya se ha puesto a sacar papeles de la caja que le ha dejado Sylvia en el escritorio.

—Entonces, ¿el profesor Dolan no va a estar más aquí?

Alicia no levanta la cabeza.

—No como director.

—Es una pena.

—Cierra la puerta al salir, por favor.

Carla sale de la oficina y deja la puerta abierta.

POSTALES NAVIDEÑAS

Alicia y Tere se acurrucan bajo un pequeño paraguas rojo que no consiguen dominar frente a la lluvia torrencial y el viento que amenaza con lanzarlas volando desde el puente a la ría. La madre propone volver corriendo al tren e irse a casa, pero la hija la anima con un vengá, ama, que esto no es nada. Una nueva ráfaga da vuelta al paraguas. Alicia lo agarra con fuerza y consigue restablecer su forma, pero es demasiado tarde. Las dos están empapadas. Se miran. Pareces un gato *mojao*, dice Tere, y tú un *sagutxu*, le responde Alicia. Ríen, deciden seguir atravesando el puente, entrar en el casco viejo y buscar aquella cafetería que a Alicia le gustaba tanto, la de la calle Correos, ama, esa a la que me llevabas cuando veníamos a hacer compras, la del chocolate con churros. Es 14 de diciembre y, a pesar de que la tarde es desapacible, las calles están abarrotadas de gente haciendo compras navideñas. La cafetería, sin embargo, está casi vacía. Demasiado pronto para merendar. Escogen una mesa al fondo, lejos de la puerta. Tere pide un café con leche, Alicia chocolate con churros, para eso hemos venido, ama, no te me rajes. Tere se ríe, claro, y mañana salgo a correr contigo. Pasan un buen rato en la cafetería, haciendo el plan de compras de la tarde: polvorones y turrón en Ybañez, que si no se acaban enseguida, las rebajas de Inarkadia, que ya me han llamado con descuentos para clientas, pasar por El Corte Inglés... no, ama, ahí me niego, pero hija, que no, ama, ¿no te quejas de que los grandes están acabando con el comercio local?, *boikota*, ama, *boikota* a El Corte Inglés. Tere se encoge de hombros y piensa que ya irá ella sola un día que su hija se quede en casa haciendo sus cosas. Ha llegado hace más de una semana. Compró el billete para el día después de la última clase y, en vez de hacer exámenes, asignó trabajos finales que le enviarían por correo electrónico. Iba a pasar un mes con su madre: las Navidades completas, Nochevieja, Reyes.

Volvería el día anterior a comenzar las clases. Un mes, ama, ¿cuándo me he podido quedar un mes en diciembre? Ahora que sé que puedo hacerlo, prepárate, me vas a tener que echar de casa. ¿Y qué te dice Matty? Alicia prefiere no contar a su madre que ni siquiera la quiso llevar al aeropuerto, que se lo tuvo que pedir a Sylvia, que sus palabras de despedida fueron cualquier día vuelves a casa y no me encuentras.

Madre e hija siguen esperando a que escampe un poco, piden un segundo café, una segunda taza de chocolate, te vas a empachar, tragaldabas. Alicia no va a contestar a la última pregunta de su madre, así que le cuenta que han salido un par de reseñas buenas del libro, qué ilusión, hija, lo que te ha costado, que los informes para los evaluadores externos saldrán en febrero y ya en agosto sabrá si ha conseguido la titularidad. No está nerviosa, no tiene ninguna duda. Ha hecho más méritos de los exigidos, así que por mucho que en su departamento algunos quieran hacerle daño, no lo van a conseguir. Tere lo sabe, desde el primer día su hija le fue contando todos los entresijos y luchas de poder a las que se iba enfrentando. Ante esos problemas siempre le hacía la pregunta ¿Y qué te dice Matty?, la misma que hace un rato, la misma que ahora y a la que Alicia nunca sabe qué contestar: nada, ama, qué me va a decir.

Pasan la tarde haciendo las compras previstas, excepto las de El Corte Inglés. Vuelven a casa agotadas, pero contentas. Si estuviera tu padre te pediría que te probaras la ropa. Cómo le gustaba que le hiciéramos el pase de modelos. Alicia recuerda ese ritual, último verano con él vivo, madre e hija se habían comprado dos vestidos blancos muy similares, llegaron a casa, él estaba esperando. No tengo guardia, chicas, les dijo sonriente, ellas le enseñaron las bolsas, pase de modelos, aita. Se pusieron sus vestidos, desfilaron frente a él, gansas, divertidas, él reía y aplaudía, se levantó y le dio un beso en la mejilla a Alicia, uno en los labios a Tere, el último beso amoroso, tal vez el único, que Alicia recuerda. ¿Te acuerdas ama de la noche de los vestidos blancos? Cómo no me voy a acordar. Es una de las últimas imágenes que tengo vuestra, aita contento, cariñoso. Tere sonrío. Ya más de cinco años, hija. En todo ese tiempo Alicia ha estado pocos días en casa: semanas sueltas por Navidad, algún mes largo en verano. Todavía no se acostumbra a la ausencia del padre, sigue buscando sus olores, sus rastros, las huellas de sus zapatos, a veces le parece oír el roce de su llavero cargado de

llaves contra la puerta, aita, pareces san Pedro, el habitual portazo, el ruido del llavero contra el mármol, la voz de su madre llamándole, como si hubiera dudas de que había entrado en casa, Iñigoooo, ¿eres tú? Revisa las fotografías que tiene su madre en el salón sobre una cómoda que poco a poco se ha convertido en altar. Cada vez que vuelve a casa nota que hay alguna nueva, rescatada de los álbumes que paulatinamente Tere ha empezado a revisar. Esa noche Alicia se detiene en una de Mus, el pastor vasco que tuvieron cuando ella era adolescente y que murió prematuramente, con apenas cinco años. En la foto Tere está agachada, acariciando al perro y una Alicia ceñuda, como en la mayoría de las fotos de su adolescencia, mira a la cámara. Coge la fotografía en sus manos, observa la sonrisa de su madre, sus ojos cariñosos sobre el animal. La lleva a la sala, donde está tumbada viendo la tele. ¿Y no te apetecería otro Mus, ama? Te haría mucha compañía. No, hija, que si se me muere... El recuerdo las repliega, se reparten el sofá, en la tele hay un melodrama alemán de serie B. Esta es de las de llorar, ama. Tere suspira, bueno, así dormimos mejor, ya lloradas. Alicia se queda dormida a los pocos minutos, Tere la despierta poco después. Hala, hija, vamos a la cama. Se dan las buenas noches con un abrazo somnoliento.

Alicia está nerviosa. No sabe qué ponerse. ¿Cuándo fue la última vez que se vieron? Posiblemente en Salamanca, hace por lo menos diez años. En sus sueños él siempre tiene el mismo aspecto, una versión siniestra del chaval que conoció, siempre embozado en una capa, o cubierto con la capucha de una sudadera, entre la luz y la sombra. Nunca se le ven los rizos dorados de la adolescencia, nunca la sonrisa algo taciturna que tanta ternura le causaba a Alicia. Garbiñe le enseñó una foto de cuando salió de la cárcel, estaba rapado y apenas se le distinguían los rasgos. Igual él también ha visto fotos suyas, de fiestas o de la cuadrilla. Se pone unos vaqueros, un jersey amplio, la chupa de cuero que se acaba de comprar, botas. Duda si maquillarse o no, al final opta por pintarse un poco la raya del ojo. Al recogerse el pelo en una coleta alta recuerda cómo él siempre le daba tirones suaves desde el pupitre que ocupaba, justo detrás del suyo. También recuerda cuando le dijo que tenía la nuca más bonita que había visto en la vida, un piropo que ella recordaría con malestar. Nuca descubierta, desprotegida, tiro en la nuca.

Han quedado en la Herriko Taberna. Idea de Gorka cuando le escribió el

correo que reiniciaría el contacto entre ellos:

Me dice Garbi que vienes ahora en diciembre. Ya sabes que estoy fuera. Te he echado de menos estos años, me encantaría poder verte y charlar contigo. Me dice Garbi que te escriba, que tienes ganas de verme. Demuéstramelo, quedamos en la Herriko el día que tú quieras.

Alicia le siguió la broma y ahora ahí estaba, traspasando el umbral de ese bar al que un día, hacía ya muchos años, juró no volver a entrar. No había nadie en el bar excepto el camarero, que leía una revista acodado en la barra. Decorando las paredes colgaba la parafernalia habitual: ikurriña, pósters con fotografías de presos, carteles pidiendo su regreso a casa, amnistía. Alicia pidió un zurito y antes de que se lo pusieran ya entraba Gorka. En tres zancadas estaba frente a ella. Se miraron a los ojos unos segundos, se dieron dos besos un poco torpes, fríos.

—¿Un zurito a estas horas?

—Ya, igual tenía que haber pedido un café.

—Nada, tomamos el hamaiketako. Iban, ¿no tienes tortilla?

—Sí, ahora la saca Miren.

—Pues ponme otro zurito a mí y la tortilla cuando esté.

Se sientan a una de las mesas. Gorka lleva un gorro de lana negro, cazadora, pantalones, jersey también negros, botas de militar. Se quita la cazadora pero no el gorro. Mira a Alicia sonriente.

—No has cambiado nada, tía.

Alicia calla. Nadie diría que el hombre que está enfrente de ella tiene treinta y tres años. Si no lo conociera, le echaría cuarenta y muchos: ojos hundidos, ojeras casi negras surcadas por arrugas profundas, la piel cetrina, los dientes oscurecidos por el tabaco o tal vez alguna medicación. Gorka nota su incomodidad, su falta de respuesta. Se quita el gorro de lana y descubre una cabeza pelada.

—Nunca has sido mentirosa, te lo agradezco. Estoy hecho una mierda. Seguramente no me hubieras reconocido por la calle.

—Tampoco exageres.

—Me quedé calvo el primer año en la cárcel. Lo demás fue seguir cuesta abajo.

Alicia espera unos segundos por si Gorka quiere añadir algo más, pero él se queda mirando el zurito, con lo que Alicia intenta sacar otro tema de conversación.

—Me dijo Garbi que has conseguido un trabajo en el puerto.

—Sí, una de las empresas de maquinaria. Contratan a mucha gente como yo, que salimos y no tenemos dónde caernos muertos. ¿Sabes que al final acabé historia?

—Lo sé. ¿No te gustaría hacer algo con eso?

—Igual en el futuro. Ahora tengo que ganar un poco de pasta.

Gorka le cuenta que durante los dos últimos años de cárcel empezó a cartearse con una chica del pueblo muy maja, que se enamoraron por correspondencia. Después ella viajó a Cádiz para visitarle en un par de ocasiones. Desde que ha salido viven juntos, tienen planes de casarse el verano que viene, tener un hijo en cuanto puedan. Gorka le pregunta por su vida en Estados Unidos:

—Quién te lo iba a decir que acabarías allí.

Alicia piensa pero no lo dice «quién me iba a decir que tú acabarías en la cárcel». Gorka no le reprocha que no le haya escrito todos esos años, pero que no sepa nada de su vida pone en evidencia su alejamiento. Alicia se revuelve incómoda. Le toca a ella resumir su vida, sus planes de futuro, justificarse por su silencio. Siente pereza, cansancio, desánimo. Resume su vida de la última década en un par de minutos, con frases desgastadas. Gorka no pregunta, asiente como si no estuviera muy interesado. Otra vez el silencio entre ellos, las miradas gachas. Qué hacemos aquí, piensa Alicia.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Preguntar, puedes.

—¿Por qué te metiste en esta mierda?, Alicia señala con los dos brazos a su alrededor.

Gorka se levanta, Alicia le hace un gesto para detenerlo, arrepentida de la brusquedad de su pregunta. Él no la mira, se va a la barra. Le pide al camarero algo que Alicia no alcanza a escuchar. Vuelve a la mesa con un plato de pinchos de tortilla en una mano y unas tarjetas en la otra.

—Mira, postales de Navidad para los presos. Muchos de ellos no verán a sus familias. Conocí a Iratxe porque ella decidió rellenar una y enviarme unas palabras cariñosas y de ánimo cuando más las necesitaba. ¿Quieres rellenar

una? Ni te imaginas lo que puedes cambiar la vida de una persona. O lo que puede cambiar la tuya.

Alicia coge una tarjeta. Es blanca con una estrella roja en el centro. Gorka la mira serio. No entiende si es un reproche o una invitación.

—Lo siento, Gorka.

Le devuelve la tarjeta. Él la mira con tristeza y sonrío. Ella se levanta, se pone el abrigo y sale del bar.

A Alicia nunca le han gustado las Navidades, pero cuando se fue a Estados Unidos y no podía pasarlas con sus padres las echaba de menos. Los imaginaba solos y tristes, añorando a su hija, tan lejos. La realidad era algo diferente. Es cierto que sus padres pasaban las fiestas solos, pero no les importaba demasiado. Intentaban, desde que ella se fue a estudiar fuera de casa, buscarse algún plan interesante, unas cortas vacaciones, un viaje a alguna ciudad cercana que no conocían o que les gustaba especialmente. A veces tenían que cancelar los planes por el trabajo en el hospital, pero Tere se lo solía tomar con buena disposición. Estaban acostumbrados a estar solos, a no contar con familia. Los cuatro abuelos de Alicia habían muerto relativamente jóvenes, su abuela paterna —la única a la que conoció— murió cuando ella tenía veinte años. Los hermanos de Iñigo vivían uno en Valencia y otro en Madrid y sólo visitaban la zona para bodas y, muy raramente, funerales. Tere tenía una hermana monja que vivía en un convento de Galicia, una metomentodo que sólo llamaba para dar discursos morales a su hermana pequeña. Alicia tenía algo de envidia de las familias numerosas, como la de Garbiñe, que se reunían cada año y se pasaban Nochebuena y Navidad festejando de la mañana a la noche, y, por si eso fuera poco, se volvían a juntar en Nochevieja. Hacían esas cosas que hacen las familias felices en las películas: cantaban villancicos, se hacían divertidos regalos anónimos, cocinaban juntos, contaban historias de familia durante las sobremesas. Pero Garbiñe, con los años, también comenzó a contar a Alicia lo que se escondía tras esa apariencia de armonía: rencillas entre hermanos que se arrastraban desde la infancia y crecían con los años, sospecha fundada de que el hermano de su madre era un maltratador, el recuerdo de los primos mayores que le metían mano en el baño mientras los adultos cantaban y bebían. Ninguna familia se salvaba.

Alicia tiene ahora una relación ambigua con las Navidades. Por un lado, le sirven para volver a casa y justificar una larga temporada con su madre, por otro nota que la tristeza de ambas se acentúa esos días, que la ausencia del padre se hace mucho más presente en la casa; las conversaciones sobre el pasado, más recurrentes. Alicia propuso a su madre hacer un viaje juntas, pero estaban Maite y Natalia, y Tere no las quería dejar solas. Alicia se daba cuenta de que se habían convertido en la verdadera familia de su madre, en las personas que más la acompañaban, que más sabían de ella, sus dos únicos apoyos cuando ella no estaba. También están solas, desde que Maite se divorció de su marido. Natalia hacía más de dos décadas que no se hablaba con su padre y Maite, harta de no llegar a final de mes porque el tipo se lo fundía todo en las máquinas tragaperras, de aguantar sus guantazos y de cuidarle las borracheras, un buen día cambió la cerradura, fue a hablar con una abogada de la asociación Clara Campoamor, y ya no dio marcha atrás. El proceso fue largo y complicado, pero al final Maite consiguió quedarse con la mayoría de los ahorros y con la casa. A él le correspondió otra que tenían en Burgos, así que de buenas a primeras el ya exmarido desapareció de sus vidas.

Alicia quiere cocinar para ellas estas Navidades. Ha pedido a su madre que encargue un capón para cocinarlo al estilo americano, como el pavo de Acción de Gracias: con relleno de pan, setas y apio, acompañado de puré de boniatos, cacerola de judías verdes, salsa de arándanos rojos y, de postre, pastel de calabaza. Está contenta, a pesar de que el encuentro con Gorka hace unos días la ha trastocado y no consigue olvidar su rostro cansado, su distancia, el rechazo que sintió ella. Qué esperabas, le dijo Garbiñe, no es el muchachito romántico atormentado que conociste hace quince años, atormentado sí, pero lo demás ya no está ahí. Alicia creía que le iba a pasar como con otros buenos amigos de la adolescencia, que pasado el desconcierto inicial por los años transcurridos, enseguida afloraban los antiguos afectos y la comunicación se hacía fluida, fácil la confianza. No se habían vuelto a ver desde su desencuentro en la Herriko y Alicia seguía dándole vueltas a cómo intentar una nueva aproximación. También la preocupaba Matty, que se mantenía enfurruñado, distante en cada conversación telefónica. El mismo día de Nochebuena, mientras Alicia vigilaba el pavo y acababa de preparar los platos acompañantes, sonó el teléfono de casa. Cogió Tere y Alicia oyó

que saludaba a Matty y poco después la llamaba a ella. Contestó extrañada, habían quedado para hablar por Skype más tarde.

—¿Y te molesta que te llame ahora?

—No, sólo me parece raro.

—No hay wi-fi. No saben qué ha pasado. No se enteran de nada desde que Adam no está.

—Me extrañó que anoche no me escribieras para decirme que habías llegado bien.

—Te estoy diciendo que no hay wi-fi.

—Ya, bueno, un SMS.

—...

—¿Qué tal están?

—Mal, como siempre.

—Ya lo siento...

—...

—He estado cocinando con las recetas de Celina. Creo que.

—¿Qué vas a hacer en Nochevieja?

—¿Qué?

—Que qué vas a hacer en Nochevieja.

—Saldré con mis amigas, ¿por?

—Nada, joder, por nada. Tengo que colgar.

—Pero Matty...

—Es larga distancia. Adiós.

—Feliz Nocheb.

Alicia oye cortarse la llamada. Cuelga el teléfono y se va a su habitación. No quiere que su madre la vea llorar. No pasan ni dos minutos y Tere abre la puerta sin llamar. Le asusta ver a su hija dando hipidos, sollozando como no la veía desde que era niña, se sienta al lado de ella en la cama, le acaricia el pelo.

—Hija, qué pasa, qué...

—Joder, ama, ¿no sabes llamar?

Le retira la cabeza, se separa de ella. A Tere le sorprende su brusquedad, la violencia de su respuesta.

—Lo siento, cariño, ya te dejo.

Tere se levanta y sale cerrando despacio la puerta. Alicia entonces rompe a llorar con más fuerza. Siente cuchillos en el estómago, la garganta, la boca. Quiere llamar a su madre, que vuelva, que le acaricie la cabeza otra vez, que la consuele, pero no puede. Pasa así cinco minutos o una hora, no lo sabe, hasta que cree oler algo quemado y sale corriendo de la habitación. En la cocina está Tere. Se nota que también ha llorado. Alicia la quiere abrazar, pero si lo hace sabe que volverá a llorar otra vez. Con un hilo de voz le pregunta qué se está quemando. Tere se encoge de hombros e intenta una sonrisa. Inspeccionan el capón y todo está bien, debía ser alguna salpicadura de grasa. Sólo queda una hora para que lleguen Maite y Natalia. Las dos se excusan para ir al baño, refrescarse, intentar mitigar las huellas del llanto. Cuando llegan sus invitadas y ven sus ojos hinchados y rojos piensan que habrán estado recordando al padre, al marido. No hablan de ello, disfrutan el delicioso manjar que ha preparado Alicia, beben un poquito de más, abren los regalos, se ríen del Rey gangoso y su discurso, charlan y cotillean sobre los famosos de la tele, recogen entre las cuatro el salón y la cocina, beben un poco más. Se despiden de Maite y Natalia ligeras, hasta el día siguiente, cuando comerán gustosamente los restos de la cena. Madre e hija se abrazan, se dicen te quiero y hasta mañana.

CARLA Y GARRETH

Carla entró en la universidad con diecisiete años, como parte de un programa especial para estudiantes avanzados. A pesar de que a sus padres les hubiera gustado que estudiara ingeniería, y en esa carrera se matriculó al principio, lo dejó todo para hacer una doble licenciatura en literatura inglesa y filosofía. Carla tenía una belleza extraña: era pálida al extremo de que se le transparentaban las venas, incluso en la cara, lo que le daba un aire mortecino que se resaltaba todavía más con su melena larga que ella oscurecía con henna hasta conseguir el tono de negro más azulado y cuervoso posible. Tenía los ojos grises muy rasgados, una nariz fina con el hueso bastante protuberante y las mandíbulas anchas y masculinas. Sonreía con la boca plenamente abierta, mostrando una hilera de dientes perfectos y blancos muy americanos. Variaba mucho de peso: un mes podía estar extremadamente delgada y al próximo sobrarle cuatro o cinco kilos, pero siempre engordaba y adelgazaba en proporción, con lo que nunca dejaba de tener un cuerpo armónico, atractivo. También su carácter era variable, a veces se mostraba taciturna y huraña; otras, ingeniosa y divertida; otras, agresiva y combativa. Dependía mucho de las lecturas que estuviera haciendo ya que se metía tanto en ellas que afectaban sus estados de ánimo. Se sabía pasajes larguísimos de *El segundo sexo*, recitaba el alegato de Praxágoras sin detenerse ni para tomar aliento. Se podía enzarzar en discusiones vehementes e interminables defendiendo posturas contrapuestas. Podía ser al mismo tiempo Epicuro y Heráclito y conseguir no caer en contradicciones. Todos sus profesores sentían una profunda simpatía y admiración hacia ella. Era la estrella de su promoción. Pero esto apenas se notó cuando estalló el escándalo. En la universidad los escándalos estallan en silencio.

Alicia se enteró de algunos detalles del caso a través de Mike, que estaba

en el comité disciplinario que investigó el testimonio de Carla y de varias alumnas más. Un año después de que Carla irrumpiera en el despacho de Alicia reclamando la presencia del profesor Garreth Dolan, lo acusó de haber abusado sexualmente de ella e inmediatamente se abrió una investigación confidencial. Según la estudiante había mantenido relaciones sexuales con el profesor Dolan desde su primer curso, cuando ella no tenía todavía ni siquiera dieciocho años. Ahora estaba en su último año de carrera y había cursado con el profesor seis asignaturas. Según Carla, después de ese primer año de relaciones, no se sentía atraída ya por el profesor, sino obligada a seguir cumpliendo «el ritual». Así definió al hecho de que todos los jueves, una vez acabadas las horas de oficina del profesor, Carla pasaba por su despacho, él cerraba la puerta con llave y tenía sexo con ella en el sofá previa lectura de algún pasaje erótico que él elegía. El profesor Dolan tenía entonces sesenta y dos años y no se puede decir que la naturaleza le hubiera agraciado con ningún atractivo físico. Era extremadamente delgado, en su día debió tener una melena rubia de la que sólo quedaban cuatro pelos blancos. Escondía su timidez enfermiza detrás de una excentricidad pueril que hacía que la mayoría de sus compañeros huyeran de él incómodos. De él se rumoreaba que tenía relaciones indebidas con los estudiantes, pero se hablaba sobre todo de consumo de alcohol y de alguna droga ligera, se criticaba que se fuera con ellos de «retiros filosóficos» o de que siempre estuviera rodeado de jóvenes, en vez de sesudos profesores. La investigación destapó que Carla no había sido la única estudiante sometida a abusos. De hecho, la mejor amiga de Carla, también estudiante de filosofía, acabó confesando que con ella había hecho lo mismo —los martes— aunque sólo durante su segundo año de carrera. Mike le contó a Alicia que posiblemente Dolan iba a ser expulsado, igual incluso denunciado por abuso de menores, que la universidad no iba a ser capaz de detener el escándalo. Pero llegó el final del año académico, los estudiantes se fueron —Carla se graduó cum laude y se fue a Harvard a hacer un doctorado en literatura inglesa— y los rumores se fueron apagando. Al principio del siguiente semestre no había rastro del profesor Dolan. La universidad le había conseguido una plaza en el campus satélite de Abu Dabi y allí se quedaría indefinidamente.

MEDIAS DE REJILLA

Matty repasa por cuarta vez el extracto mensual de la tarjeta de crédito. A pesar de que Alicia le ha dado el recibo de todos los gastos que ha hecho durante el mes que ha estado en España, no consigue cuadrarla. Ella insiste en que le ha dado todo, pero le faltan recibos: uno de 7,43 dólares, otro de 17,80, otro de 65 y otro de 212. ¿Cómo no se puede acordar en qué ha gastado todo ese dinero? Matty sospecha que no le quiere decir que fue de compras con su madre. Sube a la habitación de Alicia y abre su espacioso armario, perfectamente ordenado. Inspecciona cada prenda. Descuelga la blusa que se puso el día anterior. Acerca la nariz y absorbe el olor de Alicia, una mezcla de perfume fresco, como de cítricos, y ese olor tan peculiar que a Matty le recuerda a tierra mojada. Devuelve la blusa a su sitio. No le llama la atención ninguna prenda nueva. Abre el cajón de la ropa interior, ordenado según tipo de prenda: los sujetadores con relleno, los sin relleno, las bragas, las tanguas, y por colores: blancos, negros, granates, morados. Tampoco ahí descubre nada nuevo. Toda la ropa interior está un poco ajada. Reconoce un conjunto negro de encajes de cuando empezaron su relación, cuando jugaba a desnudarla y observar su cuerpo cubierto con esa lencería sexy, tan de película erótica clásica. Cierra el cajón de golpe. El siguiente es el de las medias y los calcetines. Revuelve pensando que ése puede ser un buen sitio para esconder algo. En una bolsa de plástico transparente ve unas medias de rejilla. Alicia no las ha llegado a estrenar, por lo menos delante de él, pero recuerda perfectamente el día que se las compró.

Alicia le llamó por teléfono desde la oficina un viernes para decirle que iría con Sylvia de compras. Matty se quedó rumiando los posibles motivos de esa nueva amistad de Alicia con su subordinada. Alrededor de las nueve de la noche oyó las ruedas de su coche crujiendo sobre la nieve, el portazo, el

forcejear de la cerradura, su voz al llamarle al entrar, bolsas, la cremallera de las botas, el ruido al caer éstas contra el azulejo, su voz de nuevo. Alicia entró hasta el salón. Matty la esperaba ya incorporado en el sofá después de haber apagado la tele. Ella se acercó, le dio un beso, acarició a Llosa, que estaba acurrucada a sus pies.

—¿Qué tal con Sylvia?

—Muy bien, pero estoy agotada. ¿Has cenado ya?

—Sí, he estado picando algo.

—¿Queda pavo?

—Creo que sí. Te acompaño a la cocina.

Entraron juntos a la cocina. Matty vio las bolsas en el suelo.

—¿Qué te has comprado?

—Nada, unas pocas tonterías.

—Parece más que unas pocas. ¿Qué son?

—Es que tengo un hambre... bueno, no pongas esa cara, ya te las enseño.

Alicia sacó primero un jersey negro de cuello alto, ajustado.

—¿No tienes uno como ése?

—Está ya viejo. Sólo me ha costado veinte dólares.

—Ya. ¿Qué más?

—Este vestido. Es que ahora con el nuevo cargo necesito ropa un poco más seria.

—Pues es un poco corto para ser serio, ¿no?

Alicia se encogió de hombros y dejó el vestido sobre la silla. Sacó unos pantalones también negros y anchos. Matty asintió.

—¿Y esto?, preguntó señalando una pequeña bolsa que se había caído al extraer los pantalones.

—Ah, me ha convencido Sylvia pero no sé si me las voy a poner.

Sacó de la bolsa unas medias de rejilla. Matty las cogió, extendiéndolas.

—¿Dónde vas tú con esto?

Alicia se las intentó quitar de la mano, pero él no las soltaba.

—Pues no sé, para cuando salimos nosotros. No son para ir a trabajar.

—Creo que no haces bien saliendo así con Sylvia.

Alicia volvió a tirar de las medias, pero Matty las agarraba con fuerza.

—¿Qué tiene de malo?

—Es tu subordinada.

—Qué tontería.

Alicia dio un tirón más fuerte, sin resultados.

—Es como si Maia me llevara de compras.

—No es lo mismo. Yo no trabajo en un banco. Y suelta las putas medias, me las vas a romper.

Matty la atrajo hacia sí, casi pegando su cara a la de ella.

—No creas que es tu amiga. Eres su jefa. ¿Por qué iba a ser amiga tuya? Decirte que te compres estas medias. Se piensa que eres un putón.

Alicia se soltó, dejándole con las medias en la mano. Agarró sus bolsas, subió a la habitación y se encerró hasta la mañana siguiente.

Matty, con las medias en la mano, recuerda ese fin de semana en el que Alicia no le dirigió la palabra, su necesidad de hablar con ella, explicarle que sólo quería protegerla, que iba a tener una decepción con Sylvia, que lo de las medias era una tontería, por lo menos para él. Pero lo único que hizo fue meterlas en su bolsita y dejárselas en el cajón mientras ella estaba el sábado en el supermercado.

Ahora vuelve a dejarlas en su sitio, revuelve un poco más, da por perdida su búsqueda y sale de la habitación. Esa misma tarde y después de discutir con Alicia durante más de media hora sobre los gastos injustificados en la tarjeta de crédito, ella le pide que hagan separación de bienes.

—Me siento asfixiada y controlada. Tú tienes tu sueldo, yo el mío. Cada uno que tenga lo suyo y abrimos una cuenta común.

Matty le da mil explicaciones por las que no tiene sentido separar el dinero: ella no sabría cómo manejarse, tendrían que cambiar la hipoteca, se descontrolaría el gasto. La insistencia de Alicia sorprende a Matty, que ha empezado a moverse de un lado a otro en la cocina, a pegar golpes suaves, casi como si intentara seguir el ritmo de su retahíla, en la encimera, las puertas de los armarios. Alicia lo observa desde su silla, ahora en silencio. Matty se detiene para mirarla. Se da cuenta de sus ojeras, la cara demacrada, su gesto de disgusto.

—¿Quieres separarte? ¿Es eso lo que quieres?

—No, sólo las cuentas. Estoy harta de que me controles cada gasto.

—A ti el ascenso te ha subido los humos. No sabes ni sumar, ¿cómo te vas a encargar de tus cuentas? Luego tendré que sacarte yo las castañas del fuego.

—Déjame intentarlo.

—¿Es por las putas medias?

—¿De qué hablas?

—Porque te dije que las medias eran de putón, es por eso.

—Eso pasó hace meses.

—No quise decirte eso.

—No fue lo que dijiste, sino lo que hiciste.

—¿Qué hice?

—Creí que me ibas a pegar.

Matty se echa las manos a la cabeza, da un golpe con el puño sobre el mármol de la encimera, se coge la mano con un gesto de dolor, comienza a dar vueltas por la cocina.

—¿Estás loca? ¿Qué te inventas? ¿Ahora vas a decir que te maltrato?

—Me controlas y a veces me das miedo, sí.

—¿Cómo me puedes decir eso?

A Matty se le quiebra la voz, le duele la mano y se le ha dado la vuelta el estómago. Alicia le mira seria, con la boca apretada en una mueca extraña.

—Con lo que yo te quiero, que he sacrificado todo por ti, te he seguido hasta aquí, sin hijos, sin... me dices eso, lo que yo quiero es protegerte, protegernos.

Alicia niega con la cabeza y se queda sentada en silencio. Matty la observa desde una esquina de la cocina, sintiendo cómo le palpita furiosa la mano derecha. Después de unos minutos en los que Alicia parece haberse encogido en su silla, Matty entiende que está zanjada la conversación. Se tumba en el sofá del salón, Llosa se acurruca a sus pies, ronronea. Vargas se acerca maullando, Matty estira el brazo para acariciarla y siente una punzada de dolor en el canto de la mano derecha. La inspecciona. Está algo inflamada. Respira profundamente, intenta dejar la mente en blanco, no puede, como tampoco puede ordenar sus pensamientos: cómo es posible, por unas putas medias, no, no fueron las medias, si yo sólo, si ese día, tampoco he hecho nada que, los recibos, no lo dice en serio, y si esto es sólo el principio, cada

vez más lejos, cada vez más. Hasta que desde la cocina le llega el repicar del cuchillo sobre la tabla de polietileno, el chisporroteo del aceite, el batir de huevos y, tras unos pocos minutos, el olor inconfundible de la tortilla de patata.

Matty espera impaciente, temeroso, la voz de Alicia invitándole a cenar con ella.

LA VISITA

Alicia sale con mucho tiempo de casa, a pesar de que es sábado y posiblemente no encontrará tráfico en la autopista. Durante el trayecto repasa los planes de las dos próximas semanas. Hará como el año anterior cuando estuvo Tere de visita: la llevará a la universidad, la dejará en su oficina mientras ella está en las reuniones obligatorias, las otras se las saltará, la invitará a su clase de literatura española, un fin de semana se irán juntas a Nueva York, el otro a Filadelfia, ellas solas, sin Matty. Recuerda sonriente, mientras conduce, cuánto ha insistido su madre en que la lleve de nuevo a la universidad y a las clases y ante la sugerencia de visitar alguna otra ciudad, ha pedido también volver a las mismas para conocerlas mejor. Alicia sospecha que es para no complicarle a ella la vida y acepta la generosidad de su madre. No hace tanto que se han visto, en diciembre, y Alicia volverá a casa en pocos meses, en julio. Mientras la hija se entretiene pensando en estas cosas, Tere espera impaciente la larga cola de inmigración repasando sus nociones básicas de inglés y las frases que le envió su hija por si le hacían alguna pregunta en la aduana. Las lleva escritas porque es incapaz de pronunciarlas y espera que el agente que le atienda hable español, como el del año pasado, que era un desabrido pero por lo menos se hizo entender.

Alicia llega al aeropuerto, aparca y se dirige a la sala de espera internacional. Pasa más de una hora estirando el cuello, preguntando de vez en cuando a algún pasajero que atraviesa la puerta de cristal de qué vuelo provienen. Cuando el primero le dice Madrid ya no quita la vista de la puerta, por la que el goteo de pasajeros es desesperadamente lento. Por fin aparece su madre, caminando ligera con la maleta de cuatro ruedas que la hija le regaló por Navidad. Hace un gesto de saludo efusivo, Alicia sale a su encuentro, sonriente.

Madre e hija se abrazan, se besan, se vuelven a abrazar, se contemplan.

—Hija, qué delgada estás.

—Ama, estoy bien, no empecemos.

—No, si estás muy guapa.

En el trayecto a casa la madre le cuenta el viaje, sin mayores incidencias que las de siempre en un vuelo transatlántico: la comida repugnante, los malos olores, el bebé que llora, la amabilidad falsa de los sobrecargos, la pesadez de la aduana, la rudeza del agente de inmigración, que no hablaba español.

—Y Matty, ¿qué tal?

—Bien, ahí lo he dejado, viendo baloncesto.

—¿No le apetecía venir?

—No, ni a mí que viniera. Así tenemos un rato nosotras.

No pregunta más, teme una respuesta arisca de la hija o que se cierre en banda como en diciembre, cuando entró en su habitación sin llamar a la puerta y se la encontró llorando. Desde entonces le ha preguntado en varias ocasiones si está bien, si todo está bien, si..., pero Alicia siempre tiene la misma respuesta: no me pasa nada, estoy bien, déjalo estar. También por eso se ha animado a viajar, pese al gasto, el cansancio, tener que aguantar dos semanas a ese yerno que le saca de quicio, para ver cómo está su hija. Aunque ya lo sabe: triste.

Llegan al pueblo y la madre observa, con la sorpresa de siempre, cómo el paisaje urbano cambia radicalmente en dos manzanas: una calle con casas destartaladas, coches viejos de carrocerías oxidadas, negros e hispanos charlando desocupados en las esquinas, sentados en los descansillos de las casas, algún perro abandonado. Dos calles más arriba, mansiones de ladrillo y piedra con jardines cuidados que se vislumbran a través de vallas protectoras, sin apenas coches aparcados en las calles porque cada casa cuenta con garajes dobles o triples, pero si se ve alguno es un BMW, Cadillac o Mercedes todoterreno, calles vacías de gente, ni blancos ni negros, todos en sus casas, aislados, protegidos, como su hija.

Aparcan en la calle.

—¿Sigues sin garaje?

—Sí, a ver si lo ordena este verano. Por lo menos ha acabado el invierno y no me tengo que pasar media hora cada mañana calentando el coche y quitando el hielo de los cristales.

Alicia coge la maleta de la madre y la lleva en volandas hasta la casa. Abre la puerta de la cocina, anuncia a Matty su llegada. No hay respuesta.

—¿Tienes hambre, ama? ¿Te duchas y voy preparando algo?

Alicia ladea la cabeza, hace un gesto de escucha, vuelve a llamar a Matty con impaciencia.

—Tranquila, hija, vamos viendo. ¿Subimos la maleta a la habitación?

—Te he preparado la salita del fondo, así estás más a tu aire y también tienes baño propio.

—La otra estaba muy bien, hija, no hacía falta.

—Es que ahora la usa Matty. ¿Dónde se habrá metido?

Tere va a preguntar, no está segura de haber entendido bien, pero no le da tiempo, oye pasos acercándose. Matty aparece en pijama, chanclas, como si en vez de las cinco de la tarde fueran las siete de la mañana y bajara a preparar el café. Saluda a su suegra con un gruñido y dos besos, intercambia con Alicia unas frases breves en inglés que Tere no logra entender, sólo la palabra pizza. Matty sale de la cocina y se encierra en la habitación de nuevo. Desde la habitación oye a las dos mujeres subir las escaleras, recorrer el pasillo, pasar por delante de su puerta y llegar a la salita. Baja el volumen de la televisión, ya sin prestar atención al partido, le llegan sus voces amortiguadas, un par de minutos después el ruido del agua en la ducha, pasos. Alicia abre la puerta despacio, asoma la cabeza. Se miran sin decirse nada, Alicia esperando una explicación, Matty una disculpa por el tono con el que le ha hablado, como si fuera pecado estar en pijama un sábado por la tarde. Alicia mira con asco la caja de pizza vacía, la cama revuelta, a Matty, que se levanta y de un golpe le cierra la puerta en las narices.

UNA CABEZA DE CERDO

Después de varios meses de pesquisas los responsables nunca aparecieron, las autoridades de la universidad dieron por cerrada la investigación al no encontrar ningún cabo que uniera la cabeza de cerdo con quien la colocó ahí. A pesar del silencio administrativo, los habitantes del campus que buscaron la verdad la encontraron. Alicia la supo a través de un relato que escribió un alumno de su clase de literatura.

El reloj de la entrada de la fraternidad marca las dos y cuarto de la madrugada. Están todos hasta las cejas de alcohol y cocaína. Son unos quince. Salen de la casa y se dividen: un puñado se encamina al campus para ver si encuentran a algún cretino celebrando la victoria electoral, los otros se reparten en dos grupos de cuatro y cada grupo se monta en un coche. Cara o cruz: los rojos escogen cara; los azules, cruz. Moneda al aire, cruz, los azules salen primero. El conductor azul pisa a tope el acelerador, el conductor rojo, pegado a su parachoques, también. Suben la cuesta, el rojo rozando al azul, que no logra despegarse, conseguir distancia. El rojo da un volantazo y antes de llegar a la siguiente curva, se pone a la altura del azul, los integrantes de cada coche se gritan insultos asomándose a las ventanas, haciéndose gestos de chúpame la polla, chúpate esa, que te den por el culo, siguen unos segundos a la misma altura, hasta que el piloto rojo pierde ligeramente el control del coche, están a punto de caerse por el barranco, frena, vuelve a situarse detrás del azul. Sus compañeros le insultan achantao, flojo, maricón. Llegan al aparcamiento del campus norte y, después de que cada conductor muestra su pericia con el donut de rigor, haciendo chirriar las ruedas y provocando de nuevo los alaridos de euforia de los ocupantes, frenan en seco. Se bajan todos de los coches, los azules gesticulando por su victoria —¡Ya

sabéis lo que os toca, pringaos!—, los rojos todavía insultando a su piloto — ¡Maricón!, ¿dónde coño encontramos un cerdo a estas horas?.

Desollada, con los ojos todavía en sus cuencas, ensangrentada, hedionda y cubierta de moscas y larvas. Héctor la descubre el miércoles 5 de noviembre de 2008 a las siete y media de la mañana cuando abre la puerta de su fraternidad para ir a clase de literatura española. Siente una arcada, la bilis amarga mezclada con el café y la magdalena que acaba de desayunar. Cristian, que sale detrás, se tapa la boca, la nariz, emite un sonido entre el horror y la arcada, atiende un momento a su compañero, entra en la casa, recorre los pasillos despertando a los ocupantes, reunión de emergencia. Otra vez, pero esta vez no son sólo pintadas, esto es muy grave, una amenaza en toda regla, a quién se le ocurre, cómo se puede ser tan hijo de puta, pero ¿es por lo de Obama?, ya sabemos quiénes son, los de siempre, hay que llamar a la policía del campus, para qué, no me lo puedo creer, tengo un mensaje de Marcus, que ayer le dieron una paliza y tuvo que ir al hospital a que le dieran puntos en una ceja, a mí me ha escrito Nicole, que en la puerta de su casa estallaron huevos podridos y les pintaron putas negras, para qué llamar a la policía, si no van a hacer nada, ya he llamado, que ahora vienen.

Al jefe de la policía del campus sus agentes de guardia le han sacado de la cama a las cuatro de la mañana. Desde entonces, está recibiendo llamadas y atendiendo a estudiantes que han sido agredidos en el campus. Quién iba a pensar que iba a ganar Obama, le dice al único agente que no está patrullando el campus esa mañana. Vuelve a sonar el teléfono. Su agente le ve asentir y repetir las mismas palabras: tranquilos, ahora vamos; tranquilos, ahora vamos. Cuelga el teléfono y se levanta pesadamente. Parece que también ha pasado algo en la fraternidad multicultural, dice, pero no le he entendido nada al chaval, tenía mucho acento, algo de un cerdo. Su subordinado bromea: mira tú si son tolerantes que hasta los cerdos pueden vivir ahí.

UN AGUJERO EN LA PARED

La primera vez que vio un agujero así no fue en una pared sino en una puerta, en casa de Nekane. Tendrían diez u once años. Nekane y Alicia eran amigas. Iban juntas al colegio y muchas tardes, sobre todo cuando hacía mal tiempo, jugaban en casa de Alicia. Nekane nunca la invitaba a la suya. Alicia sospechaba que no quería que supiera dónde vivía o que no quería que conociera a sus padres. Nekane olía a lejía y tenía las manos rojas. En vez de llevar camisas blancas, limpias y bien planchadas como Alicia, llevaba unas camisas amarillentas con los puños y los cuellos renegridos. Comía bocadillos de mortadela en los recreos. A Alicia le gustaba partir el suyo (de jamón, de tortilla, incluso alguna vez de merluza albardada) por la mitad y compartirlo con Nekane, que a su vez le daba mitad de su bocadillo de mortadela. La madre de Alicia nunca compraba mortadela porque decía que era basura, con lo que la consecuencia lógica era que a la niña le pareciera una delicia. La unía mucho ese ritual del bocadillo. Les gustaba pasar tiempo juntas. La madre de Alicia siempre le preguntaba que quién era su madre, que si dónde trabajaba el padre, que con un apellido como Fernández no les situaba en el pueblo, que si dónde vivían. Alicia se encogía de hombros —la respuesta que siempre daba a su madre para todo— y le pedía por favor que no interrogara a su amiga cada vez que venía a casa. Su madre siempre decía lo mismo —que no, hija, que no— pero aun así, cada vez, le hacía mil preguntas sin conseguir grandes resultados; Nekane era una niña de pocas palabras. A veces se pasaban la tarde casi sin hablar, Alicia leyendo y Nekane dibujando.

Un día, al salir del colegio, Nekane empezó a vomitar en la calle. Alicia quiso llevarla a su casa, pero su amiga le pidió que la acompañara a la suya. De camino vomitó dos veces más. Llegaron al portal, Nekane llamó al timbre

y le pidió que se fuera, pero Alicia insistió en subir con ella. Abrió la puerta la madre. Parecía que iba a ir a una fiesta: rubia con un moño como de peluquería, enfundada en un vestido negro de noche, con zapatos de tacón, maquillada, con unas uñas rojas larguísimas. A Alicia en ese momento le pareció una modelo o una actriz de cine. La madre miró a las niñas algo perpleja, les preguntó qué ha pasado, qué hacéis aquí, hija mía, ¿qué tienes? Nekane no pudo contestar, el vómito otra vez llegando a la boca. Empujó a la madre, todavía en el umbral, y salió corriendo al baño. Alicia se presentó, hola, soy Alicia, y explicó la situación, es que Nekane se ha puesto mala al salir del cole. Está vomitando. Gracias, cielo, ya te puedes ir. ¿No me puedo quedar a ver cómo está? A Alicia no le pasó desapercibido el gesto de incordio de la madre al apartarse del umbral y dejarla pasar. Espera en la cocina, le dijo, y se fue tranquilamente hacia el baño. Alicia pensó que su madre habría ido corriendo detrás de ella para agarrarle la frente y tranquilizarla, como hacía siempre que vomitaba. La madre de Nekane no tenía mucha prisa, ni se dejaba llevar por la alarma, abrió la puerta del baño, la cerró con cuidado. Después Alicia sólo escuchó susurros. Entró en la cocina, que estaba justo al lado de la puerta del hall. Era espaciosa y olía bien. Para su sorpresa, no olía a lejía ni a mortadela. Se había imaginado a Nekane en un piso oscuro y mal ventilado, a su madre como una mujer mayor y no muy limpia. Se quedó un rato así, esperando y fijándose en los detalles de la cocina, como un horno enorme que había en la pared. Nunca había visto un horno así. Y unas copas muy elegantes dentro de un armario de cristal. A mi madre le gustarían esas copas, pensó. Después de un rato llegó Nekane. Le dio las gracias y dijo que se iba a la cama. Alicia la quiso acompañar, pero su madre le dijo que mejor se iba a su casa. Nekane miró primero a su madre, después a Alicia. Sin decir ni una palabra más, salió de la cocina y tomó el pasillo hacia el fondo de la casa. La madre hizo un gesto de impaciencia para que Alicia se fuera, señalando la puerta de la calle. Al ir a salir reparó en algo que antes no había visto: un agujero en la puerta de la cocina. El agujero no era muy grande, como del tamaño de una pelota de tenis, igual algo mayor. Tampoco tenía un contorno perfecto y parte del laminado fino de madera se había hundido. La voz de la madre interrumpió su mano cuando iba a tocar el agujero y le dijo un venga niña, que es para hoy, que la sorprendió por su dureza. Se fue con un vago adiós al que la madre no respondió.

Nekane volvió a clase unos días después. Estaba más delgada, tenía muchas ojeras.

—¿Cómo estás?

—Mejor.

—Qué guapa es tu madre.

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—A nada.

—Tu casa es muy chula.

Nekane se encogió de hombros. Después de aquello Alicia no volvió a casa de Nekane ni a ver a su madre. Poco a poco se fueron distanciando. Alicia no quiso entender o no supo interpretar el mutismo de su amiga, ni los moratones que de vez en cuando le veía en el cuerpo cuando se cambiaban para clase de gimnasia, ni que las ojeras nunca le abandonaron el rostro, ni que cuando acabaron octavo de EGB no la volviera a ver. Tampoco recordó el agujero en la puerta hasta que muchos años después vi uno igual en su propia casa. Aquí, en esta pared que ahora le sirve de apoyo, a un palmo, más o menos, de donde antes estaba la cabecera de la cama. Cada vez que lo ve se acuerda de ese agujero en la casa de Nekane y entonces sus moratones, sus ojeras, su mutismo, su extraña madre, el silencio en torno al padre, su desaparición sin despedidas, cobran un nuevo sentido.

Vio su gesto, escuchó el impacto, sintió el miedo.

Él no se había hecho daño, un pequeño rasguño, algo de rojez en los nudillos. A pesar del grosor de las paredes, el pladur que las recubre es fino. Golpeó sólo una vez, no muy lejos de su cara. Pensó que iba a pegarle a ella, pero en el último segundo el puño cambió de recorrido, retumbó contra la pared. Alicia todavía estaba desnuda. Matty también. Ella se cubrió hasta la barbilla con la sábana. Él, sin mirarla, abandonó la cama. Después de unos segundos, oyó el extractor del baño, el sonido del agua de la ducha. Pasaron los minutos. Sentía cómo el semen salía de su cuerpo, se deslizaba lento por la entrepierna, manchaba la sábana. Moverse en ese momento significaba pensar qué decir, cómo actuar, ¿qué dices, cómo actúas cuando algo así acaba de pasar? Esperó bajo las sábanas hasta que él volvió a la habitación, ya vestido. Se encogió un poco más y echó de menos estar limpia, estar vestida. Él gritó durante mucho tiempo, mucho, cosas que Alicia ya no entendía. Sólo

pensaba en el semen seco entre sus piernas y la mancha amarillenta que posiblemente había dejado en las sábanas blancas de algodón, sus sábanas blancas favoritas, las que le dio su madre cuando se fue de casa, con sus iniciales bordadas, sí, qué cursi su madre, pero cuánto le gustaban esas sábanas de blanco impoluto que planchaba cada vez que las lavaba, para que quedaran bonitas y se vieran bien sus iniciales, que a él le molestaban porque sólo eran las suyas, suyas, y las de él no estaban, y ahora esas sábanas tendrían una costra de su semen, del semen de este hombre que le había levantado la mano y que ahí seguía, gritándole cosas que ella no podía escuchar, que no quería escuchar porque las iba a entender. Y entonces sí, entonces se iba a sentir más culpable que nunca porque él tenía razón. Cómo podía haberlo traicionado así.

Un día se atrevió a preguntarle si iba a arreglar el agujero en la pared. Le dijo que no. Que lo dejaría ahí para que recordara lo que había hecho. Y aquí sigue. El agujero en la pared.

¿QUÉ HUBIERAS HECHO TÚ EN MI LUGAR?

Matty no entendía por qué se lo había contado si, como decía ella, había sido una tontería. Igual, sólo igual, le había confesado lo que pasó esa noche para hacerle daño, para que fuera él quien la dejara porque eso en el fondo es lo que quería ella: provocar que Matty la dejara. Antes de contárselo, Alicia anduvo varios días haciendo el paripé, llorando por la casa, con esa cara de sufrimiento que ponía cuando quería dar pena, manipulando la reacción de Matty sin ni siquiera haberle contado todavía lo que había hecho, un error, le dijo, he cometido un error.

La noche que Alicia llegó casi a las dos de la madrugada Matty se imaginó que había pasado algo raro. Sabía que iba a llegar tarde porque tenía una de tantas charlas magistrales en la universidad y después una cena y cuando eso ocurría normalmente llegaba a casa hacia las once, pero esa noche eran las once y media y no llegaba, entonces Matty la llamó, ella no le cogió el teléfono, la volvió a llamar unas cuantas veces, no sabía cuántas, ella después dijo que tenía catorce llamadas perdidas, pero exageraba, no lo comprobó pero seguro que no eran tantas y, de todas formas, si Alicia le hubiera cogido el teléfono a la primera no habría tenido que llamar tantas veces. Según ella se había dejado el teléfono en el bolso y el bolso en el coche y después de cenar se habían ido todos a casa del filósofo ese que a Matty, la única vez que le ha visto en la vida haciendo la compra en el supermercado, le pareció medio imbécil por mucho que ella le dijera que era brillante, el filósofo. Le dijo que no se había dado cuenta de la hora hasta que entró en el coche y cogió el bolso y miró el teléfono y se asustó al ver todas las llamadas perdidas y entonces sí llamó a Matty pero él no quiso coger,

aunque estaba despierto, en la cama esperando pero despierto. No le quería dar el gusto de responder y tranquilizarla antes de llegar a casa, prefería que no supiera cómo iba a encontrarle o si había salido a buscarla o qué. Cuando Alicia llegó a casa entró sigilosamente en su habitación —ya dormían separados desde hacía meses, a cuenta de sus dolores y su insomnio le había pedido que se fuera de la habitación y él se fue, como un gilipollas se fue, aunque cuando le daba la gana se metía en su cama porque qué es eso de no poder dormir con su mujer, hasta que empezó a encerrarse con llave, pero eso vino después, cuando ya le pidió el divorcio porque le tenía miedo, decía, como si él fuera capaz de hacerle daño— y cerró la puerta, pensando que él estaba realmente dormido porque no le había cogido el teléfono o, tal vez, evitando verle, enfrentarse a él, ¿cómo iba a querer verle? Matty se levantó y tocó con los nudillos en la puerta, conteniéndose porque de lo que tenía ganas verdaderamente era de echarla abajo. Tocó un par de veces más y, como ella no respondía, entró. La encontró sentada en el inodoro, con los brazos apoyados en las piernas desnudas, las bragas y medias hasta el suelo, los zapatos de tacón todavía puestos, la cara entre las manos. Levantó con un gesto brusco la cabeza, pensaba que estabas dormido, le dijo. Es lo que tú quisieras, para que no te vea la pinta que traes, contestó él. Alicia le dijo días después que la llamó guarra y otras cosas, pero es mentira, Matty sólo dijo que tenía mal aspecto, de puta, de yonqui, el maquillaje corrido, despeinada, la mirada vidriosa, todavía borracha o fumada o algo peor. Alicia le pidió perdón, se me ha pasado la hora, tenía que haberte avisado, no me he dado cuenta. Él no armó ningún escándalo, ya hablaremos, debería darte vergüenza llegar así y encima conducir que si te llegan a pillar borracha te quitan la licencia y después, como siempre, yo me tengo que responsabilizar de todo. Discutieron algo más, pero Matty no se puso agresivo como dijo ella después, ese día no. A la mañana siguiente no se vieron, él tenía que salir de casa a las siete para ir al banco porque tenía una reunión de primera hora mientras ella a saber a qué hora se levantaría. Le envió un mensaje pidiéndole perdón, otra vez, avisándole de que esa noche llegaría también tarde, aunque no tanto, porque tenía un seminario. Pasaron cuatro o cinco días en los que apenas se vieron. Matty cenaba pronto y se encerraba en su cuarto y, cuando se cruzaba con Alicia por la casa la miraba pero no le hablaba. Su enfado y su suspicacia crecían al verla a ella demacrada, llorosa, lastimera. Hasta que llegó el domingo, estaba ella cocinando, Matty salió de su habitación y bajó a coger

una cerveza de la nevera y ella le dijo que tenía que contarle algo, no aguanto más, he cometido un error. Dejó el cuchillo con el que estaba cortando las cebollas encima de la tabla y mientras se aclaraba las manos en el fregadero y sin mirarle a la cara le contó que después de la fiesta en la casa del filósofo imbécil llevó al invitado que habían tenido en la universidad al hotel y que al despedirse se habían besado, que no había pasado nada más pero que se sentía tan mal que tenía que contárselo. Todo eso le dijo de espaldas a él mientras se aclaraba las manos y se las secaba. No le miró hasta que dejó el trapo en el mostrador y se dio la vuelta. Tenía los ojos hinchados y esa expresión que no se quitaba de encima últimamente, de pena o de hastío o de asco o de miedo. Matty no sabía si fue su confesión o esa cara que él no lograba entender lo que le hizo ver todo negro, que ya no la oía ni la veía y se acercó a ella y de repente ella estaba de cuclillas en el suelo, abrazada a sus piernas y Matty miró el cuchillo, las cebollas a medio cortar, la sartén con el aceite caliente que se empezaba a quemar y la oyó llorando y cogió las llaves del coche y salió de casa. Se fue a tomar unas cervezas a El Tanque, que estaba vacío y el camarero con pocas ganas de hablar. Durante la primera cerveza rebobinó a la noche de autos, cuando entre llamada y llamada perdida había buscado en la página web de la universidad quién era el invitado con el que estaba Alicia, otro filósofo con pinta de no lavarse y que escribía sobre éticas y revoluciones, mucha ética pero a la menor metía la lengua, o quién sabe qué más, en la boca de la mujer de otro, pensaba Matty mientras bebía ya la segunda cerveza, aunque igual no le dijo que estaba casada porque nunca lleva anillo, quién es ese tipo, qué ha visto en él para ponerme los cuernos porque aunque diga que sólo fue un beso, cómo sé yo que no se lo folló. Después de dos horas y la quinta cerveza Matty volvió a casa. Aparcó en la calle junto al coche de Alicia, entró por la cocina, todavía olía a aceite quemado, la casa totalmente a oscuras, silenciosa. La llamó varias veces, ella no contestó, subió las escaleras y la llamó desde el descansillo cercano a la puerta cerrada de su habitación, tocó con los nudillos. Nada. Abrió la puerta. Estaba en la cama. Déjame sola, le dijo. Matty se desnudó sin que ella le mirara ni una vez, seguía debajo de las sábanas, se las arrancó de un tirón, le quitó las bragas y la camiseta, ella le dejó hacer en silencio, la penetró sin besarla ni acariciarla, abriéndose camino dentro de ella sin miramientos ni esperar a que se lubricara, sin atender a sus quejidos que no llegaron a convertirse en gemidos sino sollozos, la muy perra se habría corrido del gusto

con ese mierda, como se corría con él antes, gritando en orgasmos interminables, pero ahora no, ahora seguía seca y cerrada y quejándose y cerrando los ojos, sin mirarle y rechazándole con todo su cuerpo y cuando se corrió dentro de ella y sintió cómo lo empujaba con sus manos para que se retirara entonces sí le hubiera reventado la cara, la hubiera agarrado por el cuello, por ese cuello fino y largo tan frágil pero en vez salió de ella y el puñetazo que debería haber acabado en su cara suave y mullida acabó en la pared de pladur, pero eso tampoco lo calmó, ni lo hizo verla encogida en la cama y temblando, así que se fue a la ducha, se vistió y cuando salió del baño ahí seguía ella, desnuda, encogida y lo miró con miedo, entonces sí que tenía miedo y Matty le dijo todo lo que quiso porque se lo merecía, le tendría que dar las gracias porque sólo la insultó.

NECESIDAD

Matty mantiene el cartón con su número de pujador en el regazo. Greg ha pujado en varias ocasiones sin conseguir que se le adjudique ninguna de las herramientas: una lijadora de mano, un martillo neumático, un lote de cinceles antiguos.

—Hoy no es mi día.

Matty asiente, taciturno.

—¿Quieres quedarte a pujar por algo más?

—No, vámonos. Te invito a desayunar, que te veo alicaído.

Matty sonríe. Se levantan, devuelven sus números, recogen sus abrigos y se van a Molly's. Son las once y ya hay cola en la puerta, pero deciden esperar.

—Hoy no has pujado por nada.

—Bah, para qué.

Se frotan las manos, patean el suelo, se arrebuja en los abrigos.

—Creo que igual me pongo a vender en eBay algunas cosas.

—¿Y eso?

—Tengo que hacer sitio en el garaje.

—Antes déjame ver lo que quieres vender. Igual te compro algo.

—Claro, cabrón, como sabes lo que pagué contigo no hago negocio.

Se ríen, zapatean, dan saltitos intentando sacudirse el frío. La cola avanza rápidamente y después de unos minutos entran en el local. Huele a café algo quemado, huevos fritos, salchichas, bacon. Les asignan una pequeña mesa en una esquina. La camarera llega con el café, ellos piden el desayuno completo con extra de bacon.

—Eso que me contaste un día sobre tu crisis con Emily...

Greg lo escucha atento, lo anima con un gesto a seguir.

—Que casi os separáis y eso...

—Sí, ¿qué quieres saber?

—No me llegaste a decir por qué fue.

—Buf, fue hace mucho.

—Si no me quieres contar, está bien, es sólo que...

—¿Te ha pasado algo con Alicia?

Matty asiente, se queda mirando la taza de café, no sabe qué contarle a Greg, si quiere pasar por la humillación de contarle algo.

—Fue después de nacer Courtney. Me lié con una chica que trabajaba entonces en el banco. Emily se enteró y estuvo a punto de dejarme.

—¿Se lo contaste tú?

—¿Tú estás loco? ¿Cómo se lo voy a contar yo?

Matty vuelve a fijar su mirada en la taza de café.

—No, se enteró porque yo no sé mentir. Me contradecía tanto con las excusas que le ponía para llegar tarde a casa o ausentarme durante el fin de semana que al final se lo olió. Un día me siguió a la salida del banco y vio que me metía en el apartamento de esta chica mientras le manoseaba el culo y me la comía a besos.

—¿Y nunca pensaste en confesar?

—¿Para qué? A ver, no es que estuviera feliz engañándola, pero pensé que mientras pudiera mantener la situación no iba a dejar a la otra. Era una preciosidad y tan despreocupada, tan simpática.

—¿Qué fue de ella?

—Cuando la dejé cambió de trabajo. No porque estuviera mal, no te creas, para ella creo que también era sólo una diversión, pero le salió otra oportunidad y se fue.

—¿Y cómo reaccionó Emily?

—Pues mal, muy dolida, me quería echar de casa. Nos costó mucho retomar la relación y volver a ganarme su confianza. Pero la cría nos unió mucho.

La camarera interrumpe la conversación con los dos platos gigantescos de comida.

—¿Has vuelto a hacerlo?

—¿Con esta pinta de morsa que tengo? Ya no atraigo ni a los gatos.

Matty sonríe. Sacan los cubiertos del envoltorio, aderezan sus platos con ketchup, sal, pimienta.

—¿Por qué me preguntas todo esto, Matty?

—Bah, vamos a comer tranquilos.

—Puedes contarme lo que sea.

Matty se piensa unos segundos la siguiente pregunta:

—¿Qué habrías hecho si hubiera sido al revés?

Greg suelta una carcajada que casi le hace atragantarse con un pedazo de salchicha.

—¿Emily poniéndome los cuernos? ¡Imposible!

Acaba de tragar la salchicha ayudándose del café.

—No jodas, Matty... ¿Alicia?

—No sé, yo qué sé. Pasó hace un par de días. Me dijo que se besó con un tío. La hubiera matado. Todos estos meses cuidando de ella, su puta endometriosis, sus excusas para dormir separados. Y en cuanto se recupera, mira lo que me hace.

—Bueno, un beso...

—¿Y tú te crees que sólo fue un beso? Y no es sólo eso, joder, esto ya es el colmo.

—¿Qué le dijiste?

—No reaccioné bien.

—Normal.

Continuaron comiendo un rato en un silencio sólo interrumpido por la camarera para rellenar sus tazas de café.

—Es que es mi mujer, hostia, mi mujer, y hace lo que le da la puta gana, es como si yo no existiera. Se va a España cuando le apetece, me trae a su madre y me la mete en casa, vivo en este puto pueblo por ella, no te ofendas, tío, pero podría vivir en cualquier sitio y aquí estoy, no tengo hijos por su culpa, le doy todos los caprichos, la adoro, la adoro, ¿no crees que la adoro?, estoy pendiente de ella a todas horas y... mira, es que la hubiera estrangulado ahí mismo, tío, la hubiera...

—No digas eso, Matty.

Matty asiente, pero sigue mascullando por lo bajo.

—¿No la habrás...?

—¿Qué, me vas a acusar tú también de algo?

—No, sólo digo que... bueno, que no te merece la pena ponerte así. Lleváis tiempo mal, igual es hora de replantearse las cosas.

—Yo no tengo que replantearme nada, sólo quiero una mujer normal.

Terminan el desayuno, piden la cuenta, Greg insiste en pagar. A la salida, Matty propone tomarse unas cervezas.

—Es pronto, seguro que Emily todavía no te espera. Yo no tengo prisa.

—Lo siento, Matty, pero le prometí que la acompañaría a mirar unos apliques para las puertas de los armarios de la cocina.

—Es verdad, ya me lo habías dicho. Bueno, pues nos vemos el lunes en el banco.

—Llámame si te apetece charlar.

—Claro.

Matty conduce hasta casa. El coche de Alicia no está. Entra en el garaje y desde ahí oye maullar a Vargas. Encuentra una nota de Alicia en la cocina: si me necesitas, estoy en la uni.

Por supuesto que la necesita. Es su mujer.

PROVIDA

Alicia supo que estaba embarazada con los primeros síntomas. Se le había retrasado un poco la regla, apenas dos o tres días. Tal vez porque como desde niña siempre hizo algún deporte —gimnasia rítmica, ballet, taekwondo, atletismo— enseguida se daba cuenta de los cambios en su cuerpo, aunque fueran mínimos. Empezó a notar, con extrañeza, que algo estaba cambiando: los pechos hinchados e hipersensibles le dolían más que cuando iba a menstruar, tenía constantemente ganas de orinar y pasaba rápidamente de la asepsia emocional a la depresión. Hacía tiempo que se había instalado en el terreno poco variable de la melancolía, pero durante esos días la vivía acompañada de pequeños cataclismos de rabia en algunos momentos, de tristeza en otros. Al cuarto día de retraso, entre el pánico y la incredulidad, sin decirle nada a Matty, compró tres marcas diferentes de test caseros de embarazo en una farmacia alejada de su casa y del campus, donde sabía que no se iba encontrar con ningún conocido. El primero lo hizo esa misma noche mientras él veía la tele. Orinó sobre la punta del predictor y esperó durante diez minutos a que algún tipo de raya apareciera en el palito empapado, pero nada ocurría. Leyó de nuevo el prospecto y recomendaba hacer el test por la mañana. Escondió el usado y los dos nuevos en su neceser y se fue a la cama, sabiendo que no pegaría ojo hasta la mañana siguiente. Se levantó a las seis de la mañana y se encerró en el baño. El siguiente test tenía las mismas instrucciones: orinar sobre el extremo y esperar entre uno y diez minutos. Mientras esperaba relejó el prospecto: «si salen dos rayas azules, enhorabuena, estás embarazada». Enhorabuena, como si todas las mujeres que se hacen este test buscaran estarlo. A qué hijo de puta se le habría ocurrido ese texto, pensó Alicia. En menos de tres minutos el resultado estaba clarísimo: dos rayas azules. Le temblaban tanto las manos que no conseguía

abrir el paquete del otro test. Cuando lo consiguió, siguió el mismo procedimiento. En éste la enhorabuena se la daban si las rayas eran rosas. Azul y rosa, ya anticipando que gestaría uno de los dos. Ahí estaban, las dos rayas rosas. No pudo gritar, patear los aparatos de mierda, la puerta o dar puñetazos a la pared. Sólo pudo esconderlos envueltos en abundante papel en su mochila, ducharse rápidamente, vestirse y marcharse a trabajar sin despedirse de Matty. Al llegar a la universidad los tiró en el contenedor higiénico del baño de su departamento. Ojalá pudiera hacer lo mismo con esto que llevo aquí dentro, pensó, y llamó de inmediato a su ginecóloga para pedir hora.

Alicia iba a una clínica en la que se practicaban abortos. Eran legales en esta parte del país pero como todas las clínicas abortistas, la suya también tenía que soportar el acoso de los autodenominados provida que, cada jueves, aparecían en las inmediaciones de la clínica. Tenían prohibido pisar la propiedad, pero no su pequeño aparcamiento en el que apenas cabían quince coches. Atravesarlo era la única forma de entrar en el edificio. Cada vez que una mujer aparcaba, ellos iban en masa a insultarla durante todo el recorrido del coche a la entrada. Como protesta ante ese acoso, varias compañeras de la universidad de Alicia organizaban concentraciones silenciosas frente a ellos en la puerta de la clínica una vez al mes. Se plantaban cinco o seis mujeres y parte del personal sanitario. Sin carteles, sin consignas, en silencio, aguantando sus insultos. A veces se les unía alguna paciente pero casi nunca llegaban a las diez personas, mientras que los provida eran siempre más de veinte. Durante un año —mientras a Alicia le hacían docenas de ecografías internas y externas, análisis pélvicos, análisis de sangre, buscando un diagnóstico para sus dolores— tuvo que ir casi cada semana a la clínica y coincidió varias veces con estas dos concentraciones enfrentadas. Aparcaba el coche y ya veía a los provida con sus carteles con fotos de fetos y bebés mutilados a escasos diez metros de la entrada y, frente a ellos, el puñado de mujeres entre las que se encontraban sus colegas de la universidad. Alicia se ponía nerviosa anticipando los gritos e insultos de los antiabortistas y las sonrisas frías de sus colegas que no entendían cómo ella, que daba clases de feminismo en la universidad, no se unía a las protestas. Así se lo dijo Monica durante una cena en casa de una amiga común. No entendía, le dijo, cómo no sentía la necesidad de unirse a sus concentraciones. Así se lo dijo, aunque en

realidad lo que le quería decir es que no entendía cómo podía ser tan hipócrita y cobarde. Alicia recordó otros momentos en los que se requería de ella un acto público de valor, esas manifestaciones y contramanifestaciones que también ocurrían en su pueblo cuando era adolescente, donde unos defensores de la muerte gritaban contra unos pocos pacifistas que guardaban silencio detrás de una pancarta. Las situaciones no eran comparables pero su parálisis sí lo era. Intentó explicárselo a Monica: había algo en ella que le impedía enfrentarse a ese tipo de violencia, que no era cobardía —no quería creer que lo fuera— sino una ansiedad irritante, nerviosa, miedo a un propio estallido de violencia que no sabía cómo manejar. Monica no insistió, aunque a Alicia no le dio la impresión de que la entendiera o que supiera de lo que estaba hablando. Dos semanas después de esa cena Alicia le avisó de que iría a la concentración. Monica le dijo que llegara a las siete y media de la mañana, antes de que abriera la clínica ya que los manifestantes solían llegar a las nueve y había que hablar de los posibles contratiempos que iban a encontrar durante la mañana. Se sentaron las siete mujeres que estarían fuera ese día a tomar un café con la directora de la clínica quien les informó de que tres adolescentes tenían citas para abortar y que tenían que estar particularmente alerta a la reacción de los antiabortistas. A veces tenemos que intervenir, explicaba Monica, salir a buscar a las muchachas para aislarlas lo más posible del grupo de acosadores, que siempre las persiguen hasta la puerta insultándolas.

Salieron a las ocho y media a la puerta. Después de los diez primeros minutos Alicia ya no podía sentir los pies debido al frío que hacía. Era noviembre y llevaban un par de semanas con temperaturas bajo cero. Pensó, esperanzada, que entre el viento glacial y la amenaza de lluvia helada tal vez decidían aparcarse su rabia hasta que escampara. Antes de las nueve ya comenzaron a llegar en grupos de cuatro o cinco. La mayoría eran hombres, todos más o menos del mismo aspecto: blancos, algunos con barba o perilla, de tamaño XXL, con el aspecto clásico de la clase pobre rural americana (camisa de cuadros, pantalones vaqueros demasiado anchos, botas de nieve, chaquetón de camuflaje, gorra de béisbol), más de cincuenta años. Había un par de mujeres también, igualmente obesas, con indumentaria similar excepto que mostraban sus melenas rubias y ralas y llevaban chaquetones pardos y raídos. Dejaban sus coches en un aparcamiento público apenas a una cuadra

de la clínica y venían andando, con sus carteles, sus altavoces, sus termos de café y bolsas con provisiones. Parecía que venían a una verbena. Nada más llegar lanzaron unos cuantos insultos: putas asesinas, zorras, moriréis por la furia de dios, hijas de satanáas. Alicia empezó a sentir un fuerte ardor en el estómago, un temblor en las manos, una aceleración cardíaca que no se debía al miedo, sino a la rabia, al odio, a un repentino deseo de bajar las cuatro escaleras del edificio y romper la cara al más vociferante, al puto cerdo que más babeaba al gritar y que la miraba a ella, la única con aspecto de hispana y le gritaba inmigrante de mierda, vuelve a tu país a matar niños. A las nueve y cuarto un pequeño Volkswagen entró en el aparcamiento y frenó en seco. Después de unos segundos se acercó lentamente al espacio más cercano a la entrada. Había dos mujeres dentro. Al salir, vieron que una de ellas era una chica muy joven, una de las adolescentes a las que esperaban en la clínica. Salió del coche y la horda se acercó a ella, gritándole, al mismo tiempo que Alicia y sus compañeras bajaban las escaleras. Consiguieron llegar al mismo tiempo que ellos. Alicia puso su cuerpo entre la joven y el tipo que hacía pocos segundos la insultaba y que seguía haciéndolo, ahora a escasos centímetros de su cara: perra, puta mexicana, asesina. Alicia después no recordaría bien qué pasó, ni la coz que le dio con sus pesadas botas de nieve, ni el empujón que hizo que el tipo perdiera el equilibrio y cayera torpemente sobre su codo izquierdo, llevándose por delante a una de las mujeres, quien acabó sentada de culo en el suelo, al lado del hombretón, que se agarraba el codo y gimoteaba. Las compañeras de Alicia rodearon a la chica y la metieron al edificio, seguidas de cerca por la madre. Alicia las siguió, todavía temblando de rabia. Cuando estaban ya todas en una de las salas de espera privadas, Monica se acercó muy seria a Alicia.

—Ahora vete, por favor. Lo que has hecho no está bien.

Alicia no entendía. Antes de poder formular una queja o preguntar por qué, Monica continuó:

—No podemos tocarles. Si les tocamos, nos pueden denunciar y entonces sí que lo tendremos difícil.

—O sea que a nosotras nos pueden gritar de todo, amenazarnos, y nosotras no podemos defendernos.

—Libertad de expresión, contestó con condescendencia. Mira, aquí todas entendemos la naturaleza del trato.

—¿Qué trato?, preguntó Alicia cada vez más alterada.

—Ellos tienen derecho a insultarnos y nosotras a hacer lo que nos dé la gana con nuestro cuerpo. Son molestos y a las chicas les asustan, pero estamos aquí para tranquilizarlas, no para causar más violencia ni confrontación.

—¿Y los asesinatos de doctores que practican abortos? ¿Y las amenazas?

—Son casos excepcionales, respondió Monica, y en esta clínica nosotras trabajamos así. Si no sabes cómo contenerte, mejor no vengas.

Recogió sus cosas y se fue de la clínica sin despedirse, triste, humillada, avergonzada. A la salida la esperaba la horda que ahora, además de inmigrante de mierda y asesina, también la amenazaba con una denuncia por agresión. Nunca la pusieron y Alicia no volvió a ninguna de las concentraciones. Con Monica se encontró varias veces en la universidad y siempre actuó como si nada hubiera pasado, con la misma cordialidad hipócrita que usaba con ella desde que la había conocido hacía casi diez años.

A pesar de la vergüenza de ese día, Alicia nunca se planteó cambiar de clínica. Intentaba planear sus visitas cuando sabía que no había concentraciones, siguió yendo regularmente para sus pruebas y también para hacerse la laparoscopia una vez que encontraron el origen de los dolores y le diagnosticaron endometriosis. Después de la operación pensó que no tendría que volver en mucho tiempo, pero dos meses después, ahí estaba, con una cita de urgencia. La atendió su ginecóloga y, tras unas sencillas pruebas, confirmó que estaba embarazada. La ginecóloga estaba tan sorprendida como ella y sabía —conocía a Alicia muy bien, después de tantos tratamientos— que lo último que quería su paciente era tener hijos. La solución era obvia: abortar.

—¿Has hablado ya con tu marido?

—No, ni pienso hacerlo.

La doctora no le hizo más preguntas. No la juzgó. Le explicó que era tan pronto que podían usar el método químico, mucho menos traumático. Pero precisamente porque era muy pronto tenía que esperar una semana. Alicia dudó si sería verdad, si pospuso la siguiente cita para que tuviera tiempo de pensárselo. No necesitaba pensar nada salvo la forma de abortar sin que Matty se enterara. No estaba dispuesta a soportar su presión para que lo tuviera, es el mejor antídoto para tu egoísmo, salir de esas pajas mentales, eso

te enseñaría cuáles son las prioridades en la vida para cualquier persona normal, dejarías de preocuparte de ti, tu trabajo y tus libros y serías una persona completa, te volcarías en lo que realmente importa: la familia y yo, que soy tu marido y para qué, si no tenemos un proyecto común, un hijo es un proyecto común, tu madre sería feliz, sabiendo que deja algo de continuidad en este mundo, piensa que eres su única hija, etc., etc. Alicia no podía tener esa pelea porque no quería arriesgarse a perderla. Después, cuando ya todo estaba perdido, a veces pensaba que hubiera estado bien. De esa forma la ruptura habría llegado antes.

Después de una semana en la que Alicia se volcó totalmente en el trabajo y evitó pasar tiempo con Matty —no era tan extraño, su dinámica ya llevaba tiempo siendo ésa—, la ginecóloga le administró la pastilla. Tenía que tomársela ahí, delante de ella, y después ir directamente a casa a reposar hasta que llegaran los calambres y, con ellos, la expulsión de los residuos. Alicia observó la pastilla unos segundos y rompió a llorar.

—¿Por qué lloras, Alicia, tienes dudas?

—Ninguna, dijo ella entre sollozos.

Y era verdad. No había una sombra de duda en su decisión, pero sí una gran tristeza, la conciencia de que todo eso que estaba viviendo era absurdo e injusto. Mientras ella estaba a punto de acabar con esa vida potencial —es una puta alubia, se recordaba—, Isa llevaba varios años intentando quedarse embarazada sin resultados, Natalia, tras un embarazo muy complicado, dio a luz a un bebé sietemesino muerto. Y ahí estaba ella, delante de esa pastilla, sola, absolutamente sola, lejos de su madre, qué pensaría si lo supiera, de Garbiñe, de Natalia, de Isa. Su padre, qué diría su padre si la viera. Acalló las voces y los juicios tomando la pastilla y bebiendo el vaso de agua de un trago, firmó un papel que señalaba que la había tomado y se fue a casa a esperar a que se desatara todo.

El veneno tuvo su efecto. Alicia purgó eso que se estaba gestando ahí dentro, eso que podía haber sido su hijo, su hija, pero que para ella era una alubia, se repetía, una alubia no más. El dolor fue intenso, mucho más de lo que había sufrido con la endometriosis, como si un ratón de uñas afiladas estuviera escarbando en sus paredes, como si una legión de hormigas rojas recorriera sus ovarios, su útero, comiéndose mordisco a mordisco todo aquello que encontrara a su paso. Tuvo que disimular el dolor en soledad,

encerrada en el baño cada vez que tenía un calambre porque sabía que poco después iba a salir de ella un coágulo, que necesitaba estar sentada en el inodoro para deshacerse de esa masa sanguinolenta sin que él se enterara, dejar correr el agua hasta tres veces para eliminar cualquier rastro de sangre. Alicia mintió, como mentía ya por otros motivos: no es nada, es la regla, que me ha venido muy dura, será que mi cuerpo se está regulando, no te preocupes, estoy bien.

Después del dolor físico vino otro tipo de dolor, un dolor interior, sordo y corrosivo, ilocalizable. Alicia pensaba que con tomar la pastilla y sufrir durante cuarenta y ocho horas todo pasaría, que se olvidaría del aborto como se había olvidado de tantas cosas dolorosas, archivadas en algún lugar lejano de su memoria. Pero no fue así. Las siguientes semanas Alicia cayó en el desánimo. Su cuerpo se rebeló contra ella. La invadió un cansancio que le impedía llevar a cabo las tareas más básicas. Relegó en Sylvia muchas cuestiones que no eran de su competencia, faltó a sus clases toda una semana, canceló su participación en una conferencia en Miami a la que estaba deseando ir. Fueron dos semanas de letargo durante las cuales se guardó muy bien de que él se enterara. Tenía tanto miedo de que la descubriera que Alicia no se lo contó absolutamente a nadie. Si no salía de ella, nadie se enteraría jamás. Pero tuvo que salir. Lo tuvo que poner por escrito porque si no, el dolor y la angustia acabarían asfixiándola. Anotaba cada día en un cuaderno cada paso dado, cada sensación corporal, cada malestar, cada momento de angustia. Después de escribir hasta agotarse, lo destruía. Mojaba la página bajo el grifo hasta hacer correr la tinta, veía cómo las palabras que reflejaban su dolor se desvanecían, huían por el desagüe. Cuando no había ni rastro de ellas hacía una pelota con el papel mojado y lo metía en una bolsa de plástico que a su vez escondía en la mochila para después tirarla en la Universidad.

ESTOY EN EL PASILLO Y LA OIGO RESPIRAR

Si Matty se acerca lo suficiente a la puerta puede oírla. Se mueve mucho en la cama, tiene la respiración fuerte, entrecortada. Si no se da cuenta y pisa la tabla que está suelta y cruje o si se le acerca Llosa y empieza a maullar para llamar su atención, oye cómo ella se tensa, se incorpora en la cama, deja de respirar para escuchar si realmente está ahí, detrás de la puerta. Sabe que se cierra con el pestillo, pero podría entrar si quisiera, un empujón, una patada y estaría dentro.

Ya sólo les queda un mes más viviendo bajo el mismo techo, cada uno en un ala de la casa. Matty se ha propuesto respetar el acuerdo de divorcio y para cuando Alicia vuelva en enero se habrá ido, sólo le quedarán las gatas y sus cosas, el equivalente a lo que tenía cuando se conocieron, o sea, nada, lo que se merece, ni más ni menos. Y la hipoteca casi completa. Pero hasta que llegue el día de dejar la casa, Matty quiere que Alicia sepa que está ahí, tendrá que soportar la incertidumbre de si en algún momento va a dar el paso, forzar la puerta, entrar en su habitación. Con eso se conforma, es de buen conformar, que no se queje, podría haber presionado más, porque está seguro de que hay algo más, alguien más, que así como así ella no llegó a la conclusión de que se acabó y ya, sin explicaciones, como si ser infeliz, en general, sirviera para romper un matrimonio, que si la asfixia que si no me entiendes que si me controlas que si me das miedo que si ya no te admiro que si no quisiste hacer terapia conmigo pero si era ella la que tenía problemas para qué iba él a acompañarla a un puto loquero que si tu padre que si tu infancia. Claro que Matty podía haber presionado, llevarla a juicio porque ya había sido infiel una vez, que lo confesó ella, entonces cómo no saber si le

deja porque tiene a otro, pero no, quería un divorcio, pues ya lo tiene, con las condiciones de Matty pero lo tiene, otra gente no es tan generosa y se niega y van a corte y él lo podía haber hecho pero no, como siempre salió perdiendo él, ahora ella se va con su madre por Navidad y él se queda aquí a vaciar la casa, esta casa que ella tanto quería, a ver cómo la paga ahora, y él a organizar su mudanza, a perder días de sus vacaciones para hacerlo. Que se alegre de que no tira la puerta abajo de que se conforma con saber que está ahí dentro encogida debajo de las sábanas tiritando de miedo seguro que ya no duerme desnuda con su ordenador su teléfono móvil a mano deseando que se vaya para no verle no tener que cruzarse con él las mañanas ni toparse con su olor en algún lugar de la casa como se topa él con el suyo o escuchar su voz cuando habla por teléfono como oye él la suya aunque susurre para que no la oiga. Ya está aquí Llosa, maullando y restregándose contra él. Aúpa, gordita, le susurra, esta cabrona no se merece que nos pasemos la noche a su puerta. Vargas sale a su encuentro y les sigue, les adelanta con dos saltitos en diagonal. No nos merece esta cabrona, ¿verdad, bonitas?

ALEJAMIENTO

Sólo quinientos metros. Su abogado argumentó que si ponían un radio mayor, Matty perdería su trabajo en el banco, a menos de un kilómetro de distancia de la universidad. En ese momento a Alicia le dio pena. O quizás no le dio pena, pero se quiso sentir menos culpable y aceptó los quinientos metros. No le habría puesto la denuncia si Sylvia no hubiera insistido. Ese día Alicia salía de su oficina cuando ya había caído la noche. Soplaba un viento helador, como casi siempre en esas primeras semanas de marzo cuando la primavera no acababa de llegar. Alicia atravesó corriendo los cien metros que separan el edificio del aparcamiento y se metió en el coche. Nada más cerrar la puerta sintió un golpe en la ventana, no muy fuerte, un toc-toc-toc de nudillos. Se sobresaltó porque antes de girar la cabeza ya sabía que era él. Matty la invitaba con un gesto tranquilo y sonriente a que saliera del coche. Alicia negó con la cabeza. Insistió con otro gesto, el de bajar la ventana. Alicia la bajó unos centímetros.

—No seas paranoica, anda, no te voy a hacer nada, sólo quiero hablar, no me trates así, como si no me conocieras, que nunca te he puesto la mano encima, joder, deja de inventarte cuentos y baja la ventana un poco más, que no quiero hablar a gritos aquí en medio del aparcamiento y te tengo que comentar algo importante.

Alicia conocía ese tono irritado, frío, implacable, incesante y sabía que no podría irse de ahí hasta que él le dijera lo que le tenía que decir. Bajó la ventana del todo y, antes de que se diera cuenta, él había metido la mano y la agarraba fuerte del pelo.

En ese momento, Sylvia, que se había quedado rezagada unos minutos hablando por teléfono, llegó al aparcamiento y vio medio cuerpo de Matty metido en el coche. Supo inmediatamente lo que estaba pasando. De su

garganta salió un grito de guerrera y se lanzó corriendo hacia el coche. Matty la oyó y soltó inmediatamente a Alicia.

—Ya te pillaré, hija de puta, le dijo al oído y se fue por el lado contrario del que venía Sylvia.

Alicia estaba temblando. Sylvia se sentó en el lado del copiloto, la agarró de la mano, no conseguía que Alicia la mirara.

—¿Te ha hecho daño?

—No, sólo un tirón de pelo. Estaba borracho. Olía a alcohol. Sólo el susto. Decía que quería hablar...

—Quería hacerte daño.

—¿Nos ha visto alguien?

—Eso qué más da.

—Qué vergüenza.

Sylvia acompañó durante unos minutos a Alicia en silencio, hasta que le propuso ir sin más demora a la comisaría.

—¿Para qué? No me ha hecho nada.

—No sabes lo mucho que te ha hecho ya, Alicia. Y esto va a ir a más.

—No soy una víctima, me las puedo arreglar sola. Sé cómo tratarle, Sylvia. Matty no es tu ex.

Sylvia hablaba desde su propia herida. En su caso el maltrato —un maltrato sostenido que Alicia no relacionaba con lo que estaba viviendo ella— había durado años. Sylvia era hija de padres alemanes que habían llegado a Estados Unidos después de la guerra mundial, en 1950. Estaba convencida de que su padre había luchado en la guerra, que había visto y tal vez hecho barbaridades, que estaba profundamente traumatizado. Era un hombre taciturno, de muy pocas palabras. Trabajó toda su vida en una cadena de montaje y desde que Sylvia era pequeña —la menor de seis hermanos— vivió sumido en un alcoholismo aletargado que de vez en cuando se transformaba en cólera y violencia. Su madre, por su parte, era una mujer dura, el estereotipo de alemana severa, fría. Sylvia sospechaba que había sido violada al final de la guerra porque su pueblo fue uno de los arrasados por el ejército soviético y que el matrimonio posterior con el padre fue una forma de huir de esa Alemania devastada y llena de recuerdos dolorosos. América, sin embargo, no los recibió con los brazos abiertos. Vivían en un pequeño pueblo

al norte de Nueva York donde todo el mundo se conocía y donde ser alemán —como en cualquier pueblo de los Estados Unidos de posguerra— era de por sí un delito y un estigma. Sus seis hijos, sobre todo los dos mayores que llegaron al pueblo cuando tenían cinco y tres años, pagaron la herencia contaminada de los padres. A Sylvia nunca se le olvidó que sus compañeros de clase le hacían el saludo hitleriano, que se burlaban del fuerte acento de los dos hermanos mayores y de que su madre apenas supiera inglés. Pasó la infancia rodeada de esos hermanos que peleaban constantemente entre sí y apenas constataban su existencia, entre el mutismo rígido de la madre y la ruina alcohólica del padre. El único que cuidaba un poco de ella era Michael, el tercero, con el que todavía hoy tiene una relación muy estrecha. Sylvia buscó su escape en un novio que la fascinó con su rebeldía y sus ganas de comerse el mundo. Dos días después de acabar las clases del último año de instituto, Sylvia se fugó al sur con él. Lo que vino después fueron años dando tumbos de pueblo en pueblo apoyando a un novio con aspiraciones de convertirse en el siguiente Johnny Cash. Lo más cerca que llegó a ello fue una temporada cantando en garitos de mala muerte de Nashville. Mientras él buscaba el éxito, Sylvia trabajaba de camarera en bares de carretera y mantenía con su sueldo a él y a los dos hijos que tuvo entre los diecinueve y los veintiún años. Cuanto más lejos estaba de triunfar, el-que-quería-ser-Cash más bebía y más culpaba a Sylvia y a los niños de los pesares de su vida. Y cuanto más bebía, más los maltrataba. Así vivieron unos diez años, como protagonistas de una película de serie B. El evento que precipitó un cambio en la vida de Sylvia fue su decisión de retomar los estudios. Nada ambicioso, un curso de administrativa para mayores en la universidad pública. No se atrevía a decírselo a su marido, así que dejó los papeles de la inscripción sobre la mesa de la cocina. Fue su hijo mayor, Ernie, que por entonces tenía doce años, quien se la encontró inconsciente y cubierta de sangre en el suelo de la cocina y quien llamó a la policía y a la ambulancia. Fue él quien preguntó a la policía si podía denunciar a su padre por malos tratos. Una agente y una trabajadora social hablaron con Sylvia en el hospital y le explicaron procedimientos y salidas a su situación. Fue la vergüenza —no la rabia, el miedo, el hartazgo o la venganza— lo que impulsó a Sylvia a tomar su decisión. Orden de alejamiento, denuncia por malos tratos, petición de divorcio. Sylvia esperaba una batalla a muerte, pero entre que tuvo una abogada eficaz y su ex consiguió que lo metieran en la cárcel por varios

intentos de agresión, pudo divorciarse de él con relativa facilidad.

Para ella fue fácil ver lo que le estaba pasando a Alicia. Era cierto que Matty no era como su ex, que posiblemente nunca llegaría a extremos de violencia, pero lo que más miedo le daba es que reconocía en Alicia todas esas actitudes que muestran que el maltrato ha hecho su efecto: la paralización, el miedo y las disculpas, asumir que la culpa de todo es suya, ceder ante todas sus presiones. Si no, ¿cómo se explica que en el divorcio le haya dado hasta la mitad de su fondo de jubilación?, ¿que ella se haya quedado con todas las deudas y él se acabe de comprar un todoterreno de lujo? ¿Cómo se explica que la agreda y que no quiera ir directamente a la comisaría? Sylvia sigue insistiendo, le recuerda los meses de miedo constante mientras convivieron después de la separación, los cerrojos echados en toda la casa, su presencia amenazante, sus merodeos en torno a la casa y la universidad. Por fin convence a Alicia para ir a la comisaría y poner la denuncia y pedir la orden de alejamiento. Durante todo el trámite Alicia no hace más que pensar que está cometiendo un error, que Matty no se merece eso, pero le duele el cuero cabelludo, el cuello, los brazos de intentar agarrarse al volante.

—¿Y esto no lo hará todo peor, Sylvia?

—Para él, sí.

A PESAR DE

Matty hace una búsqueda rápida en Google: «orden de alejamiento verificación de antecedentes». Respira tranquilo al comprobar lo que ya le ha dicho Greg: las órdenes de alejamiento no figuran en los sistemas de rastreo criminal de las empresas. Respira tranquilo, pero es incapaz de sacudirse el aturdimiento y el malestar que carga desde que una pareja de policías llamara a su puerta y le entregara la orden de alejamiento. Le hicieron sentirse como un criminal, un maltratador, el típico bestia con camiseta de tirantes y lata de cerveza barata que arrastra a su mujer de los pelos por la casa. Les intentó explicar que no, que debía haber una confusión, que él trabajaba en un banco, que sí, Alicia Balastegui era su exmujer pero que él no la había agredido. Le recomendaron que consiguiera un abogado, la orden era provisional y tendrían que ir a corte en diez días. Un juez dictaminaría si era necesaria una orden permanente.

Matty no recuerda qué hizo después de recibir la orden, tampoco recuerda esos diez días de consultas con su abogado y esperas mientras éste se comunicaba con la de Alicia. Por su recomendación consiguió que su médico, a través de un colega psiquiatra, le firmara una baja por depresión y le recetara ansiolíticos, antidepresivos y pastillas para dormir. No le dijo a Maia los verdaderos motivos por los que no podía ir a trabajar: el banco estaba demasiado cerca de la universidad de Alicia. Su jefa sabía que no estaba llevando bien el divorcio —estaba demacrado y ojeroso, desaliñado, taciturno, cometía errores constantemente— y le animó a que se tomara al menos un par de semanas. Se mantuvo casi en estado vegetal hasta el día en que se personó ante el juez con su abogado. Alicia llevó a Sylvia como testigo, quien describió con detalle el episodio del coche. Su abogada, además, habló de maltratos psicológicos, otros episodios de violencia,

amenazas que Matty no recordaba. Él, adormilado por los ansiolíticos —el suyo le recomendó que sobrepasara la dosis para mantenerse calmado y no dar muestras de enfado— sólo negaba con la cabeza. Alicia no levantaba la suya salvo cuando el juez le hacía alguna pregunta directa. No se miraron ni se dirigieron la palabra. Se fijó la orden de alejamiento a quinientos metros.

Han pasado varias semanas y Matty sigue sin entender por qué Alicia le ha querido arruinar la vida. Está trabajando de nuevo en el banco, ha dejado los antidepresivos y sólo toma pastillas para dormir y, cuando la rabia se le despierta, toma un ansiolítico. Greg es el único que sabe que tiene una orden de alejamiento. Sospecha que otras personas asumirían que es culpable, sin él ser culpable de nada. Está todo en su cabeza, le dice Matty a Greg. Y él le da la razón, como buen amigo, y le anima a que salga, se divierta, conozca a chicas. Greg lo acompaña alguna noche y bromea diciéndole que le espanta a las jóvenes, que él está ya muy feo y mayor para esas cosas. Y llega la noche en la que Matty se lleva a una chica que acaba de terminar la carrera en la universidad de Alicia y disfruta del sexo con ella y cuando acaban le pide que por favor se vaya y cuando ella sale dando un portazo, él se viste rápidamente, coge el coche, conduce con la mente en blanco y llega a la calle de Alicia, desde la que contempla su ventana hasta que amanece.

SYLVIA Y BOB

Alicia se prepara para ir a casa de Sylvia. Las carreteras por fin están transitables, cuatro días después de la última tormenta de nieve. Ha salido el sol, débil, pero el calor que emana es suficiente como para derretir el hielo del asfalto. Llegará en veinte minutos, justo para la hora de comer. Alicia necesita salir un poco de casa, de sí misma. Se abriga como si fuera a una expedición ártica, con varias capas —camiseta térmica, camiseta normal, camisa de franela, jersey, plumífero, bufanda— para ir quitándoselas después poco a poco en casa de Sylvia. Bob, como buen sureño, no soporta el frío. Después de veinte años viviendo en el noreste está deseando que su mujer se jubile —le quedan tres años— para volver a Florida. Alicia se lo imagina con una camisa hawaiana, su barrigón cervecero presionando peligrosamente los botones, a punto de hacerlos estallar, unas bermudas rojas o amarillas o verdes, calcetines negros y sandalias tipo Jesucristo. Es así de estrafalario, pero incluso con su mal gusto al vestir y su barriga descomunal resulta un hombre atractivo. Tiene un carácter animoso, divertido sin ser cargante, es cariñoso, inteligente, curioso; los ojos verdes y vivos, la sonrisa amplia y esos hoyitos en los mofletes le dan un aire pillo, juvenil a pesar de su calvicie avanzada y sus casi sesenta años. Son tan felices juntos que Alicia a veces siente miedo por ellos, le da la sensación de que no puede existir una pareja a la que le vaya tan bien la vida, que no tenga ningún problema salvo los pequeños inconvenientes que pueden surgir en la cotidianidad monótona del día a día. Pero su amor no es monótono ni cotidiano ni vulgar ni banal, aunque sus vidas lo sean. Su amor es extraordinario y por eso a Alicia le gusta —aunque a veces le duela porque piensa que nunca vivirá algo así— pasar tiempo con ellos. Le contagian su paz, su alegría, su cariño. Llevan diez años juntos, desde que Sylvia consiguió el trabajo de administrativa en la

universidad, y todavía parece que despiden feromonas cada vez que se rozan —que lo hacen mucho—, que se miran. Cuando Sylvia dejó al-que-quería-ser-Cash pensó que nunca volvería a tener pareja. No confiaba en ningún hombre y, con los hijos pequeños, no quería meter a nadie en su casa. Pero unos años después conoció a Bob en una gala benéfica de los bomberos del pueblo. Sylvia había ido con una amiga a la fiesta en la que tocaba un conjunto del que Bob era guitarrista, un grupo de amateurs que hacían versiones de rock clásico. Bob no toca mal y en el escenario tiene su gracia, sobre todo cuando hace los coros. A pesar de su barriga se mueve constantemente, salta, baila, suda a mares, increpa al público para que baile, coree las canciones, dé palmas. Hace diez años era igual de animoso pero con menos barriga y más pelo, dice Sylvia siempre que cuenta cómo se conocieron. Durante el concierto estuvieron mirándose y coqueteando en la distancia. Bob recuerda el vestido corto de vuelo que llevaba Sylvia —igualita que Marilyn, decía Bob, rubia y tetona y con esas piernas larguísimas— y que después del concierto se le acercó descarada con una pinta de cerveza en la mano. Y hasta hoy. En alguna ocasión a Sylvia se le aguan los ojos y ahuyenta lo que sea que ha pensado con una sonrisa. En esos momentos, a veces, Bob se levanta de la silla o el sillón o, si está de pie da un paso enérgico hacia ella, la coge entre sus brazos y la abraza, un abrazo muy apretado y con vaivén. Entonces Sylvia se hace más pequeñita, se deja mecer, suspira, y después de un rato se separa, le mira y bien le acaricia la cara bien le besa suavemente los labios. Entonces recuerdan que Alicia está ahí, sonrían, comentan alguna tontería, sacan un nuevo tema de conversación. Un día le preguntó a Sylvia por qué a veces daba la impresión de que se ponía triste y Bob la tenía que consolar. Le dijo que no era tristeza, que más bien era una inmensa alegría pero tan desbordante que no podía evitar sentir una punzada en el estómago, pensar lo injusta que es la vida al haberles cruzado tan tarde, lo injusta que será el momento en que decida lanzarles una enfermedad, un accidente, algo que se lleve por delante esa felicidad. Alicia no le dice que a veces ha pensado lo mismo al verles, sería confirmar sus miedos. Sylvia tenía la edad de Alicia cuando conoció a Bob, siempre se lo recuerda. Pero los hombres como Bob no abundan, le contesta invariablemente Alicia. Y ella asiente entre triste y orgullosa.

La carretera está en buenas condiciones. Mañana todo volverá a la

normalidad, abrirá de nuevo la universidad, habrá que recuperar clases o recortar el programa, reajustar las fechas, encontrar un hueco para la reunión cancelada del jueves. Pero eso es mañana, hoy Alicia quiere disfrutar de un día tranquilo con sus amigos. Por eso no va a contarle a Sylvia la oferta que acaba de recibir de la Universidad de Edimburgo, un puesto de dirección similar al que tiene ahora, con posibilidad de titularidad, con un sueldo más bajo pero eso a Alicia no le importa. Los próximos diez días tiene fijadas varias entrevistas por videoconferencia y, si todo va bien, el puesto es suyo. Sólo entonces se lo contará a Sylvia, también a su madre.

En el porche acristalado de Sylvia se estará de maravilla, piensa. Lo habrán preparado para el *brunch*: bloody mary, bagels, huevos revueltos, bacon. El estómago de Alicia reacciona sólo al pensarlo y ruge, le reprocha que estos días de encierro apenas haya comido. El último tramo de carretera se complica, ahí no ha dado el sol todavía con lo que muchos parches de hielo no se han derretido. Conduce despacio, nota cómo la tracción del coche automático va conteniendo las inercias que provoca el hielo. Cuanto más atrás deja el pueblo más blanca es la nieve en las cunetas, en los jardines. Ya llega a la gran curva detrás de la cual se abre el campo. A lo lejos, las montañas del norte que ahora parecen colinas, todo está suave, redondeado, silencioso, inmenso. Es la única en la carretera y se permite el lujo de ir despacio, absorbiendo el paisaje que igual algún día echará de menos. Seguiría conduciendo durante horas pero llega al caminito que lleva a la casa de Sylvia, frena con precaución, avanza poco a poco. Bob ha pasado la pala para abrir camino, pero no ha conseguido quitar todo el hielo. La reciben en la puerta, sonrientes. La abrazan, la achuchan. Entran en casa, las dos mujeres van directas a la cocina, Bob al porche. Huele a café, a bacon y otra vez los jugos gástricos de Alicia le recuerdan su inconformidad.

—¿Tienes hambre?

—Ni te imaginas.

—¿Cómo has estado estos días? Estás demacrada, seguro que no has comido nada. Toma un café y una magdalena mientras preparas el bloody mary, que si no te va a dar algo.

Alicia se sirve un café y elige una magdalena con arándanos.

—Los hago ligeritos, ¿vale?, dice ya con la boca llena de magdalena.

—Sí, que luego tienes que conducir, aunque podrías quedarte con

nosotros.

—Qué va, tengo mucho que hacer. Estos días apenas he trabajado. Además, bastante os voy a dar la pelmada la semana que viene mientras fumigan la casa.

—Calla, tonta, que estamos deseando tenerte con nosotros. Y, ¿has sabido algo de él?

Alicia piensa si contarle, decirle que le parece que ha estado rondando la casa, pero ¿para qué arruinar el día?

—Nada, absolutamente nada.

¿SIENTEN RENCOR LOS GATOS?

Hacía varias semanas que Alicia había llamado a la veterinaria para pedirle que fuera a su casa a ponerles una inyección. Matty no quiso llevárselas, y ella, ¿cómo se las iba a llevar? Una gata epiléptica de catorce años y otra con insuficiencia respiratoria de doce. Si las mudanzas anteriores les habían resultado difíciles, Alicia sabía que no sobrevivirían un viaje tan largo y traumático. Estaba segura de que a él le dolió no quedarse con ellas porque las adoraba, pero sabía que a ella le iba a doler más tener que tomar una decisión y, conociéndola, sabía que la decisión iba a ser, tarde o temprano, matarlas. Nada de usar el eufemismo «ponerlas a dormir». Era decidir matarlas, hacerlas desaparecer de su vida porque no se podía hacer cargo de ellas o, si lo intentaba, iba a ser a un coste que no estaba dispuesta a pagar. Después de una larga conversación con la veterinaria que no se podía creer que Alicia quisiera deshacerse de ellas, quedaron en que vendría a ponerles la inyección un viernes por la mañana. Le pidió permiso para intentar darlas en adopción y Alicia se lo dio, pensando que era imposible que, con esas características, alguien las quisiera adoptar. Lloró cada día desde que tomó la decisión. Cuando Llosa se le encaramaba para recibir su dosis inacabable de caricias o cuando Vargas salía de estampida y se ponía a correr de medio lado por la casa maullando desafortadamente, atravesaba el estómago de Alicia una punzada de dolor, de remordimiento anticipado. Como ahora, que aunque ya han desaparecido todavía siente la presión de Llosa a los pies de su cama. Era tan gorda que una vez que se tumbaba encima de Alicia la dejaba inmobilizada. Durante esos días Sylvia intentaba animarla, le decía que no se iban a enterar, que lo superaría, que no pensara que estaba matándolas sino dándoles el buen final que se merecían. Cuando se lo contó a su madre le recordó lo bien que hizo no teniendo hijos, ¿te imaginas, ahora, teniendo que

pelearte con él por los hijos? ¡No podrías salir del país!

La noche anterior a la cita Alicia recibió una llamada de la veterinaria:

—Tengo excelentes noticias, le dijo, ha ocurrido un milagro.

Alicia apenas balbuceó:

—¿Milagro?

—Una mujer que tiene una granja a pocos kilómetros quiere adoptarlas a pesar de sus dificultades médicas y su edad.

Ante el silencio de Alicia, añadió:

—Quiere salvarlas.

—¿Salvarlas?

—El dinero que ibas a pagar para la inyección y cremación, se lo puedes dar a su nueva mamá.

Alicia pensó que la veterinaria era una cursi de mierda, pero no encontró las palabras para decirle que le parecía mala idea, que quería rechazar la adopción. Hubiera parecido un monstruo, pero en el fondo sabía que sólo iba a prolongar la agonía de sus gatas. Esa noche no cerró la puerta para dormir. Llosa se subió a la cama, como siempre que la dejaba, y Vargas también, a pesar de que nunca lo hacía. Esa noche durmió a su lado, estiradita como una persona, con su cabeza apoyada en la almohada. A la mañana siguiente llegó una mujer con un pick-up rojo. En la parte de atrás tenía dos grandes jaulas. Bajó del coche y le dio un apretón de manos que le sacudió todo el brazo.

—¿Piensa llevar a las gatas en esas jaulas, al descubierto?

La mujer —Kathy, dijo que se llamaba— afirmó con un gesto brusco de cabeza.

—No lo haga, por favor, que viajan muy mal. Yo tengo un trasportín para cada una, los he preparado ya con sus mantitas. Llévelas dentro del coche, por favor.

Kathy se encogió de hombros y esperó a que Alicia le trajera los trasportines. Le explicó la medicación, le dio todos los juguetes, la caseta de la arenilla, un par de sacos de comida, un cheque por mil dólares, su dirección de correo electrónico para que le escribiera si pasaba cualquier cosa. La ayudó a meter a las gatas primero en el trasportín y después en el coche pero no pudo esperar a verlas marchar. Se echó a llorar como hacía años que no lloraba, igual no lloró tanto tras la muerte de su padre como ese

día al cerrar la puerta y encontrarse en la casa totalmente vacía. No ha vuelto a saber de esa mujer ni de sus gatitas. No puede dejar de pensar que las condenó a un final doloroso, cuando podían haber muerto en paz, cuando podían haber tenido la muerte que le encantaría tener a ella.

EPÍLOGO

PISADAS EN LA NIEVE

Según mi reloj son las siete y veintitrés minutos de la mañana pero no entra luz por la ventana. Está nevando, sigue nevando, con lo que sólo distingo a través de la ventana una sábana espesa de gris mortecino. Aquí, la nieve es blanca únicamente cuando cae al suelo, pero pronto pierde su aspecto de postal navideña. En cuanto comienza el trasiego de coches, máquinas quitanieves y expendedoras de sal, se va volviendo gris, oscureciéndose según transcurren las horas hasta convertirse en una mezcla aguada y negruzca. Abro el portátil y me salta una notificación de Skype. Mi madre. Consulto la página de la universidad. Anuncia que estará cerrada hasta nuevo aviso. No ha parado de nevar en toda la noche y el pronóstico es de una acumulación de más de un metro. Consigo salir de la cama, me envuelvo en el edredón y pego la nariz a la ventana. Las ramas del fresno están demasiado cargadas de nieve, una de ellas acecha peligrosamente sobre el tejado de pizarra, amenazando romper más de una teja. Otro gasto que no puedo afrontar. Desecho mi primer pensamiento, que era encender la calefacción. Observo el caminito que lleva a la puerta lateral de la casa y veo que hay pisadas recientes. Ha nevado sobre las pisadas, pero todavía se ven, así que el visitante —no pueden ser de mujer, son demasiado grandes— ha pasado por aquí hace poco. Vuelvo a acostarme y me tapo hasta la cabeza. Escucho atenta. Oigo la pala quitanieves en el exterior. En el interior, nada. No será, no puede ser. Algún vecino despistado. La compañía eléctrica, tal vez, que me ha dejado un aviso en la puerta.

Vuelvo a consultar el reloj y son las nueve. No sé qué ha pasado durante esta hora y media. Me levanto, me acerco a la puerta. Escucho. No oigo nada. Corro el cerrojo y me asomo al pasillo. Todo tranquilo. En el suelo, varias cagadas de ratón. Me acerco a la escalera. Dudo si asomarme a la otra ala de

la casa. No, tal vez luego. Bajo la escalera. La cocina está helada. La nieve acumulada cubre casi la mitad de los grandes ventanales que ocupan una de las paredes. Se van a quedar cortos con lo del metro de acumulación. La puerta corrediza de la cocina, también de cristal, está sin embargo despejada. ¿Quién ha limpiado la nieve de la entrada? Mierda de puerta de cristal. ¿A quién se le ocurre tener una puerta de cristal en una casa? Me acerco con la impresión de que en cualquier momento puede aparecer una sombra, su sombra, un cuerpo, su cuerpo. Ha estado aquí. O está aquí todavía. No voy a caer en la trampa. No voy a abrir la puerta, asomarme. Compruebo que está el cerrojo echado y el palo encajado en el raíl. Corro a la puerta principal y también está cerrada, con la llave puesta y los dos pestillos. Subo de dos en dos las escaleras, me encierro de nuevo, aseguro el pasador. Miro a través del cristal de la ventana. Las huellas están casi completamente cubiertas. No veo otras. Le pongo a Sylvia un SMS. Me imagino que su casa, más al norte que la mía y en la ladera de la cordillera, estará cubierta totalmente por la nieve, pero aun así le pregunto si desde que volvió ayer de la oficina ha salido a la calle. Me contesta que imposible, están completamente aislados y es probable que pierdan electricidad en las próximas horas. Me tienta contarle que alguien ha limpiado mi camino y mi entrada, el miedo que estoy pasando, pero sin la posibilidad de venir a acompañarme sé que la voy a preocupar innecesariamente. Me pregunta qué tal estoy, si me apetece hablar un rato, si necesito algo. Contesto inmediatamente que no. Me gustaría haber tomado un café por lo menos. Voy al baño, abro el grifo y el agua sale helada. Bebo un trago y mis dientes reaccionan taladrándome el cerebro. Vuelvo a la cama. El café tendrá que esperar.

Racionalizar el miedo. Se supone que ésa es la receta, poner en perspectiva los peligros reales, analizar de dónde viene la amenaza y sopesar si se puede hacer frente a ella. Me hago un listado de miedos: las pisadas, el ruido indescifrable, la presencia que a veces siento en el ala opuesta de la casa... Pronto llego a la conclusión de que no puedo afrontar ninguno de ellos. Todos tienen el mismo origen: él, y yo a él hace mucho tiempo que dejé de entenderlo, de saber anticipar las maneras en las que es capaz de hacerme daño. Temo adónde me puede llevar este estado de nerviosismo constante, cómo voy a aguantar el invierno, los meses que me quedan hasta poder salir

de aquí, poner el océano de por medio, si su acecho y sus formas de hacerme saber que sigue presente pueden convertirse en algo más, en una violencia mayor.

Necesito hacer algo. Abro el portátil de nuevo. Sé que tengo veintiocho ensayos sobre el boom latinoamericano que corregir, más de diez mensajes importantes que contestar, un artículo que escribir. Veo tres llamadas perdidas en Skype de mi madre. Pobre. Está preocupada, pero tendrá que esperar; no la puedo llamar con este aspecto. Pienso en salir otra vez de la cama, el frío, ducharme, arreglarme. Y después decirle que estoy como no estoy, que sepa que por lo menos hago el esfuerzo de mentir, que no me he derrumbado del todo. Dejo pasar el rato pero sé que habrá estado pensando en mí toda la mañana, igual despierta desde la noche anterior. Se ha acostumbrado a que la llame casi cada día y ya van tres sin dar señales de vida. Desde que murió aita está tan sola. Siguen pasando los años y sigue sin querer rehacer su vida. Qué pereza, me dice, tener que aguantar yo las manías de nadie. Menos mal que tiene a Maite. Pensar mínimamente en ella me atraviesa, se remueven en mí la culpa y la añoranza, el vacío y la tristeza. Me levanto. Enciendo el pequeño calefactor de aire y dejo que el baño se temple un poco, me voy quitando las capas de ropa y, según lo hago, noto el olor un poco rancio de mi cuerpo, el olor a berza hervida de la sangre menstrual. Me vuelve una sensación antigua de asco. No me quiero mirar en el espejo y ver en él el reflejo de ese cuerpo que ya nadie se empeña en llamar delgado. He debido superar el punto de delgadez en el que la gente intuye una enfermedad y ya no alaba, tampoco pregunta. Me enjabono con la manopla de esparto hasta que la piel se enrojece y comienza a escocer. El baño se empaña de vaho. En algún momento tendré que bajar, investigar, ver si hay alguna otra señal de que él ha estado aquí. No se me ocurre llamar a la policía, se reirían de mí, a pesar de la orden de alejamiento. Me pongo la ropa limpia que he caldeado al lado de la calefacción y salgo de nuevo a la habitación, que se siente como una heladera. Si llamo ahora a mi madre va a ver que de mi boca sale vaho, así que me traigo el calefactor. Un ratito más no me va a arruinar. Marco en Skype. Parece que no tiene el ordenador abierto o no lo oye. Luego verá la llamada perdida y se angustiara. Al tercer intento aparece su cara sonriente en la pantalla.

—Hija, estaba fregando y no te había oído. Huy, qué mala cara tienes.

El mismo saludo de siempre, más o menos.

—Estoy bien, ama.

La misma respuesta de siempre.

Hablamos un poco más de media hora. Me pregunta por El Innombrable y yo le digo, como siempre, que no sé nada de él. Me pregunta si estoy comiendo bien y yo le digo, como siempre, que sí. Me pregunta si tengo mucho trabajo y yo le digo, como siempre, que demasiado. Me pide que me ponga de pie, que me quite los refajos porque no me puede ver bien y yo le digo que hace demasiado frío, pero que no se preocupe, que he engordado dos kilos. Ella, como siempre, no me cree. Me pregunta que cuándo tengo la siguiente sesión y yo le digo que era hoy, pero que no puedo salir de casa por la nieve. Le enseño la vista desde la ventana.

—Qué bonito, hija, pero qué putada que no puedas ir a tu sesión.

Yo le pregunto cómo se encuentra, ella me dice que bien. Que si va a salir a pasear con Maite y me dice que sí, como todas las tardes. Que si llueve; por supuesto que sí. No tenemos nada nuevo que decir y, si lo tenemos, nos lo callamos por no preocupar a la otra. Y aun así, esa media hora me reconforta y me tranquiliza. Vuelvo a la ventana. Afuera sí que está todo blanco. Incluso la carretera se ha vuelto a cubrir.

La nieve crea un ambiente propio, irreproducible. Hace que la realidad se suavice, que los contornos se difuminen, que se pierdan los ángulos. Crea una versión particular del silencio. La nieve protege. La nieve es una forma de estar lejos.

Una nueva noche bajo el influjo amortiguador del lorazepam. Debe estar amaneciendo. Oigo un chasquido cercano en el exterior, un golpe, algo que se desliza, otro golpe fuerte. Entiendo inmediatamente que la rama del fresno se ha terminado de romper. Salgo de la cama envuelta en el edredón y pego la nariz al cristal. En la entrada descansa parte de la rama y varias tejas de pizarra. Tendría que estar tirándome de los pelos, pero me da igual. Lo que me llama la atención y me aterra es que veo abierto un sendero muy estrecho que lleva hasta la puerta de la cocina. El sendero tiene a sus lados paredes altísimas de nieve, tal vez de metro y medio o más, quien lo haya abierto ha

tenido que usar una pala. Matty ha estado ahí afuera, pero igual también aquí dentro. Igual estuvo al otro lado de mi puerta, como antes, decidiendo si forzarla o no. No sé si realmente no quiero enterarme de nada, si no debería permanecer alerta, traerme un cuchillo de la cocina y dejarlo al pie del colchón, si no debería contárselo a Sylvia, pedirle que venga. Igual mi instinto suicida está más despierto que el de supervivencia porque, sin pensarlo dos veces, salgo de la habitación y atravieso el descansillo como una flecha hacia el otro lado de la casa. Entro en lo que era su oficina y está vacía, excepto una caja con papeles míos: declaraciones de impuestos, facturas, documentos de inmigración, extractos bancarios, toda esa realidad de la que él se hacía cargo y que a mí se me escapa y me pesa. Me asomo a la caja, tendría que ordenar, hacerme cargo, vencer la pereza, ir preparándome para dejar todo esto. Veo que algo se mueve dentro. Doy un grito, salto hacia atrás y de la caja sale —seguramente, más asustado que yo— un ratoncito blanco, que se adentra despavorido en la siguiente habitación. Pobres, en diez días vendrá el exterminador y estarán todos muertos. La caja apesta.

Miro hacia el fondo y me invade el desasosiego. He conseguido entrar en la oficina, pero no puedo continuar. Me doy media vuelta, salgo al descansillo y bajo a la cocina. Compruebo que la puerta está bien trancada. La entrada está despejada de nieve. Abro la puerta y salgo. A la derecha está la rama rota del fresno y varios pedazos de pizarra a su alrededor. Me pregunto si parte habrá penetrado en el tejado, si tendré un agujero por el que se estará colando ahora la nieve. Miro a mi alrededor, no se ve a nadie. El silencio es absoluto. Estoy tiritando de frío aquí fuera, pero aun así tomo la breve hilera abierta entre las paredes de nieve y salgo hasta la carretera. No hay ningún coche aparcado, ninguna sombra agazapada, ninguna señal de que él haya estado aquí. Vuelvo tan deprisa como puedo a casa, aterida por el frío y el miedo.

TODO ESTO NO MERECE LA PENA

Salgo de Joe's. Me despido de Greg. Esta noche también le reñirá su mujer por llegar después de media noche y le dirá eso de que mi divorcio les va a costar el suyo. El coche ya está cubierto de nieve. Quito la que cubre el parabrisas con la mano enguantada y entro en el coche, que está congelado. No enciende a la primera, tampoco a la segunda ni a la tercera, pero sí a la cuarta. No sé si me debería haber comprado este coche, mucho lujo pero no responde bien al frío, me temo que cualquier día me deja tirado. Pongo la calefacción a tope y espero a que se vaya derritiendo el hielo que se ha formado en el parabrisas por debajo de la nieve. Se está acumulando en las carreteras, pronto no se podrá conducir. Tomo el camino hacia casa, pero como cada noche giro en la calle que no debería, paso de largo la desviación que me haría retomar el sentido correcto. No puedo evitarlo. La carretera está vacía. Ha pasado el quitanieves, pero no por las calles interiores. La nuestra —no, la suya— está cubierta por una mezcla peligrosa de hielo, agua derretida, nieve reciente. Aparco casi en medio de la carretera. No hay forma de acercarse al arcén. Bajo del coche. Me aproximo despacio. La nieve cruje mucho, demasiado. Paso por delante de la casa de Amy y Jeff. Molly ladra. Espero que no salgan. Si me ven, no sabría qué decir. Jeff era buen tipo. Siempre tenía una palabra agradable. No sé si ahora hablará con ella, si les habrá dicho lo de la orden. Capaz. Pero Jeff siempre se dirigía a mí, nunca a ella, no creo que ahora lo haga. La casa está a oscuras excepto su habitación. Tiene el flexo encendido. Estará leyendo o trabajando. ¿Seguirá durmiendo desnuda? No hay ningún otro coche en toda la calle. Ha metido el suyo en el garaje. Ahora puede, está el garaje vacío, no se quejará. Cuánto cruje la nieve. Paso al lado del cartel de «SE VENDE» clavado en la tierra, casi cubierto por la nieve. Me acerco hasta la puerta de la cocina. Pego mi cara al

cristal. No veo nada. Está todo vacío. Tiene que haber mucho eco en la casa. Seguro que pasa miedo. ¿No quería estar sola?

Vuelvo al coche por si acaso. No me descubrirá y menos con los cristales tintados. La quitanieves pasa por la carretera principal, pero no entrará aquí hasta temprano mañana. Me puedo quedar un rato observando la casa sin sobresaltos, aunque no sé para qué. Se va a la habitación y se queda ahí, no sale. Si bajara a la cocina la podría ver. ¿Pensará en mí? ¿Me tendrá miedo? ¿Qué haría si me viera? ¿Llamaría a la policía?

Me he quedado dormido. Estoy helado. Arranco el coche y pongo la calefacción. La casa está totalmente a oscuras. No hay un solo ruido en el barrio. El coche está cubierto de nieve. La carretera también. Debería irme a dormir, aunque no tengo ninguna prisa, mañana el banco abrirá tarde, si abre. Son casi las seis de la mañana. Pasará la quitanieves pronto. Oigo la puerta del garaje de Jeff. Apago el coche. Me agazapo. ¿Me habrá visto y por eso sale? Pero no, sale a la calle con una pala en la mano, ni siquiera gira la cabeza hacia aquí, va en dirección a nuestra casa. Empieza a palear la nieve de la entrada, del camino que lleva a la puerta de la cocina. Le llevará casi una hora hacerlo, con la cantidad de nieve que hay y después todavía tendrá que hacer la suya antes de irse a trabajar. Debería salir y preguntarle que para qué... cómo es que y...

Salgo del coche. Los pies se me hunden en la nieve voy a acercarme voy a decirle que.

Jeff se gira sobresaltado, se apoya en la pala, achina los ojos al mirarme.

—Matty, casi me matas del susto. ¿Qué haces aquí a esta hora?

—¿Qué haces tú?

—Pensé que tu mujer, bueno tu... Ali, que necesitaría una mano con la nieve pero ¿qué haces aquí?

—Venía a limpiársela yo.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Que yo pensaba que tú no podías...

—Que no podía ¿qué?

—Pensaba...

—Dilo, di qué pensabas.

—¿Todo bien?

No me he dado cuenta de que Amy ha salido de casa y está a nuestro lado, en bata, temblando de frío.

—No puedes estar aquí, Matty.

Me lo dice con firmeza y aun así creo sentir algo de cariño en su voz. Me muestra el teléfono. Entiendo perfectamente lo que me quiere decir su gesto. Me duele su mirada. Es de pena. Me está mirando con pena.

—Lo siento. Ya me voy.

Voy andando hacia el coche, me vuelvo.

—Gracias por ayudar a Ali. Lo siento.

Ahora los dos me miran con pena. No me dicen nada. Son buenos vecinos. Simplemente eso, buenos vecinos. Yo hubiera hecho lo mismo por una mujer como Ali, sola en ese caserón, en medio de esta tormenta de nieve. Me meto en el coche, me vence el desánimo. Ya está bien, no volveré, haré caso a Greg, nada de esto merece la pena, tengo toda la vida por delante, esto sólo ha sido un traspié, una serie de malas decisiones, toda la vida por delante. Toda.

PRIMAVERA

Han salido los primeros crocos, la nieve ha desaparecido de las aceras, en mi oficina sólo quedan estanterías y cajones vacíos, la casa está vendida, las deudas saldadas, el contenedor con mis libros preparado para salir del puerto de Newark. El 29 de abril dejo este país y no sé si algún día volveré.

Me llevo una carrera exitosa, un currículum brillante que me ha abierto las puertas en el viejo mundo, una disciplina protestante de trabajo que podré aplicar en mi nuevo puesto. Todo esto me llevo pero vuelvo la cabeza y veo una ciudad en ruinas, las ruinas desmoronadas de mi vida íntima. Tengo la sensación de que mi biografía secreta pertenece a otra, a una mujer en la que no me reconozco, no me quiero reconocer, no quiero que otros me reconozcan. Catorce años de mi vida de los que sólo daré cuenta en los currículums oficiales. En ellos aparecerá esa Alicia fuerte, ambiciosa, infatigable y nadie se imaginará esa otra que puertas adentro fue perdiendo su tamaño hasta convertirse en un ratoncito acorralado. Me hiera la certeza punzante de que también soy ésa, la que se fue encerrando en sí misma, cultivando errores y mentiras, rencores y daños. Y aunque haya intentado romper con ella, aunque esté a punto de comenzar una nueva vida, esa otra siempre estará agazapada dentro de mí. Igual la clave está en reconocerla, entender sus flancos vulnerables, aprender de sus errores, mantenerla a raya en caso de que quiera volver a ocupar el espacio que sólo a mí me pertenece. No hacerlo sería como acabar de perder la partida, desatender esa parte de mí que también, a mi pesar, me dice quién soy. Y quién no quiero volver a ser.

Pongo un océano de por medio pero no quiero empezar de cero, no quiero borrón y cuenta nueva, no quiero reconstruir mi vida sin entender cómo he llegado aquí. Me llevo mis ruinas conmigo, las respetaré y las interpretaré, haré de ellas un lugar hospitalario y atenderé a los mensajes que me

comuniquen sus fantasmas. Y tal vez, quizás, llegará el día en el que sobre ellas construya mi nueva ciudad.